

UNA HISTORIA MATRITENSE

PREAMBULO

El presente escrito es el relato de las vivencias, juegos y travesuras que realicé o me sucedieron entre los tres y diecisiete años de edad, en aquel Madrid de la postguerra desde 1943 a 1957 y que forman parte de dos capítulos de "Memorias de la Familia Sánchez Pachés" que redacte muchos años despues tomando como referencias cartas, documentos y fotografías de mi familia, y escritos propios de lo que yo veía y oía, así como de mis propias experiencias, sin precisar en el momento exacto en que sucedieron, pero si donde y como sucedieron. La descripción de los escenarios y lugares donde se produjeron los hechos que se relatan está lo más ajustada posible a cómo eran entonces. También fueron reales las personas de mi familia, amigos y conocidos con las que conviví, así como los niños y niñas con los que compartí estudios, juegos y travesuras durante aquellos años.

Según me contaron mis padres, en los años de mi infancia y niñez desde los tres a los doce años, al parecer fui un niño muy alegre y simpático, cariñoso con todo el mundo pero sobre todo con ellos y mi hermana, que era cuatro años más pequeña que yo, estudioso y cumplidor con lo que me mandaban y muy curioso y travieso, por lo que me tenían en un gran cariño y aprecio al creer que era un niño modélico, y la verdad sea dicha en este sentido nunca los decepcioné.

Sin embargo, aquellos primeros años de mi vida además de en el entorno familiar, también transcurrieron en el barrio de Lavapiés de Madrid y sus alrededores cuyas calles, plazas y jardines fueron testigos de mis andanzas y travesuras. Mientras que en casa mi vida afectiva y de comportamiento era controlada por unos padres muy preocupados por mi educación lejos de su vigilancia, y dejándome llevar por mi espíritu travieso y participativo, realizaba actos en algunos casos peligrosos e incluso ligeramente delictivos contrarios totalmente a sus enseñanzas, aunque afortunadamente nunca tuvieron consecuencias graves por lo que nunca fueron conocidas ni por mis padres ni por mi maestro, hasta que siendo mayor las conté pero no se lo creyeron argumentando que todo era fruto de mi desmesurada fantasía.

De lo que me sucedió en aquellos primeros años (desde los tres hasta los seis) solo supe lo poco que me contaron mis padres, y fue que a la temprana edad de dos años me trajo mi madre con ella desde mi pueblo natal Miajadas (Cáceres), donde vivíamos, a Madrid al quedarse sola conmigo y sin recursos económicos cuando a mi padre al no considerarle como servicio militar los años de guerra como soldado republicano, le reclutaron de nuevo y le recluyeron en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores nº 34, situado en Garrapinillos (Zaragoza) donde estuvo tres años, hasta el 2 de Junio de 1943 en que fue licenciado (liberado) del Regimiento de Infantería Gerona nº 18.

Mi madre al no encontrar ayuda entre sus familiares debido a la precariedad en la que vivían, tuvo que tomar la determinación de emigrar a la capital y acogerse a la ayuda de una tía hermana de su padre llamada María, que vivía con su esposo Sergio y una hija de ambos llamada Manola, en una buhardilla en la casa numero veinticinco de la calle de las Huertas, hasta que encontrara un trabajo con el que poder ganar lo necesario para alimentarse ella y a mí, por lo menos hasta que mi padre fuese liberado del campo de concentración.

También supe que un año más tarde como se prolongaba la espera de que a mi padre le pusieran en libertad y debido a las estrecheces con la que tenían que convivir y también a que el tío Sergio quería montar un taller de reparación de zapatos con el que conseguir el dinero necesario para sobrevivir aunque fuera precariamente durante aquellos duros años de la posguerra, se trasladaron a un piso que era de mayor tamaño que la buhardilla, que estaba en la segunda planta de la casa número nueve de la calle del Olmo en el barrio de Lavapiés en donde sucedieron los acontecimientos que aquí se relatan.

El relato lo he dividido en dos etapas: En la primera cuento las vivencias con mi familia y los juegos y travesuras que realice o me sucedieron desde la edad de tres años hasta los doce. En la segunda, desde los doce a los diecisiete años, describo además de mis vivencias los cambios que se produjeron en mi carácter y comportamiento, pues de ser un niño alegre, travieso y extrovertido me convertí en un joven introvertido, con un elevado complejo de inferioridad y muy serio, pasando paulatinamente de hacer travesuras a adquirir un alto sentido de responsabilidad quizás debido a que comencé a comprender mejor la todavía precaria situación económica y de convivencia en la que estábamos la familia.

MI MADRE - ISABEL MORCILLO MARTIN



1936



1938



1942

MI PADRE - DOMINGO SANCHEZ NIETO



1937



1939



1940

JUAN SANCHEZ MORCILLO



1940



1942



1943

(Las fechas son aproximadas)

Documentos que acreditan lo explicado más arriba sobre el reclutamiento y puesta en libertad de mi padre.


Batallón Disciplinario de Soldados
Trabajadores núm. 34
Dirección: APARTADO OFICIAL - Zaragoza
MANDO

Don Jacinto Artigas de la Cruz
Comandante de la 3ª Compañía,
del Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número
treinta y cuatro, del que es primer Jefe el Ch. Coronel de Inf.
Don Julgencio Aguila Cajada

CERTIFICO: Que el soldado Trabajador
Domingo Sanchez Nieto
de 36 años de edad, de estado Casado perteneciente
al Reemplazo de 1937, presta los servicios de su clase
en esta Compañía de mi mando, percibiendo diariamente el
haber en mano de CINCUENTA CÉNTIMOS, no estando
sujeto a expediente por delitos comprendidos en la Juris-
dicción de Guerra.

Y para que conste, a petición del interesado y para que
surta los efectos en la percepción del SUBSIDIO AL
COMBATIENTE, expido el presente que firmo y sello en
Garrapinillos (Zaragoza) a uno
de Guero de mil novecientos cuarenta y dos.

Jacinto Artigas de la Cruz
V.º B.º
El Coronel, Jefe.
Aguila



Don Gregorio Barrios Lanza Teniente Comandante
de Compañía de Ametralladoras del Primer Batallón
del Regimiento de Infantería Gerona núm. 18

Certifico: Que el Soldado de
mi Compañía Domingo Nieto
después de haber sido licenciado
el día Cuatro de los corrientes,
causando Baja en el Reemplazo
del Regimiento, se
está pidiendo la Baja en el
mi parte tenido entrada en
esta Unidad.

Y para que conste y a efectos
de Reemplazo expido el
presente en Zaragoza a veintidós
de Junio de mil novecientos
cuarenta y tres



Gregorio Barrios Lanza
Teniente Comandante

Regimiento de Infantería Gerona Núm. 18 Compañía del 1º Batallón

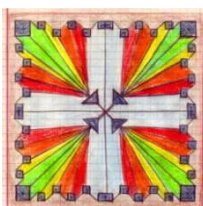
El soldado de este Regimiento Domingo Sanchez Nieto
marcha licenciado en el día de la fecha por pertenecer al reemplazo de 1937, y hallarse com-
dido en O. C. de 24 de Mayo de 1943 (D. O. núm. 116, fijando su residencia en Madrid, C/ Olmos
nº 9 (Madrid)).

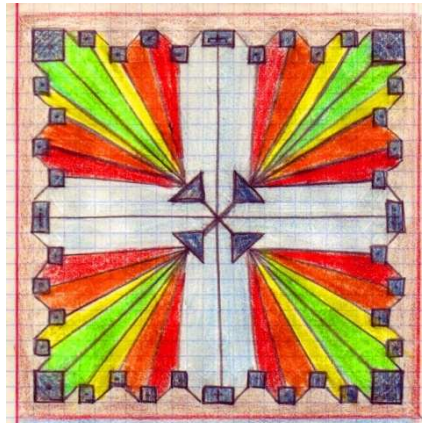
Marcha provisto de las banderas que constituyen la primera puesta, sustituyendo este documento
a la cartilla, a los efectos de acreditar su situación militar; causando alta, en la situación de dispo-
nibilidad, en el Regimiento de Infantería núm. 18 de guarnición en Madrid Mo padre

Zaragoza 2 de Junio de 1943

V.º B.º
El Coronel,
Ruiz

El Comandante Mayor,
Barrios





PRIMERA ETAPA (1943-1953)

Esta parte de mis memorias comienza a partir del día en que mi padre, una vez licenciado del Regimiento de Infantería Gerona nº 18 el 2 junio de 1943 en donde había estado privado de libertad durante tres años, por haber servido como soldado republicano durante la Guerra Civil Española se reunió con mi madre y conmigo en el domicilio donde vivíamos, situado en el segundo piso de la casa nº 9 de la calle del Olmo, en por aquel entonces llamado por los vecinos barrio de Lavapiés de Madrid

Hasta que fui al colegio en el año 1946 a la edad de seis años, pocos recuerdos me quedan. Uno de ellos que se me quedó muy grabado en la memoria de aquellos primeros años de mi infancia fue cuando tenía yo casi cuatro años y vi a mi madre embarazada,.- que yo creí que estaba enferma- caminando muy deprisa por el centro de nuestra calle camino de Auxilio Social (que estaba en la calle de Jesús y María) donde ese mismo día 15 de Marzo de 1944 dio a luz a mi hermana.



MI HERMANA 1945



CERTIFICADO DE NACIMIENTO

Al parecer durante aquellos años de mi infancia anteriores al colegio padecí casi todas las enfermedades infantiles, la escarlatina, el sarampión, la difteria y hasta principios de meningitis que afortunadamente todas las superé perfectamente, y en cuanto a la alimentación como según mis padres era tragoncete comía de todo lo que me daban por lo que me empachaba con frecuencia.

Un episodio que ilustra lo dicho y del que me acuerdo perfectamente porque mi madre me lo recordaba muy a menudo fue que, por aquellos años de cartilla de racionamiento le daban a mi madre todos los meses un bote de leche condensada para alimento extra de mi hermana en el que hacía dos orificios para poder verter con más facilidad la leche en el biberón, lo que yo aprovechaba para de manera furtiva dar una chupadita todos los días al bote sin que mi madre se enterara.

Pero sucedió que observando mi madre lo poco que le duraba la leche pensó que debía de ser yo el que me la estaba bebiendo por lo que encerrados los dos en su habitación me lo pregunto, pero como yo negaba rotundamente la acusación me dijo que lo sabía porque se lo había dicho el Niño Jesús, haciendo referencia a una imagen que había encima de mesita de noche donde guardaba mi madre el bote de la leche.

Rendido a la evidencia de tan importante testigo confesé mi culpa y como consecuencia castigo al canto dejándome encerrado en la habitación por tiempo indefinido, por lo que dirigiéndome a la imagen le dije muy enfadado y en voz alta que era un chivato por haberle dicho a mi madre mi fechoría, lo que oyó mi madre y entrando en la habitación me recrimino mi conducta por haber insultado al Niño Jesús.

Recordar todo lo que le sucedió a mi familia y en particular a mí en aquellos años, de forma cronológica no me es posible, por lo que el relato tendrá pasajes inconexos, pero baste decir que sucedieron dentro de un espacio de tiempo que abarca desde 1946 hasta 1957 (desde que yo tenía seis años hasta que cumplí los catorce) en la calle del Olmo nº 9 en el barrio de Lavapiés y a partir de los catorce hasta los diecisiete en el barrio de Carabanchel Bajo donde vivíamos en una casa baja en el nº14 de la calle Cabo Nicolás Mur de barrio de donde nos habíamos cambiado en el año 1954.

Tanto mis vivencias como mis estudios primarios y mis aventuras infantiles se desarrollaron en unos sitios y lugares que antes de nada quiero describir: Empezare por la casa en la que vivíamos en la calle del Olmo nº 9 - de la que nunca supe su antigüedad. Era un edificio formado por tres plantas con una vivienda por planta y un entresuelo donde había otra vivienda así como la portería. El portal de acceso tenía en su entrada una recia puerta de madera de dos hojas y un largo, estrecho y oscuro pasillo en el que nada más entrar en la pared derecha estaba la puerta de acceso al piso del entresuelo y al fondo la portería que era también la vivienda de la portera.

A la derecha de la portería había una estrecha y empinada escalera que tenía los peldaños de madera muy desgastados por el uso, por la que se accedía a los pisos superiores. Siempre estaba en penumbra iluminada tenuemente de día por una pequeña ventana que había en cada rellano, que daba al patio de luces y por la noche por unas bombillas que daban tan poca luz que no se veía casi nada. En cada uno de los citados rellanos había un asiento rinconera para descanso de los que subían aquellos empinados escalones.

La entrada a nuestra vivienda que tendría unos 60 metros cuadrados, se realizaba por una puerta de acceso o como también se decía por la <puerta de la calle> que era de madera muy sólida y una sola hoja con llave y cerrojo. Una vez se entraba, hacia la derecha estaba la cocina en cuya pared del fondo a la izquierda había adosado un enorme fogón con una gran chimenea, y en la pared de la derecha había un largo poyete y la pila de lavar que era de piedra y que estaba debajo de una ventana que daba al patio de luces. También había una puerta de madera sin cerrojo que daba acceso a un retrete con una taza sin tapa.

Desde la entrada a la vivienda hacia la izquierda había un largo pasillo que hacia su mitad tenía un altillo y a su izquierda había una puerta de madera con llave que daba acceso a una pequeña habitación que solamente daba cabida a una cama pequeña y también tenía un altillo, siendo su ventilación un ventanuco cercano al techo que daba a la escalera.

Al fondo del pasillo se entraba a un amplio comedor que tenía inmediatamente a su izquierda en primer lugar una puerta de madera de doble hoja con cristalera y llave que daba acceso a una habitación de tamaño lo justo para contener una cama de matrimonio, una mesita de noche y un armario ropero y no tenía ventilación aparte de la puerta de entrada. A continuación en la pared del lateral izquierdo del comedor había otra puerta de madera de una sola hoja con llave que daba acceso a dos pequeñas habitaciones, una de ellas en la que solo cabía una cama, y la ventilación era un pequeño ventanuco también cercano al techo que daba a la habitación pequeña del pasillo y la otra que era mucho más amplia tenía una ventana que daba a la calle del Olmo,

En la pared frontal del comedor había una recia puerta de madera de doble hoja que daba acceso a un pequeño balcón abierto a la calle del Olmo.

Otro de los escenarios fue el colegio donde estudié hasta los doce años: Estaba en un edificio situado en el número diez de la misma calle donde vivíamos, unas casas más abajo en la acera de enfrente de la nuestra. En la planta baja había en la fachada dos ventanas con rejas y a su lado la puerta de entrada que era de doble hoja de madera. La primera y segunda planta tenía tres balcones cada una y en la tercera planta había tres ventanas. El acceso a los pisos se hacía por una amplia escalera de escalones de madera. En el primero y segundo piso había sendas puertas que daban acceso a una sala de mediano tamaño en donde había dos puertas, una a la derecha que a través de un pasillo se llegaba a las dependencias del maestro y por la otra se accedía al aula propiamente dicha que era muy espaciosa.

Y por último los sitios y lugares donde realizaba de forma habitual mis andanzas, juegos y travesuras. Hasta que tuve seis años mis padres solo me permitían bajar a jugar a la calle del Olmo, una pequeña y antigua vía del barrio de Lavapiés que tiene su principio en la calle del Olivar hasta el cruce de la calle de Ave María y continua cuesta arriba en suave pendiente cruzando la calle de Torrecilla del Leal hasta la de Santa Isabel frente por frente al cine Dore y al pasaje del mismo nombre. A partir de los seis años mi padre comenzó a permitirme ir a algunas de las calles aledañas; Ave María, La Cabeza, del Olivar, de la Rosa, Calvario etc. y poco a poco en sucesivos años al resto de las calles y plazas que estaban dentro de denominado Barrio de Lavapiés

El barrio de Lavapiés era por aquel entonces uno de los más castizos y populosos de Madrid y dicen las crónicas que en su origen fue una judería debiendo su nombre al parecer a que antaño había una fuente en la plaza homónima donde se hacían los judíos el lavado ritual de las extremidades inferiores o antes de entrar en la sinagoga, que estaba donde hoy está ubicada la iglesia de San Lorenzo.

Sus límites fueron para mí el territorio de mis juegos y travesuras siendo aquellos el perímetro formado por la calle de La Magdalena, plaza de Antón Martín, calle de Atocha, glorieta de Atocha (hoy Carlos V), Ronda de Valencia, glorieta de Embajadores, calle de Embajadores hasta la plaza de Cascorro (en la cabecera del Rastro), calle del Duque de Alba y plaza de Tirso de Molina. Más allá de estos límites (que me estaba totalmente prohibido ir si no era acompañado por una persona mayor, familiar o amigo) constituían para la chiquillería del barrio la aventura y el riesgo, sobre todo para mí, por el castigo que me imponía mi padre cuando se enteraba de que le había desobedecido, que era muy a menudo. Estas afueras del barrio eran El Retiro, La Casa de Campo, las Vistillas, la Plaza Mayor, el Rastro, el río Manzanares, el Cementerio y la Pradera de San Isidro, el Puente de Vallecas, La zona de Cuatro Caminos y las demás zonas periféricas como La Dehesa de la Villa, Carabanchel, La Moncloa, Usera, Entrevías, los Nuevos Ministerios, etc.

En aquellos años de escasez y cartilla de racionamiento, las condiciones socioeconómicas de la mayoría de la población de Madrid eran muy precarias por lo que para “ganarse la vida” había que intentar hacer de todo, trabajos mal pagados, venta ambulante, trapicheos, picaresca, timos etc., y aquel barrio no iba a ser menos, por lo que aparte de una inmensa mayoría de gente honrada había estraperlistas (que estaban principalmente en la cabecera de Rastro, en la Plaza de Cascorro, y en las calles de la Ruda y Maldonadas), carteristas, timadores, los que ofrecían duros a peseta, así como toda clase de pillos, golfos y maleantes pero no eran especialmente peligrosos o al menos debido a que éramos unos chaveas no nos dábamos cuenta.

Era tan grande la necesidad que en una ocasión vi en mi calle que estaban descargando unos pellejos de aceite y se cayó uno al suelo y se reventó, derramándose el líquido. Se corrió la voz por la calle de lo que había pasado y salió todo el que pudo con recipientes para recoger lo que se pudiera antes de que llegara a la alcantarilla.



1947



1948



1948

Desde que mi padre se incorporo a la vida familiar su preocupación más urgente fue la de encontrar un empleo que le permitiera ayudar a mejorar la economía familiar, pues aunque mi madre conseguía ganar algún dinero como asistenta a domicilio, al parecer esto no era suficiente, agravándose la situación cuando tuvo que dejar de hacerlo en los últimos meses del embarazo y el aumento de la familia al nacer mi hermana.

Sin embargo por más que buscaba no conseguía encontrar ningún empleo, incluso en varios a los que se presento como administrativo y para el Servicio de Autobuses del Ayuntamiento de Madrid no le admitieron al comprobar que había sido soldado republicano, o sea "rojo", a pesar de que en el Registro Central de Penados y Rebeldes certificaban que no aparecía ninguna nota referente a él. Por fin encontró un trabajo como peluquero en una peluquería de la calle Santa Isabel, aprovechando que había aprendido la profesión cuando estuvo prisionero en el batallón de trabajadores del campo de concentración.

HERRAMIENTAS DE MI PADRE



El sueldo era escaso pero lo complementaba con las propinas y los trabajos a domicilio que hacía los días de fiesta y los domingos, y aun así junto con lo que ganaba mi madre como asistenta a domicilio, (siendo al que iba con más frecuencia al de D. Gerardo Diego, poeta y académico de la Lengua adonde también iba mi padre a cortarles el pelo), no era suficiente para vivir desahogados, por lo que si se quedaba a comer se traía el segundo plato y el postre para que comiéramos mi hermana y yo un poco mejor y desde luego mucho menos para poder salir de la condición de realquilados en que estaban y vivir en un piso solos.

A pesar de la precariedad económica del momento, la convivencia familiar discurría con cierta normalidad, alterada a veces por las inevitables discusiones, sobre todo entre mi madre y su tía, quizás debido a que cuando mis padres se iban a trabajar nos dejaban a mi hermana y a mí a su cuidado y posiblemente debido a mi comportamiento, pues ya empezaban a despuntar mis ansias de jugar y de trastear disgustaba a la <mama mía> como así llamaba a mi tía abuela. Pero dura poco la alegría en la casa del pobre, pues un suceso inesperado alteró significativamente las relaciones de convivencia de los habitantes de aquel piso y fue lo siguiente.

Durante aquellos años denominados coloquialmente “los años del hambre” y de la Cartilla de Racionamiento, en plena crisis provocada por la posguerra y la dictadura franquista, la falta de recursos económicos era patente sobre todo en las clases medias y bajas de la población, por lo que la posibilidad de poder ganar unas pesetas que aliviaran la penuria y el hambre llevo a la mama mía a poner en alquiler la pequeña habitación del pasillo, pero solamente a personas solas, para dormir y con equipaje de mano.

Lo que sucedió debido a que yo era pequeño no lo supe hasta años más tarde, y fue que un “mal día” como decía mi padre, se presento en casa un hombre con una maleta solicitando que le alquilaran la habitación por unos días y solamente para dormir, pues había llegado a Madrid procedente de la ciudad de Úbeda de donde era oriundo, para resolver unos asuntos y no encontraba dónde hospedarse. Como quiera que mi tía no desconfió de lo que decía pues se cumplían todos los requisitos, le alquiló la habitación cobrándole por adelantado el importe de los días que dijo que iba a estar y por supuesto sin derecho a llave, así es que para que pudiera entrar había que abrirle la puerta.

Durante varios días estuvo saliendo y entrando normalmente, cuando salía se despedía con cordialidad y después de pasar toda la jornada fuera de casa, cuando llegaba llamaba al timbre, volvía a saludar con cordialidad a quien le abría la puerta y se encerraba en su habitación durante todo el tiempo hasta el día siguiente que se marchaba de nuevo. En todo ese tiempo que se comporto de esa manera no dio ninguna explicación ni causo ninguna molestia, hasta que un día le pidió a la mama mía que le dejara la llave del piso por esa noche pues debido a una fuerza mayor llegaría tarde, y que al día siguiente la devolviera y no quería molestar llamando al timbre.

Como su comportamiento durante aquellos días había sido totalmente correcto mi tía no dudo ni un momento y le dejó la llave, cuando a la mañana siguiente se levantó advirtió que en la habitación que tenía alquilada se oían susurros como de una conversación, entonces alarmada llamo a mi padre para que averiguara a que se debían. Después de mucho insistir llamando con la mano y con la voz, por fin se abrió la puerta de la habitación y mi padre pudo comprobar que allí había cinco personas, dos adultos y tres niños y además un baúl de considerables dimensiones, los cuales habían entrado por la noche sin hacer el más mínimo ruido.

La sorpresa fue mayúscula y el jaleo que se armo fue considerable, (esto si lo presencie pero no sabía el por qué) por lo que tanto mi padre como la mama mía les pidieron no sin cierta brusquedad que salieran inmediatamente de la habitación y se marcharan del piso, pero como la familia se resistía a lo solicitado, la mama mía no tuvo más remedio que poner una denuncia por ocupación indebida y con nocturnidad, pero el juez dictaminó que no se les podía echar al parecer debido al baúl, por lo que no hubo más remedio que hacerles un contrato de realquilados y aguantar la triste realidad de haber sido engañados de aquella manera .

Si bien como es lógico para los niños aquella inesperada convivencia no nos causaba ningún problema ni inconveniente, para las personas mayores resulto ser una continua fuente de enfrentamientos, se discutía por cualquier motivo, por el tiempo de utilización del fogón, la pila de lavar o el retrete, por el ruido que hacíamos los niños, por los gritos y peleas que continuamente tenía el matrimonio de realquilados e incluso por la sospecha de que se robaban mutuamente algunos alimentos como el aceite, el queso o los embutidos que a falta de nevera se tenían en unas fresqueras que se dejaban a la intemperie en la ventana que tenía la cocina, que daba al patio de luces. Cuando con el tiempo llegaron a utilizarse los hornillos de petróleo se cambio la discusión por la utilización del fogón, por la del espacio que cada hornillo ocupaba en el poyete de la cocina.

Casi siempre las peleas eran entre mis tíos y mis padres por un lado con el matrimonio de realquilados, quizás porque estaban enfrentados desde que con engaño se habían instalado en nuestra casa y no se tragaban (coloquialmente hablando), además la madre era de un carácter propicio a la discusión con todo el mundo y más si cabe con su marido, gritaba y gesticulaba mucho, pegaba a sus hijos por cualquier cosa y les tiraba de la patillas y la recuerdo que siempre estaba enfadada y con cara de pocos amigos.

Desde luego las condiciones en las que tuvieron que vivir no eran como para estar contentos, pues tenían que estar las seis personas en aquella pequeña habitación (que no tendría más de seis metros cuadrados) y un altillo que lo utilizaban para dormir los niños, sin poder pasar a las otras dependencias de la casa excepto a la cocina y el retrete, es más mi madre no nos dejaba jugar ni a mi hermana ni a mí con los otros niños aunque como es lógico nosotros hacíamos caso omiso.

Y así fue como por un acto de confianza y de necesidad la hasta entonces pacífica convivencia se convirtió, sobre todo para mis padres en un permanente calvario pues no tuvimos más remedio que vivir con estrecheces doce personas, siete adultos y cinco niños, que con el tiempo aumento a ocho adultos al casarse mi tía Manola y quedarse a vivir con su marido en el piso y dos niños más al nacerles una niña al matrimonio de "ocupas" y también una niña a mis tíos. En total quince, aunque al poco tiempo murió el tío Sergio y quitaron el taller de zapatería.

Sin embargo de todo aquel embrollo lo que más intrigo a mis padres y a toda la familia fue, como pudieron arrastrar y subir aquel voluminoso y pesado baúl por aquella estrecha escalera y entrarlo en la de por si pequeña habitación sin hacer el más leve ruido, quizás porque sabían de antemano que de ello dependía el que no se les podría echar, como se comprobó más tarde con la sentencia del juez.

También mis padres tuvieron que sufrir las consecuencias de aquella situación, aunque un poco más desahogados ya que disponían para ellos dos de una habitación más espaciosa con salida al comedor, y mi hermana y yo dormíamos los dos juntos en una cama turca que había en el comedor al lado del pequeño taller de zapatero de mi tío y del balcón que daba la calle del Olmo. La mama mía y su familia disponían de una habitación también espaciosa cuya puerta de estrada estaba en el comedor y tenía una ventana que daba a la calle del Olmo.

Hasta tal punto llegaba esta situación que siempre que mis padres podían y con cualquier excusa nos íbamos a pasar el día fuera de casa, visitábamos a la familia, nos íbamos al cine, a pasear, a sentarnos en la plaza de Santa Ana hasta las tantas y desde luego siempre que se presentaba la ocasión participábamos en todo lo que supusiera pasar un buen rato, como cumpleaños, fiestas, festejos y sobre todo irnos de excursión.

En aquellos primeros años de mi niñez no recuerdo que mis padres me contaran cosas de sus respectivas familias porque siempre que les pedía que lo hicieran me contestaban con evasivas y cambiaban de conversación, aunque pasado el tiempo pude ir conociéndolos sobre todo a la familia de mi madre a partir del día en que mis abuelos maternos que se llamaban Emiliano y Dolores en compañía de sus hijos Felix, Francisco, Juan y Emiliano y de sus hijas Josefa, Dolores y Francisca se presentaron sin previo aviso en el piso donde vivíamos con la intención de quedarse, algo totalmente imposible pues dado el tamaño del piso y el número de personas que vivíamos en él, no quedaba sitio para acoger a una familia tan numerosa

Así es que mi padre una vez repuesto de la sorpresa que le causó tan inesperada visita, tuvo que buscarles de prisa y corriendo una vivienda o un sitio donde alojarlos, encontrándolo de realquiler no sin dificultades debido a la escasez que había por aquellos años, y gracias a la recomendación de un conocido, en la calle de Peña Atalaya 17 en el Puente de Vallecas, donde se trasladaron a los pocos días de su llegada, para alivio de mis padres.

El recuerdo que tengo de la llegada de mis abuelos y mis tíos al piso donde vivíamos es muy débil y solo me acuerdo de haber visto a varias personas entre adultos y niños (mi tía Francisca y mi tío Emiliano eran cinco y nueve años mayores que yo respectivamente), cargados con muchos bultos casi todos fardos y algunas maletas atadas con cuerdas.

Nunca llegue a saber porque no lo recuerdo habérselo oído comentar a mis padres cuales fueron las razones que tuvieron mis abuelos para trasladarse juntos con sus hijos de Don Benito donde vivían a Madrid, aunque con el tiempo deduje que debió de ser motivado por la falta de recursos económicos para poder hacer frente a la hambruna que habría en Extremadura en aquellos años de postguerra llamados los “años del hambre” y aunque mi abuelo era un buen carpintero, debido a los malos tiempos que corrían no debió de encontrar trabajo y pensaron que en Madrid les iría mejor, como así fue.

Con mi abuelito, como yo le decía pase muy buenos ratos cuando venía a casa a visitarnos, charlábamos mucho y me enseñó muchos refranes e historias de su tierra que relataba con mucha gracia, era muy amable en el trato y me decía “nietecito algún día tendré que verte con coche y bien situado” en un tiempo en que ni por soñación podíamos aspirar a eso. En cuanto a mi abuela y mis tíos poco trato tuve con ellos y los fui conociendo cuando mis padres nos llevaban a mi hermana y a mí a su casa en el Puente de Vallecas o cuando nos reuníamos toda la familia en algún acontecimiento familiar sobre todo en las fiestas de Navidad y Fin de Año.

De mis abuelos paternos no tengo ningún recuerdo personal pues no llegue a conocerlos, de mí abuela solo supe, porque me lo conto mi padre, que se llamaba Francisca y que murió a los dos años de nacer él y ni por fotos la llegó a conocer ni a saber cómo era, y de mi abuelo que se llamaba Juan tampoco supe mucho más, tan solo que era zapatero y solo le conocí por una foto muy pequeña que tenía mi padre.

De los hermanos de mi padre que era cuatro dos hombres, Vicente y Antonio y dos mujeres Aurelia y Consuelo, al único que conocí cuando era pequeño fue al tío Antonio que siendo sargento de Regulares en Melilla venía a Madrid con alguna frecuencia para hacer cursillos y aprovechaba para traer una maleta llena de artículos y baratijas de Marruecos de lo más variado, y los vendía por lo que conseguía un dinero extra. A mí me daba mucha alegría cuando llegaba, pues siempre me traía barritas de chicle “Bazooca”, que yo partía en trozos más pequeños y los cambiaba entre los amigos del barrio por cromos, chapas, canicas, tiradores, etc.

Como he dicho siempre que se presentaba la ocasión nos reuníamos la familia para celebrar una boda, un bautizo, un cumpleaños o una fiesta, siendo las más importantes la de Navidad y Fin de Año (Nochebuena y Nochevieja) en las que se alquilaba un local o un garaje que se pagaba entre todos y al calor de un buena estufa de leña o carbón y del que proporcionaba la cena especial y la bebida extra, se bailaba, se contaban chistes, alguien cantaba (mi madre lo hacía siempre, pues cantaba muy bien), o se recitaban poesías de Luis Chamizo y de Gabriel y Galán todas referidas a Extremadura (la tierra natal de todos los que nos reuníamos) un amigo de mi padre Juan Aparicio, que era un rapsoda extraordinario. La que más nos emocionaba era "La Nacencia" de la obra **EI MIAJÓN DE LOS CASTÚOS** de Luis Chamizo.

Cuando llegaban las fiestas de Navidad y Año Nuevo todo era jolgorio y festejos, sobre todo para los niños que nos contagios de la alegría general y que en el caso de mi hermana y yo nos dedicábamos a recortar de una lámina de papel donde estaban impresas las figuritas del belén, pues no había dinero para más, aunque un año con las pocas perrillas que habíamos ahorrado de las propinas y con la ayuda de nuestros padres compramos las figuras del portal que solían ser de barro, que después las guardamos en una caja de zapatos envueltas en paja para que no se rompieran, hasta el año siguiente en que nos compramos otras diferentes y así pudimos ir completando el Belén. Luego me iba sin mi hermana junto con los amigos con panderetas, carracas, zambombas todas hechas por nosotros, por todo el barrio cantando villancicos y pidiendo el aguinaldo en los comercios y las tiendas.

Pero para fiesta para los niños la de los Reyes Magos, (entonces no había Papa Noel) que era como el colofón de las fiestas navideñas y las estábamos esperando como agua de mayo, pues era la culminación de un año de promesas de buen comportamiento, unas veces incumplidas, merecedoras de carbón y otras cumplidas merecedoras de ser premiadas con los juguetes que en una infantil carta le habíamos pedido a unos de los tres Reyes Magos o a los tres según las preferencias.

Luego llegaba la noche en la que iban a venir los reyes o los pajes a traernos los juguetes o lo que habíamos pedido, y haciendo especial obediencia a nuestros padres nos íbamos pronto a la cama y en una noche de medio vela por si podíamos ver al rey o paje, porque nos creíamos a pie juntillas que existían de verdad, nos despertábamos nerviosos y expectantes para ver si nos habían dejado los juguetes que habíamos pedido, aunque cuando comprobábamos por la mañana que no habían traído los que habíamos pedido nos alegrábamos de todas formas (por lo menos en mi caso) al comprobar que algún regalo o juguete sí nos habían dejado. También era importante para los niños el Día de la Madre que entonces se celebraba el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción así como el Día del Padre que era el 19 de marzo fiesta de San José en los que tanto mi hermana como yo les felicitábamos dedicándoles una postal con alguna frase bonita o un verso o un sencillo dibujo o trabajo manual que le hacíamos en el colegio o en casa.



1948



1952



1956



Durante los carnavales que eran en el mes de febrero y como a mí me gustaba tanto disfrazarme, me ponía una careta de cartón o un antifaz sujetos con una goma y con cualquier trapo a modo de capa y una espada de madera me consideraba el personaje más valiente y audaz de las películas y tebeos de aventuras, y luego formando pandilla con los amigos también disfrazados de cualquier manera nos dedicábamos a recorrer el barrio molestando a diestro y siniestro, pero principalmente a las niñas a las que les tirábamos garbanzos explosivos cerca de donde estaban con el consiguiente susto para ellas y jolgorio para nosotros.

RAFAEL, Y MI HERMANA Y YO DISFRAZADOS

En el mes de mayo montábamos un pequeño altar al lado del portal de nuestra casa adornándolo con estampitas de La Virgen y flores, y pedíamos unas perrillas a los transeúntes diciéndoles que era para La Cruz de Mayo, y cuando llegaba la cuestación del Domund pedíamos con unas huchas que nos dejaban en la parroquia y que eran la figura de un negrito, un indio o un chinito y que en cuanto teníamos algo de dinero lo sacábamos por la ranura ayudados por un cuchillo y nos lo gastábamos en comprar cromos con los que hacíamos colecciones para completarlas los cambiábamos o comprábamos los que nos faltaban en El Rastro, en la plaza del Mundo Nuevo.

En los bautizos cuando entraban o salían los asistentes de la iglesia les jaleábamos con la frase “eche usted padrino no se lo gaste en vino, “eche, eche, eche no se lo gaste en leche” para que nos echaran caramelos y algunas perrillas y si no nos echaba nada le decíamos gritando padrino “cagao” si cojo al chiquillo lo tiro al “teja”.

Cuando llegaban las fiestas de los barrios que eran durante el verano, casi todos los bares y tabernas montaban en plena calle un chiringuito o kermés (fiesta de barrio) al aire libre adornados con banderitas de papel y farolillos chinos y la gente mayor, entre ellos mis padres, bailaba al son de la música de un pik-up o tocadiscos mientras la chiquillería jugando entre los danzantes incordiaba todo lo que podía y más.

La más popular era la que estaba en Las Vistillas al lado del Viaducto donde se celebraban concurso de bailes entre los que destacaba el castizo chotis que se tocaba con un organillo. Capítulo aparte lo constituían las verbenas populares que se celebraban en cuanto llegaba el buen tiempo, la de nuestro barrio que se llamaba la de San Lorenzo o también la Verbena de Lavapiés, se montaba en la plaza del mismo nombre, en la festividad de San Lorenzo el 10 de junio, había otras en distintos barrios como la de La Paloma, San Cayetano, Chamberí, La Arganzuela, San Antonio de La Florida, etc., pero a estas no iban mis padres aunque nosotros sí que íbamos.(sin autorización).

Durante el tiempo que duraban era el destino obligado de la chiquillería, deambular libremente entre las atracciones, casetas y puestos de golosinas era nuestra diversión preferida y el quebradero de cabeza de sus dueños, pues hacíamos toda clase de travesuras desde montar en las atracciones sin pagar, tirándonos en marcha cuando nos descubría el vigilante, hurtar golosinas en los puestos de caramelos donde se exhibían martillos de varios tamaños, manzanas impregnadas de caramelo y el famoso pirulí de la Habana como le decían al vocearlos, hasta corretear entre la gente molestando a todo el mundo y sobre todo a los otros chiquillos que no eran de nuestro barrio.



El irse de excursión al río era por aquel entonces todo un acontecimiento social y para los pequeños toda una aventura, pues además de pasar el día en el campo también nos podíamos bañar en el río y si además se venían con nosotros la familia de realquilados, en alguno de aquellos periodos de tregua que también los había, mejor que mejor porque así podíamos jugar todos los niños juntos, aunque no fueron muchas las ocasiones, porque mis padres no querían tener mucha amistad con ellos

EXCURSION AL RIO MANZANARES

Ese día nos levantábamos más temprano que de costumbre, pues había que llegar pronto al río para coger sitio. Como no teníamos coche (como casi todo el mundo por entonces) teníamos que ir cargados con todos los bártulos hasta la plaza de Tirso de Molina donde cogíamos el metro que nos llevaba apretujados hasta Argüelles y desde allí andando otra vez hasta La Moncloa, en donde nos poníamos en una larga cola de personas tan cargadas como nosotros a esperar para poder subir a unos destartados autobuses (les llamábamos camionetas) que se llenaban hasta rebosar y nos llevaban hasta Puerta de Hierro, de donde otra vez andando y cargados como burros, nos íbamos corriendo para coger el mejor sitio hasta la orilla del río aguas abajo de una presa que se llamaba la Playa de Madrid (1932) considerada la primera playa artificial de España

Una vez que mis padres habían elegido el sitio que más les agradaba, que siempre procuraban que fuera a la sombra de un árbol y al ser posible solos, mi madre extendía una manta en el suelo para que al sentarnos no nos ensuciásemos y sobre la manta ponía un hule en donde se iban a colocar los alimentos a la hora de la comida, que en tanto llegara ésta, ya nos podíamos considerar los niños libres para jugar o bañarnos, eso sí bajo la atenta vigilancia de los mayores. Allí aprendí a nadar gracias a las enseñanzas de un amigo de mi padre con el que coincidíamos muchos domingos y tenía dos hijos casi de mi misma edad.

Cuando llegaba la hora de la comida nos sentábamos todos en la manta alrededor del hule donde había colocado mi madre los alimentos y comenzaba la tarea de preparar la comida, sobre todo la invariable ensalada, que siempre estaba compuesta de patatas cocidas (que a mí me tocaba pelar y a mi madre trocear), pepino, tomates, lechuga, aceitunas y bonito en aceite y aderezada con aceite de oliva (entonces solo había este tipo de aceite) y vinagre que se llevaba todo junto en un frasco, sin que se mezclaran (lo que para mí entonces era inexplicable), cuando la ensalada ya estaba preparada me mandaba mi padre a recoger las botellas del vino y gaseosa que había puesto en el río a refrescar atadas con una cuerda, luego mezclaba ambos líquidos en una bota de donde bebían los mayores a chorro. Los niños bebíamos o gaseosa o la refrescante agua de un botijo para lo que tuve que aprender a beber a chorro.

Como segundo plato casi siempre había tortilla española de patatas y pescado frito, siendo los más corrientes sardinas, boquerones, chicharros, pescadilla de enroskar, bacalao frito (que entonces estaba muy barato) con tomate o en croquetas y cuando era carne llevaba carrilladas de vaca, carne en salsa o con tomate (pocas veces), albóndigas de carne picada, o filetes rusos empanados, productos de casquería (el corazón, los pulmones, el hígado o la sangre del cordero) que mi madre preparaba encebollados, manitas de cerdo o de cordero

en salsa, y algunas veces medias cabezas de cordero asadas, etc., así como queso, chorizo y morcilla, (estos últimos los hacían mis padres en casa artesanalmente) y de postre casi siempre sandía o melón que tanto le gustaba a mi padre.

Después de comer, la obligada siesta y a esperar que pasaran dos horas para hacer la digestión y poderse bañar, aunque solo la hacían completa los mayores pues los pequeños nos dedicábamos a deambular por los alrededores bajo un sol que rajaba las piedras y con el ruido de las chicharras de fondo, recogiendo moras o buscando nidos de pájaros, lagartijas, escarabajos, arañas, etc., que metíamos en una cajita para llevárnosla a casa procurando en mi caso que mis padres no se enteraran.

Después del baño y la merienda lo recogíamos todo e iniciábamos el retorno, pero esta vez el recorrido hasta el metro de Argüelles lo hacíamos andando para ahorrar lo que costaba la camioneta, a medio camino tenía que coger mi padre a mi hermana a hombros pues como era muy pequeña se cansaba.

Durante todo el recorrido no paraba yo de hacerle preguntas a mi padre sobre muchas cosas, y él siempre trataba de contestarme a todas, me acuerdo de que le pregunte una vez por que había tantas casas en ruinas al ver las del edificio del Palacio de La Moncloa y las de la Ciudad Universitaria, y me contesto que por que habían sido bombardeados durante la guerra que había habido antes de que yo naciera y yo le pregunté que si la guerra era como las que se veían en las películas y me contesto que sí, pero de verdad y añadió “ojala que las únicas guerras que veas sean las del cine”. En Argüelles cogíamos el metro hasta Tirso de Molina y desde allí andando hasta casa donde llegábamos medio muertos de cansancio, nos daba mi madre algo de cenar y después de lavarnos un poco en una palangana nos acostábamos.

Estas excursiones al río se repitieron año tras año hasta que en el año 1955 se inauguraron las instalaciones deportivas de Parque Sindical Puerta de Hierro (coloquialmente El Parque del Obrero) para uso y disfrute de los trabajadores, construido por los sindicatos en el mismo lugar donde íbamos a bañarnos, aguas abajo de La Playa de Madrid. Constaba de instalaciones deportivas, zonas de acampada y una enorme piscina considerada por la propaganda del Régimen como la mayor de Europa. Para poder entrar había que hacerse un carnet de sindicatos y pagar una pequeña cuota a la entrada.

También de vez en cuando íbamos de merienda con unos tíos de mi madre, que se llamaban Esperanza y Julio y vivían en El Puente de Vallecas a un merendero que estaba en el Arroyo del Abroñigal (donde años más tarde se construyó la M-30), nos gustaba mucho ir con ellos porque tenían una niña y un niño de nuestra misma edad y jugábamos con ellos. Recuerdo como si lo estuviera viendo que mis padres y mis tíos bailaban al ritmo de la música de un tocadiscos (tangos, boleros, pasodobles, valeses, rumbas, etc.) y que a mí me parecía que lo hacían muy bien.

Pero estas excursiones pudimos empezar a hacerlas con más regularidad entre mediados de los cuarenta y principios de los cincuenta cuando a mis padres empezaron a irles mejor económicamente, al aprender mi madre el oficio de modista y simultanearlo con el de asistenta. Por supuesto que había mas ocasiones de pasarlo bien, sobre todo los niños, pues tambien íbamos a la fiesta de un cumpleaños de un amigo o cuando hacía la primera comunión y en mi caso cuando iba a jugar a las casas de Bibi y de Rafael dos amigos que tenían mucho juguetes porque sus respectivas familias eran, según se decía entonces “muy ricas”, vamos que tenían mucho dinero.

Bien es verdad que lo contado más arriba corresponde a mis vivencias en aquel barrio de Lavapiés en aquellos años de finales de los cuarenta y que de ninguna manera es extensivo a todos los habitantes del barrio, pues es de toda evidencia que había muchas familias que su nivel de vida era muy superior al que se vislumbra en lo que he contado.

En aquellos años de dictadura la intolerancia religiosa se manifestaba plenamente en todos los aspectos de la vida de los españoles desde el nacimiento hasta la muerte e incluso después de ésta; bautismo, comunión, confirmación, matrimonio, vida religiosa, enseñanza, extremaunción, muerte y enterramiento, abarcando todo el año desde la Festividad de los Reyes Magos en enero hasta la Navidad en diciembre pasando por el santoral y fiestas religiosas reflejado en cada uno de los días del calendario, todo absolutamente todo estaba regulado por medio de normas, preceptos y obligaciones, casi todo era pecado y merecedor de ser castigado con obligadas penitencias y terribles penas del infierno si no las cumplías o te confesabas y comulgabas o hacías un acto verdadero de contrición.

Como es de lógica, aquella situación nos afectaba también a los niños y aunque no era motivo de disgusto, si acaso, lo era de cierta rebeldía por tener que participar en algunos casos o de cumplir en otros, pero siempre por obligación, en todos y cada una de las celebraciones y ceremonias de la Iglesia Católica, siendo celosamente vigilados por la parroquia a través, en mi caso por mi maestro de escuela, y si bien mis padres no eran practicantes nunca se opusieron a que aprendiéramos la doctrina cristiana tanto mi hermana como yo, pues como mi padre decía “ya decidiríamos por nosotros mismos cuando fuéramos mayores.

Salvando el obligado sacramento del Bautismo que nos era impuesto al nacer donde además nos ponían el nombre que íbamos a conservar toda nuestra vida y que era en muchas ocasiones el del día. A partir de cierta edad y desde que comenzaba el día los niños comenzábamos a participar de una manera o de otra, bien en casa o fuera de casa de la vida religiosa impuesta por la Dictadura. En mi casa rezando antes de cada comida o simplemente persignándonos y los días que tocaba, rezando el rosario junto con toda la familia reunida alrededor de la mesa camilla, cuyas jaculatorias como se decían en latín no entendíamos pero contestábamos a cada una con un “crite elisión”

En la escuela con el aprendizaje de la asignatura de la Historia Sagrada y en la parroquia asistiendo los domingos y fiestas de guardar a “oír misa” que no entendíamos nada de lo que el sacerdote decía durante la ceremonia por que era en latín aunque los sermones desde el púlpito los decía en castellano y después de la obligada misa nos enseñaban a rezar y teníamos que aprender la religión en unos libritos llamados Catecismos de la Doctrina Cristiana de Ripalda que era la manera de prepararnos para ser buenos Cristianos Católicos Apostólicos Romanos-

Hice la primera comunión, como cada “hijo de vecino” porque entonces era obligatorio, en la iglesia de San Lorenzo el 8 de junio de 1950 junto con todos los niños de mi edad de mi colegio, habiendo asistido previamente a las correspondientes catequesis (aprender el catecismo de La Doctrina Cristiana) en la iglesia de San Sebastián y posteriormente estuve un año ayudando a misa y saliendo en procesiones como monaguillo. Si bien mis padres haciendo un esfuerzo económico me compraron el traje con la idea de que me sirviera para los domingos, todo lo demás (crucifijo, devocionario, rosario, etc.) lo pidió prestado mi madre a una amiga de la familia que su hijo ya había hecho la Primera Comunión. Para conmemorar el acontecimiento mis padres hicieron los recordatorios y nos hicimos las correspondientes fotos (pocas) porque así era la costumbre.



PRIMERA COMUNIÓN (1950)

MONAGUILLO (1950)



RECORDATORIOS DE LA PRIMERA COMUNIÓN

Cuando llegaba la Cuaresma previo a la Semana Santa era de obligado cumplimiento el ayuno y la abstinencia de comer carne, aunque dada la situación económica de mis padres, ambas obligaciones no suponían ningún sacrificio pues las practicaban con mucha frecuencia sin necesidad de que fuera en Semana Santa, sin embargo la Iglesia Católica en algunos casos levantaba la prohibición a los enfermos y a los niños pequeños y también a todas aquellas personas que pudieran adquirir mediante un pago en metálico una "bula" o dispensa y cuyo importe debía de ser alto pues no conocí a nadie de mi barrio que tuviera ese privilegio por lo que siempre se decía que la conseguían los ricos.

Durante todo los días de la Semana Santa las prohibición de espectáculos que no fueran religiosos era absoluta, en los cines solo proyectaban películas religiosas o de contenido religioso y en la radio se transmitía durante todo el día música religiosa y el Vienes Santo ni eso, luto total y en cuanto a esto último cuando se moría un familiar a las mujeres y a los niños les era obligado vestir de negro riguroso durante una temporada, que variaba según fuera el parentesco de la persona que había fallecido, llegando a durar en algunos casos hasta varios años, aunque en el caso de los hombres bastaba con llevar un brazalete o lazo negro.

Las procesiones de Semana Santa me gustaba verlas sobre todo las que se celebraban el Domingo de Ramos por ver a todo el mundo que llevaba una palma de diferentes formas y tamaños y además porque como había un dicho popular que decía "Domingo de Ramos el que no estrena algo se queda sin manos" siempre esperaba que mis padres me regalaran algo, pero me quedaba con las ganas pues no estaban los tiempos para caprichos.

En las procesiones del Jueves y Viernes Santos me asustaban un poco los nazarenos con sus capirotos tapándoles la cabeza y que solo se les veían los ojos, desfilando en silencio al lado de los “Pasos” que portaban diferentes imágenes que representaban episodios de la Pasión y Muerte de Jesucristo e imágenes de La Virgen Dolorosa todo ello envuelto en un impresionante silencio que se rompía a intervalos por el sonido de trompetas y tambores que anunciaban el canto de una “saeta”, dando lugar a que se detuviera el “Paso” al cual iba dirigida, volviéndose a poner en marcha al finalizar el canto.

Siempre que mi padre podía me llevaba a ver espectáculos populares como las demostraciones deportivas y folclóricas del 1 de mayo en el Estadio Santiago Bernabéu o a la Plaza de Oriente cuando vinieron a España el 23 de agosto de 1947 el presidente de la República Argentina, Juan Domingo Perón y su esposa Eva Duarte de Perón que recuerdo que para que los viera mejor me ponía sobre sus hombros aunque no por mucho tiempo pues con mis siete años ya pesaba lo mío.

En cuanto a los desfiles militares siempre me llevaba, si no íbamos al río, a ver el que se celebraba el 18 de julio para conmemorar el “Alzamiento Nacional”. Me entusiasmaba ver los tanques, los cañones y los camiones tan bien alineados así como a los diferentes regimientos marchando al son de las trompetas y tambores y de las marchas militares que emitían los altavoces situados a lo largo del recorrido, siendo a los que más se aplaudía a los legionarios por su marcialidad y a que marchaban con un ritmo más rápido que los demás, precedidos por su mascota que era una cabra, también me gustaba ver a la Guardia Mora a caballo con sus vistosos uniformes y sus capas blancas dando escolta al coche de Franco También recuerdo que en una ocasión me llevo a ver el desfile de las carrozas de los embajadores extranjeros que iban a presentar sus Cartas Credenciales a Franco en el Palacio de Oriente. A todos estos actos, acontecimientos y celebraciones me llevaba mi padre más por lo que tenían de espectáculo que por otra cosa, pues como él decía “el caso era salir de casa”.

Pero volvamos a la vida familiar, pues quizás fue decisivo para mi formación el tener que acompañar a mis padres a todas partes, haciendo que prevaleciera en mi el sentimiento de familia que siempre he tenido, debido a que me sentía a gusto con ellos y sobre todo con mi padre que nunca se negó a contestarme a todas las preguntas que le hacía sobre cualquier cosa.

Hasta ahora poca referencia he hecho sobre mi hermana, porque tengo pocos recuerdos de su infancia primero porque tenía cuatro años menos que yo y esta diferencia de edad no propiciaba demasiado que pudiéramos jugar juntos y en segundo lugar porque era una niña y entonces los niños y las niñas jugábamos por separado e incluso íbamos a colegios diferentes, solamente cuando alcanzó la edad de entender los juegos jugábamos en casa al parchís, la oca, el asalto, tres en raya, etc., pero en la calle nunca conté con ella para jugar a nada, hasta tal punto llegaba mi desinterés por ella que no obedecía los mandatos de mi madre de que tuviera cuidado de ella cuando estaba en la calle, quizás también porque no había peligro debido a que no pasaban coches.

Creció como yo, bajo la tutela de un padre severo y una madre más tolerante y al cuidado de la “mama mía” la tía de mi madre, en aquel piso de reducidas dimensiones donde como ya he contado vivíamos de realquilados catorce personas (ocho adultos y seis niños), teniendo que dormir junto conmigo en la cama turca que había en el comedor y compartiendo con los demás niños de la casa los juegos y travesuras que le imponíamos por ser mayores que ella, sin embargo en la calle cuando ya la dejaron bajar casi nunca coincidíamos en los juegos aunque tenía el mandato de mis padres de cuidarla no hacía caso y pasaba olímpicamente de ella

Sin embargo el no cuidarme de ella le pudo costar la vida, ya que debido a las obras que se estaban realizando en la calle de la Magdalena (1949/50) para que pasara el tranvía tuvieron que desviar el tráfico por nuestra calle, por lo que se hizo peligroso jugar, pero la chiquillería no hacíamos caso y seguíamos jugando sin pensar en el peligro y sucedió lo que suele suceder cuando no se tiene cuidado, que un coche atropello a mi hermana y le dio un topetazo que la desplazo varios metros dejándola inconsciente.

El revuelo que se formó fue enorme, bajó mi madre dando gritos y llorando y ayudada por un vecino cogieron a la niña y la llevaron a la Casa de Socorro que estaba en la calle de Jesús y María, donde la hicieron un reconocimiento y comprobaron que afortunadamente solo había perdido el conocimiento y que no tenía ni un solo rasguño, el susto que me lleve fue de aúpa y estuve una temporada teniendo más cuidado de la niña, pero pronto volví a las andadas y a desentenderme de ella.

Sin precisar exactamente el día, recuerdo como si lo estuviera viendo la primera vez que fui al colegio, tenía seis años y me veo cruzando mi calle camino de la escuela que estaba unas casas más abajo que la mía en la acera de enfrente, mientras caminaba volvía la cabeza y veía a mis padres asomados al balcón agitando la mano diciéndome adiós.

También estaba asomado al lado de ellos un primo hermano de mi padre llamado Antonio al que consideraba como un hermano, pues se habían criado juntos cuando mi padre a la edad de dos años fue acogido por su tía a la muerte de su madre, era más joven que mi padre y le recuerdo muy bien porque la cartera que lleve al colegio me la había regalado él, y porque por entonces estaba estudiando la carrera de Perito Agrónomo en Madrid y todos los domingos iba a comer a casa, era de carácter muy tímido y muy estudioso, siempre me lo ponía mi padre como ejemplo, terminó los estudios con buenas notas y se colocó enseguida en el entonces Servicio Nacional del Trigo.



1946



AULA

En aquel Colegio Nacional había dos aulas una estaba en el primer piso y solamente era de niños y otra en el segundo piso que era de niñas, pero entrábamos y salíamos con una diferencia de horario para que no molestásemos a la niñas, aunque eso no evitaba el que nos metiéramos con ellas cuando estábamos en la calle y las esperábamos a que salieran.

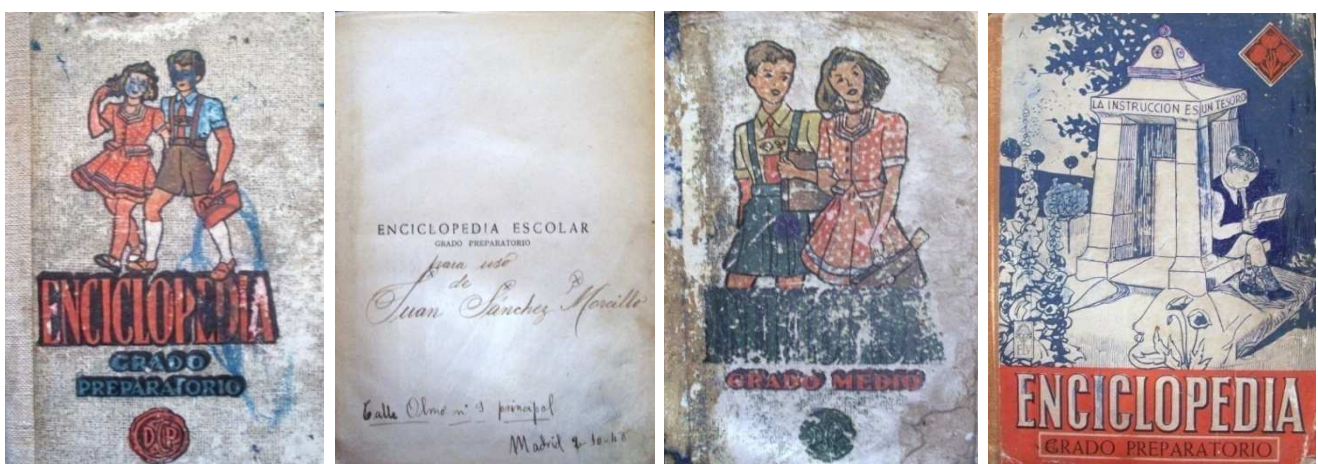
También había en el número cuatro de la misma calle del Olmo un colegio de niñas llamado Colegio Público Antonio Moreno Rosales que era más grande y tenía varias aulas, en cuyos bajos había un almacén de trajes de disfraces y atrezos para el cine. En aquel colegio se hospedaron durante el verano en varias ocasiones jóvenes de la Sección Femenina de Falange y sus aulas fueron utilizadas como dormitorios y como alguno de sus balcones quedaban frente a frente a los de mi casa, a la hora de la siesta mirábamos furtivamente por la rendija que dejaban las puertas del balcón medio cerradas por el calor para ver como se desvestían las jóvenes que dormían la obligada siesta.

Durante los seis años que estude en el Colegio Nacional solamente tuvimos un maestro, Don José Ideope al que ayudaba su esposa Doña Antonia que aunque no era maestra además de encargarse de la disciplina, ayudaba a su esposo en la tarea de enseñar a los párvulos. Era tal su autoridad que la obedecíamos a “pie juntillas” por lo menos dentro del colegio, aunque nunca nos pegaron ninguno de los dos, pero si nos ponía el maestro de pie o de rodillas cara a la pared como castigo por cometer alguna falta durante la clase, hablar, reírse, distraerse, o no saberse la lección en cuyo caso te hacía escribir bien en la pizarra o en el cuaderno cien veces la respuesta.

Todos los días al entrar por la mañana y por la tarde, antes de pasar al aula.-solo había una muy espaciosa para todos los cursos.-nos registraba D^a Antonia de arriba abajo y nos quitaba todo lo que pudiera ser peligroso, tiradores, canutos de majuelas, piedras pinchos o navajitas que decíamos que podíamos tener porque la hoja no media más de cuatro dedos, por supuesto que no nos lo devolvía así es que procurábamos no llevar nada aunque siempre pillaba a alguno.

Después pasábamos al aula en fila en riguroso silencio y nos situábamos de pie en el pupitre doble que nos correspondía según el curso y las notas mensuales, los párvulos al fondo del aula y según iban aumentando los cursos hacia el principio. El aula estaba presidida por un crucifijo y sendas fotografías de Franco y José Antonio una a cada lado, situadas en la pared por encima de una gran pizarra, al lado de la cual estaba la mesa del maestro sobre una tarima desde la que se podía vigilar toda la clase aun estando sentado. Una vez todos en su sitio Don José todas las mañanas izaba la bandera española (a veces lo hacía un alumno) que estaba en un mástil en el balcón central de los tres que tenía el colegio, mientras todos los alumnos cantábamos el Carasol con el brazo extendido y en mi caso debía de cantar muy fuerte porque me decía mi madre que me oía desde casa.

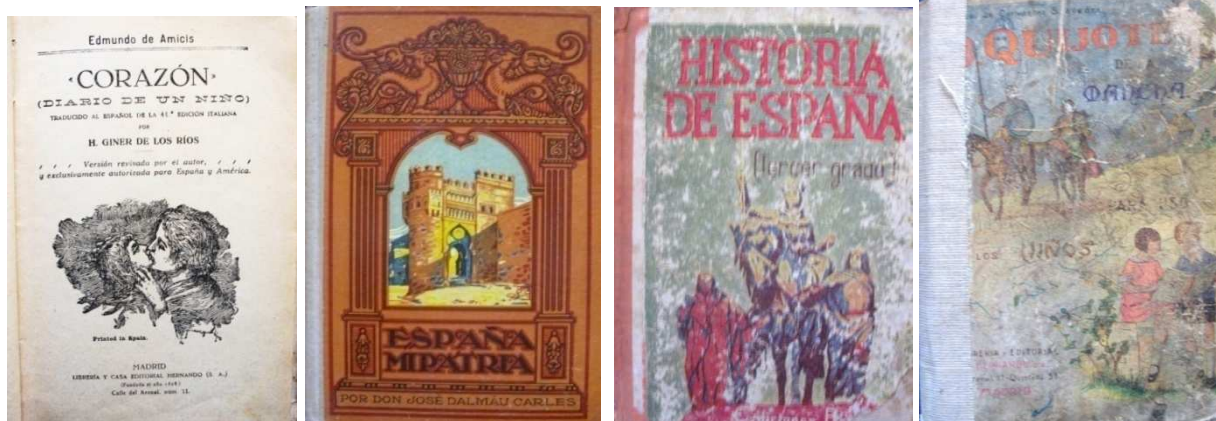
Pasado el periodo de dos años en el que aprendí a leer y escribir y las cuatro reglas, en unas cartillas que había al respecto, a partir del año 1948 las enseñanzas nos la impartía el maestro basándose en unos libros llamados Enciclopedias cuyo contenido abarcaba una serie de asignaturas que siendo básicamente las mismas iban aumentando de nivel según aumentaba el grado, comenzando por el de Preparatorio y en mi caso seguido por el de Grado Medio en el que básicamente estude todos los cursos hasta los doce años.



ENCICLOPEDIAS

Las asignaturas que contenían dichas enciclopedias eran Gramática (Lengua Castellana), Aritmética, Geometría, Geografía, Historia, Ciencias Físicas y Naturales, Higiene, Sociedad, Estado y Derecho, Educación Social, Urbanidad, Moral Cívica, Doctrina Cristiana, Historia Sagrada y Dibujo y fueron suficientes para que con la calidad del maestro y la ayuda de mi padre pudiera aprender todo lo necesario para poderme presentar y aprobar el ingreso en “La Paloma” en el año 1952.

Para la lectura, pues leíamos mucho, utilizábamos el libro titulado “Corazón” El Diario de un Niño de Edmundo de Amicis y El Quijote de Miguel de Cervantes, en una edición especial para los niños, así como una Historia de España que me regalo mi tía Manola. También complementaba la enseñanza mi maestro con dibujos en la pizarra con tizas y pizarrines de colores de escenas de Historia de España y de Historia Sagrada así como mapas y figuras geométricas, pues era un excelente dibujante. Sobre la escritura todos los días teníamos que escribir una página del cuaderno que o bien nos la dictaba el maestro o uno de los alumnos del último curso.



VARIOS DE LOS LIBROS DE LECTURA QUE UTILICE EN LA ESCUELA

Mucho se ha escrito sobre cómo era la escuela de aquellos años en todos los aspectos, desde los maestros y maestras hasta los libros que se utilizaban, pero ninguna descripción por muy elaborada que esté puede transmitir la emoción que se siente al recordar, como es mi caso, a mi querido maestro D. José y a su no menos querida esposa D^a Antonia que tanto hicieron por transmitirnos sus enseñanzas y de cómo teníamos que comportarnos dentro y fuera del colegio, y que si como niños que éramos no siempre les hacíamos caso, eso no rebaja ni un ápice su enorme merito, porque aquellas enseñanzas en lo que a mí concierne no cayeron en saco roto y sus resultados se hicieron notar en años sucesivos.

Sin embargo y pese a las enseñanzas del colegio y a la disciplina de mis padres, el influjo de la calle era muy fuerte y por tanto una vez que cumplía con la tarea del estudio.- pues afortunadamente no lo descuido.-mis juegos y travesuras con los amigos tanto en el barrio que fuera de él me alejaban mucho de comportarme como un niño modélico, aunque bien es verdad que procuraba que ni mis padres ni mi maestro se enteraran porque cuando en varias ocasiones (muy pocas) se entero mi padre de alguna trastada, la severidad de su castigo era de temer pues además de pegarme con la correa y no suavemente, me castigaba sin salir a la calle en varios días.

Castigo este que aplicaba mi padre con frecuencia cuando la falta era leve como mentir, pelearme con mi hermana, desobedecer a mi madre o no hacer los deberes y además con el invariable “a la cama sin cenar”, que para mí era toda una tragedia aunque este castigo lo suavizaba mi madre dándome a hurtadillas algo de comer antes de que me durmiera. Desde luego no pudo decir que no llevara razón al castigarme, tanto es así que no recuerdo que me castigara alguna vez injustamente y creo sinceramente que esa severidad contribuyo de forma decisiva a modificar mi comportamiento para mejor. La libertad que teníamos tanto si jugábamos en el barrio como fuera de él debido a la total ausencia de peligro o mejor dicho a que no le teníamos miedo a nada, así como el escaso tráfico y a que nadie se metía con nosotros, nos llevaba a realizar todo tipo de travesuras y pequeños actos peligrosos y a veces hasta delictivos que de haberse enterado mis padres, sin duda me habrían internado en algún colegio como les sucedió a alguno de mis amigos como al hijo del huevero que le ingresaron en un colegio interno por robarle a sus padres el dinero de la caja para gastárselo en el fútbol.

También es verdad que debido a la moral religiosa que imperaba en aquellos años casi todo era pecado digno de un castigo ejemplar y aunque mi padre no era religioso fue respetuoso con las costumbres establecidas y por tanto no se opuso nunca a que practicáramos la religión que nos imponía el Régimen pues como él decía “ya decidiríamos por nosotros mismos cuando fuéramos mayores”.

Hoy en día que los niños disponen de todo tipo de juguetes mecánicos y electrónicos y de entretenimientos como la televisión, videojuegos, teléfonos móviles, ordenadores, etc., conviene recordar aquellos años cuarenta y cincuenta en los que la mayoría de los niños casi no teníamos juguetes, pues o no los había o no estaban al alcance de la economía de nuestros padres, por lo que para poder jugar teníamos que servirnos de nuestro ingenio aprovechando todo tipo de materiales que podían ser adquiridos fácilmente, y jugar a juegos tradicionales y a los que nos inventábamos influenciados por los acontecimientos que oíamos comentar a las personas mayores.

Había juegos que se practicaban en casa y otros en la calle, los había de temporada según fuera la estación del año, los permitidos y prohibidos.-siendo estos últimos los que más nos gustaba precisamente por eso.- los que no constituían peligro y los peligrosos sin que se pudiera precisar con exactitud la separación entre unos y otros, y como siempre estábamos dispuestos a jugar por encima de todo no discerníamos cuando , como y donde se podía o no se podía jugar (salvo en mi colegio debido a la disciplina de D^a Antonia).

Jugábamos a todo lo que se pudiera jugar con los medios de que disponíamos que económicamente hablando eran muy escasos o nulos y solamente era nuestra inventiva la que nos proporcionaba lo necesario para no aburrirnos, siempre estábamos jugando a algo o con algo y lo bueno es que siempre teníamos tiempo para ir a la escuela y para estudiar, por lo menos ese era mi caso.

Los juegos que se practicábamos en casa, cuando el mal tiempo nos impedía que pudiéramos salir a jugar en la calle y que muchos se siguen jugando hoy en día eran el parchís, la oca, las damas, el ajedrez y el dominó (ambos los jugaba con mi padre que fue el que me enseñó), el asalto, las tres en raya, los chinos, la lotería, los dados, los barcos (hundir la flota), las cartas en todas sus modalidades, el tute, la brisca, el cinquillo, las siete y media, el mus, aunque estaba prohibido que jugásemos los niños.

También jugábamos muchas veces junto con las niñas a las casitas, a tiendas, a papás y mamás, a los médicos, a las adivinanzas, al veo-veo, etc., y las niñas con muñecas de trapo, de cartón o recortables y los niños a la guerra con soldaditos de papel. Desde luego que había niños y niñas que jugaban con juguetes que no estaban a nuestro alcance, trenes eléctricos, caballitos de cartón, soldaditos de plomo y de hojalata, patines de ruedas, cochecitos de cuerda, patinetes, triciclos, bicicletas, mecanos, construcciones de madera y las niñas con muñecas de fama (Mariquita Pérez), con todo su vestuario, cochecitos de bebe, y todo un variado catalogo de muebles para muñecas y utensilios de cocinita, etc.

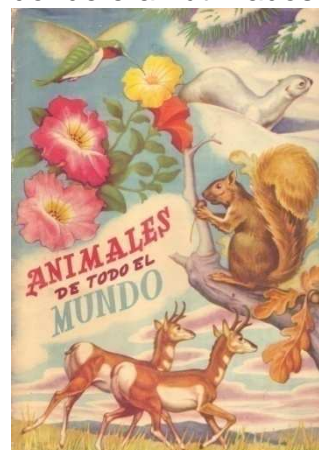
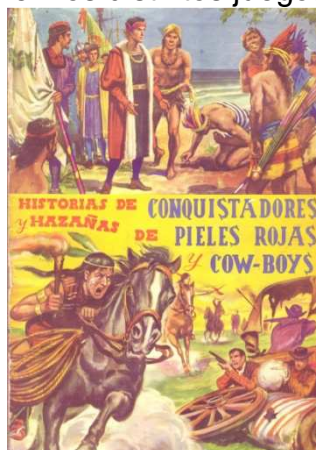
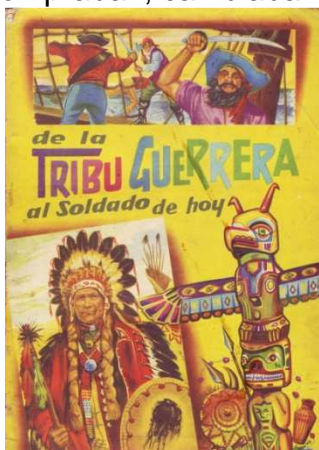
Los juegos en la calle eran de lo más variados y salvo excepciones los niños y las niñas jugábamos por separado, la gallina ciega, la gallina quieta, a saltar más lejos, al escondite, a pídola o “dola” (que de las dos formas se decía) en sus versiones de “tabaca y lique” y la madre que es tonta, la correa por detrás tris tras, a tapar la calle que no pase nadie, a tu la llevas, al pañuelo, al “resca” o rescate, a policías y ladrones.

Con las “chapas”(las tapas de las botellas de gaseosa y cerveza) jugábamos al futbol forrándolas con los colores del equipo favorito pegado sobre cada una de las once chapas forradas las imágenes de los jugadores sujetando en posición vertical la que hacía de portero mediante un corcho y utilizando como balón un garbanzo o un güito de cereza.

A las carreras ciclistas por el encintado de la acera o haciendo “metas” en las aceras o en el asfaltado de la calle (un con curvas y rectas que había que recorrer con la menos tiradas posibles y llegar el primero) en este caso poníamos una imagen del ciclista favorito dentro de la chapa protegida por un cristal que redondeábamos utilizando cualquier ranura y le sujetábamos con un cerco de masilla o de cera.

También jugábamos con las “bolas” o canicas (que así también se decía) al “Gua”, (utilizando cualquier agujero u oquedad que hubiera o hiciéramos en el suelo), a sacarlas de un círculo o al “palmo y dao”, las había de diferente tamaño y material aumentando de valor bien fueran de barro, de piedra, de cristal o de acero, estas últimas eran las que más valían por su dureza y porque costaban mucho conseguirlas pues se sacaban de los rodamientos a bolas de los coches.

Con tacones usados de zapatos que me daba el tío Sergio (si eran nuevos tenían más valor), y se utilizaban para sacar los cromos o los “chavos” (monedas de cobre antiguas de diferente valor según su tamaño) de un círculo o rectángulo pintado en el suelo. Con cromos y estampas de las colecciones del momento que los había de todo tipo y tamaños y que se comprobaban, cambiaban, se ganaban o perdían en los distintos juegos donde eran utilizados.



ALBUNES DE CROMOS DE DIFERENTES TEMAS

Con el peón o peonza (que los había de diferente tamaño y se adornaban con dibujos o pinturas de lo más variados) en sus diferentes versiones, siendo una de las más difíciles la de tirar el peón y cogerlo con la palma de la mano antes de que cayera al suelo para lo cual la punta debía de estar redondeada para que no se clavara, lo que hacíamos a falta de una lima raspándola contra una piedra o el suelo, cuando no estaba lisa como no giraba limpiamente decíamos que el “peón escarabajea pincha y bota y va al Pardo a por bellotas”. El cordel que utilizábamos para hacer girar al peón en uno de sus extremos tenía sujeta con un nudo una chapa agujereada y aplastada por las ruedas del tranvía lo que nos permitía sujetarlo mejor.

A la taba, que las había de diferente tamaño según si eran de cordero, de ternera o de vaca y cuyas cuatro caras tenía cada una un nombre y diferente valor, con películas de celuloide (que olían muy mal cuando se quemaban), al futbol con pelotas de trapo, al frontón, al pin-pon (en la catequesis), a las carreras pedestres, de saco, a la pata coja y los caballitos, (montando unos niños sobre otros).

Al clavo (principalmente con un destornillador o una lima vieja) este juego se practicaba principalmente en suelos de tierra húmeda a clavar sobre círculos previamente dibujados y a distintas distancias conformando un circuito que había que recorrer sin fallos. Con pistolas de agua y las que hacíamos con las pinzas de madera de colgar la ropa y como munición güitos de cereza,

Jugábamos al aro y competíamos a ver quien llegaba más lejos meando, pues por entonces lo hacíamos en la calle sin que nos llamaran la atención, también jugábamos, a cara y cruz con una moneda y hacíamos pitos con el güito de los albaricoques que cambiábamos por cromos, también hacíamos correas con las monedas de veinticinco céntimos que tenía un orificio en el centro y con el papel de plata de la cajetilla de cigarrillos y con dos botes y un cordel hacíamos teléfonos. Por supuesto que había muchos más aunque algunos que eran los mismos cambiaban de nombre según los barrios.

Las niñas jugaban al escondite inglés, al corro la patata, a la comba, en sus varias versiones, al “resca” o rescate, a tú la llevas, al pañuelo, al diábolito, a las cuatro esquinas, a la gallina ciega, al pase mi sí, a botar la pelota, a la goma, los alfileres también llamados bonos y a muchos juegos más, pero siempre separadas de los niños, aunque a veces por molestarlas les tirábamos flechitas de papel con el tirador, las mojábamos con las pistolas de agua, les lanzábamos el güito de las majuelas con un canuto, y por carnavales les tirábamos las bolitas de garbanzos explosivos, les subíamos las faldas, les tirábamos de las coletas o las trenzas y polvos de pica-pica y cuando nos apetecía no las dejábamos jugar, en fin que eran blanco de nuestras travesuras aunque también jugábamos con ellas muchos juegos y entretenimientos pero siempre que nosotros queríamos no cuando querían ellas.

En cuanto a los juegos que pudieran tener algún peligro estaba las “dares” o peleas con piedras, aprovechando las que había en las obras (que nunca faltaban). Nos las tirábamos con la mano, con honda y con tirachinas., menos mal que casi nadie salía escalabrado y eso que eran antológicas como la que se formó en la calle de la Magdalena cuando las obras que hicieron para que pasara el tranvía y que se celebraban todos los domingos que duraron las obras, en todo ese tiempo solo sufrió daño un niño al que se le cayó todo el pelo por un susto que se llevó al explotarle una llave del gas que estaba manipulando.

La iglesia de San Sebastián estaba entre la calles de Atocha, donde estaba la entrada, la calle de San Sebastián en cuya fachada había una hornacina que tenía una imagen escultórica del santo atado a un poste y estaba parcialmente desnudo y con varias flechas clavadas en su cuerpo, y a la calle de Huertas, donde estaba la entrada posterior que daba a un jardín y a una parte del templo parcialmente derruido debido a que fue bombardeada durante la Guerra Civil, allí nos gustaba mucho a la chiquillería del barrio ir a jugar entre las ruinas a tirarnos piedras.

En una de aquellas “dares” que fue en la parte ruinosa de la iglesia de San Sebastián me dieron una pedrada en la ceja izquierda y la sangre que brotaba abundantemente me manchó la camisa y el pantalón, por lo que no pude evitar que se enteraran mis padres, que se disgustaron mucho al ver la descalabratura y pensar que podía haber perdido el ojo de haber dado la piedra un poco más abajo.

En aquella iglesia tiempo después de hacer la comunión fui monaguillo durante un año hasta que me echaron al descubrir que me comía las hostias (Sagradas Formas se las decía entonces) y me bebía el vino de consagrar, pero de esto no se enteraron mis padres pues les di otra excusa.

Otro de los juegos que también podía resultar peligroso era cuando nos deslizábamos por las cuestas que había al lado del viaducto que desde Las Vistillas bajábamos a toda velocidad en cartones o maderas hasta la calle de Segovia rompiéndonos los pantalones y haciéndonos rozaduras en las rodillas y codos, por lo que luego al llegar a casa además de curarme, castigo al canto. Y cuando montados en unos carritos de madera con ruedas de rodamiento bajábamos a toda velocidad por las calles que tenían cuesta, que en mi caso era por la valle Ave María que baja desde la calle de la Magdalena hasta a Plaza de Lavapiés

Usábamos tiradores de flechitas de papel y tirachinas con los que librábamos “batallas” en las que también utilizábamos palos, espadas y escudos que los hacíamos de madera y arcos y flechas que confeccionábamos con las cañas de las obras o las varillas de un paraguas viejo y que no nos las clavábamos de milagro, emulando las aventuras del Guerrero del Antifaz, del Jabato o del Capitán Trueno y de tantos y tantos héroes que veíamos en el cine o leíamos en los tebeos. Cuando llegaba la temporada de las majuelas tirábamos los güitos con canutos de caña que los había de varios calibres, y donde más los utilizábamos era haciendo competiciones entre los niños de a ver quien llegaba más lejos y contra las niñas y en el cine´

Y en cuanto al deporte nacional o sea el fútbol no faltaron los partidos en la calle o en cualquier descampado de los muchos que por aquel entonces había en Madrid e incluso dentro del parque de El Retiro o en la Casa de Campo. Una vez allí elegíamos el terreno de juego formábamos los “postes” de las porterías con lo que teníamos mas a mano que podían ser piedras, la ropa, las carteras del colegio, etc.

La pelota que utilizábamos la mayoría de las veces era de trapo que como es lógico no botaba por lo que cuando alguna vez jugábamos con una de verdad nos lo pasábamos “pipa” corriendo de un lado para otro, saltando y brincando a tope y cayéndonos cada dos por tres, rozándonos con la tierra los codos o las rodillas limpiándonos la sangre con agua si había una fuente cerca o en última estancia con la saliva.

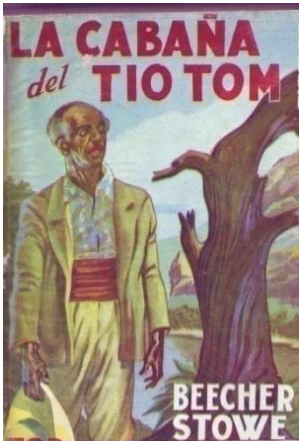
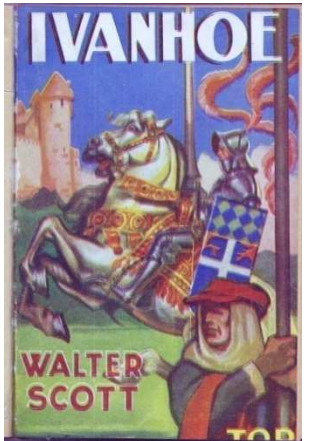
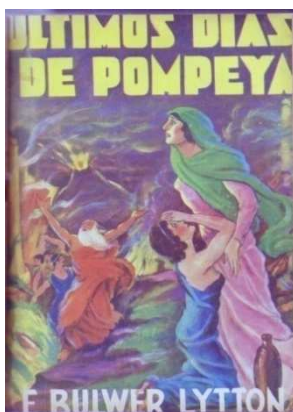
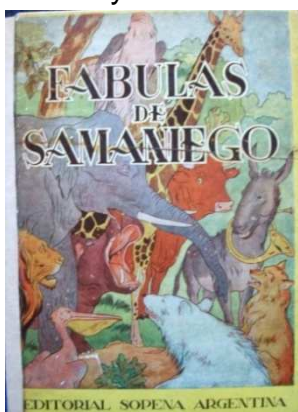
Los equipos se formaban al tuntún eligiendo al azar entre los que íbamos a jugar aunque procurando formar parte en el de los que mejor jugaban, aunque luego durante el juego casi siempre acabamos jugando unos contra otros sin orden ni concierto, el caso era dar a la pelota la mayor cantidad posible de patadas, aunque a veces estas iban a las espinillas o al suelo como me sucedió a mí que acabando de estrenar unos zapatos que me había hecho mi padre me puse a jugar con tanto ahínco que intentando pegar con todas mis fuerzas a la pelota falle la puntería y di la patada en el suelo con tan mala suerte que se desprendió de cuajo toda la suela del zapato, con el consiguiente disgusto y posterior castigo de mi padre cuando se lo enseñé.

También teníamos actividades educativas como: Cuidar y alimentar gusanos de seda con las hojas de las moreras que íbamos a coger en parque del Retiro y ver cómo iban haciéndose los capullos hasta que salían las mariposas; Coger renacuajos en el estanque del Retiro con un pañuelo y llevándolos a casa en un recipiente de cristal y los alimentábamos con migas de pan hasta que se convertían en ranas; Coger de los nidos los huevos de los pájaros y empollarlos hasta que salía el pájaro y los alimentábamos con moscas a las que previamente les habíamos quitado las alas. Hacíamos carreras de caracoles y decíamos “caracol, col, col saca los cuernos al sol que tu padre y tu madre también los saco”. Y otras no tan educativas como: Cazar murciélagos al vuelo con un trapo negro y los emborrachábamos haciéndolos fumar; Provocar peleas entre hormigas de diferentes hormigueros; Cazar ratones y lagartijas en las ruinas y dárselos a mi gato.

Leíamos todo tipos de tebeos en la calle al pie del quioscos que había en la acera de enfrente del cine Encomienda donde los alquilábamos por cinco céntimos, costando más caro si te los llevabas para leerlos en casa, también había quien los tenía porque se los compraban, no siendo este mi caso, aunque yo leía muchos porque el vecino de debajo de mi casa llamado Paco, me mandaba a que se los alquilara y me dejaba leerlos para que no los repitiera cuando los cambiaba.

Los había de aventuras.- Roberto Alcázar y Pedrín, El Inspector Dan, Aventuras del FBI, El Guerrero del Antifaz, El Hombre Enmascarado, El Espadachín Enmascarado, El Jabato, El Corsario de Hierro, El Capitán España, El Pequeño Luchador, El Pirata Negro, El Capitán Trueno, Tarzán de los Monos, Pantera Negra, El Hombre de Piedra, El Coyote, El Zorro, Frankenstein y el Hombre Lobo, El Cachorro, Flash Gordon, Diego Valor, Superman, Batman, Fu-Manchú, Tintín, de indios y vaqueros, de Hazañas Bélicas, y muchos más. También los había cómicos en los que seguíamos las aventuras y desventuras de personajes como Carpanta, Gordito Relleno, La familia Cebolleta, La familia Ulises, Don Pio, Don Cucufato, Doña Urraca, El reportero Tribúlete, Apolíneo Tarúñez, Don Berrinche, Las hermanas Gilda, Doña Tula, que reflejaban en clave de humor la vicisitudes de la vida en aquella España de la posguerra así como las travesuras de la chiquillería personificadas por Zipi y Zape.

Hacíamos colecciones de cromos de temas históricos, de películas, de animales, de automóviles, etc. Y por supuesto no faltaban en nuestro repertorio de lectura de los cuentos como El Gato con Botas, Bambi, Pulgarcito, El Flautista de Hamelin, El Soldadito de Plomo, Blancanieves y Caperucita Roja, por señalar los más representativos, las fábulas de Iriarte, Samaniego y Esopo y los relatos de Las Mil y una Noche como Alí Baba y los Cuarenta Ladrones, Aladino y la Lámpara Maravillosa y Simbat el Marino, ¿Quo Vadis?, La Cabaña del Tío Ton, Ivanhoe, entre otros y las novelas de Julio Verne.



Esto lo hacíamos casi siempre en invierno cuando hacia mal tiempo para salir a la calle como no fuera para ir al colegio, hacer algún recado o nos escapábamos si había nevado a jugar con la nieve haciendo muñecos o tirándonos bolas. Es evidente que aprendimos a leer debido no solamente a las enseñanzas que recibimos en el colegio sino que tambien a la gran cantidad de tebeos y cuentos que leíamos.

Tanto en casa como en la calle o cuando íbamos de excusión cantábamos para alegrarnos y teníamos un amplio repertorio: “Ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras”, “Que llueva que llueva la Virgen de la Cueva”, “El patio de mi casa es particular cuando llueve se moja como los demás”, “Dos de mayo, dos de mayo, dos de mayo primavera, cuando los pobres soldados se marchan hacia la guerra”, “quisiera ser tan alto como la Luna para ver los soldados de Cataluña”, “ San Serenin del monte”, “ Al corro la patata comeremos ensalada, lo que comen los señores naranjitas y limones”, “Un día en las carreras chin pun , rompimos un cristal”, “ En el Barranco del Lobo hay una fuente que mana sangre los españoles que murieron por la Patria”, “Mambrú se fue a la guerra, mire usted que pena “, “Al cocherito Lere”, “ Un niño en un preventorio, (bis), en la cama se meó” ,”Tengo una muñeca vestida de azul ” y muchas más que no recuerdo.

Como mis padres no me daban dinero, pues no estaban los tiempos para despilfarros, si quería conseguir algunas perrillas para ir al cine o comprar cromos, peonzas, canicas, tiradores, películas de celuloide, pistolas de agua, caramelos, chicles, pastillas de leche de burra, frutos secos (Chufas, pipas de girasol y de calabaza, garbanzos torraos, etc.) majuelas y los canutos para tirar los güitos, bombas fétidas y cuando llegaban los carnavales todo tipo de petardos y bolas busca pies, en fin todo aquello que era necesario para jugar y pasar el rato, realicé en unos caso solo y en otros en compañía de los amigos, tanto en la calle como en el barrio y sus afueras todo tipo de actividades, que pudiera llamarse “económicas

Cuando llegaba el verano y apretaba el calor llenábamos varios botijos con agua y les echábamos un poco de anís para mejorar el sabor y nos íbamos andando hasta la Plaza Mayor a ofrecer un trago a las personas que estaban esperando coger el tranvía, a cambio de una perrilla chica (cinco céntimos). Luego cuando terminábamos hacíamos recuento del dinero conseguido y lo repartíamos a partes iguales. En varias ocasiones vendí un boletín llamado La Goleada en la salida del metro de la plaza de Antón Martín boceando la frase “la goleada con el resultado completo de los partidos” y cuando agotaba los que me habían dado me iba a una taberna donde estaba el encargado y le entregaba la recaudación dándome él una propina. Esta actividad tuve que dejar de hacerla porque me pillo mi padre y me lo prohibió tajantemente.

También nos dedicábamos a recoger colillas a la salida de los espectáculos, en las tabernas y en las cafeterías y después de quitarles el papel y reunir una buena cantidad de tabaco se lo llevábamos a una persona que conocíamos que nos daba dinero a cambio, la cual después de limpiarlo convenientemente hacia cigarrillos en una maquina que tenía al respecto y que luego se los vendía a las cigarrerías que los revendían principalmente en las salidas del metro.

En el mes de Mayo todos los niños de mi vivienda montábamos un pequeño altar al lado del portal de nuestra casa adornándolo con una cruz florida y con estampitas de La Virgen que ofrecíamos a los transeúntes a cambio de unas perrillas, diciéndoles que era para La Cruz de Mayo o sea para nosotros.

Cuando llegaba la cuestación del Domund pedíamos con unas huchas que nos dejaban en la parroquia y que eran la figura de un negrito, un indio o un chinito y que en cuanto teníamos algo de dinero lo sacábamos por la ranura ayudados por un cuchillo, aunque teníamos la precaución de no cogerlo todo para que no se dieran cuenta cuando entregábamos las huchas. En este caso no había propinas

En los bautizos nos arremolinábamos o bien cuando salían de casa o a la salida de la iglesia e incluso le seguíamos por la calle cuando iban a pie jaleando todo el trayecto con la frase “eche usted padrino no se lo gaste en vino, “eche, eche, eche no se lo gaste en leche” para que nos echaran caramelos y algunas perrillas y si no nos echaba nada le decíamos gritando padrino “cagao” si cojo al chiquillo lo tiro al “tejaio”. Como por mi calle casi no pasaban coches, nos íbamos deambulando por las calles y plazas donde circulaban y estábamos a la expectativa para cuando se paraba alguno, sobre todo un taxi, y corríamos a abrirle la puerta al pasajero que casi siempre nos daba una perrilla

Desde luego siempre estábamos dispuestos para hacer todo lo que fuese necesario para conseguir dinero, bien fuera haciendo recados o vendiendo todo lo que de alguna manera habíamos conseguido por nuestros propios medios bien fuera las canicas que ganábamos a los otros niños, los tacones usados que me daba el tío Sergio, los cinturones que hacíamos con el papel de plata de las cajetillas de cigarrillos y con las moneditas de 25 céntimos que tenían un agujero en el centro, así como el producto de los pequeños hurtos de aceitunas, teas, picón, fruta, etc. hasta vender todo el papel y cartones que podíamos recoger.

Con el dinero que conseguíamos comprábamos pipas (de girasol y de calabaza), garbanzos torraos y cacahuetes (también llamados “maní” por la canción del “manisero” de Antonio Machín), pastillas de leche de burra, “paloluz”, regaliz, chufas, caramelos (que los había de diferentes sabores, formas y texturas), algarrobas y demás chucherías, Me gustaban tanto las chucherías que en una ocasión que me encontré seis peseta, en vez de dárselas a mi madre que le habrían venido muy bien, me las gaste con los amigos en comprar frutos secos y golosinas, seis pesetas daban para mucho en aquellos tiempos y aunque éramos tres, tardamos más de lo previsto en comérmolos todo antes de que nos diera tiempo de llegar a casa a la hora de comer, que en mi caso era una obligación impuesta por mi padre, así es que llegue a casa una hora más tarde, en donde estaban mis padres esperándome muy preocupados por mi tardanza, dado que siempre era muy puntual.

De nada me sirvieron las excusas, el castigo fue unos buenos correazos de mi padre para empezar y sin comer ni cenar ese día y para remate la indigestión que me provocó el atracón de frutos secos que preocupó mucho a mi madre que no se lo explicaba, ya que no había comido nada o eso creía ella pues no le dije la razón de mi tardanza dado que siempre era muy puntual.

En cuanto a las actividades que se podían considerar “travesuras delictivas” realizábamos pequeños hurtos de fruta en el mercado de Santa Isabel, y en un almacén de plátanos que había en la calle de la Cabeza que mientras los estaban descargando nos metíamos debajo del camión y recogíamos sin que nos vieran todos los plátanos que se desprendían de las piñas y caían al suelo, después nos los repartíamos a partes iguales Como no se podían comer en ese momento por estar muy verdes y duros como una piedra, me los llevaba a casa y los metía en una caja de zapatos envueltos en paja y los escondía debajo del armario ropero que había en la habitación donde dormían mis padres para que no los vieran. Todos los días iba furtivamente a comprobar si ya me los podía comer impacientándome por lo que tardaban en madurar, así es que en cuanto alcanzaban un estado de madurez aceptable daba buena cuenta de ellos.

En la carbonería que estaba dos casa más abajo que la mía, en cuanto se descuidaba el carbonero le robábamos teas para alumbrarnos cuando entrábamos en las cuevas o en las trincheras de la Casa de Campo y picón para el brasero. Así mismo hurtábamos aceitunas de los toneles que tenía el aceitunero en la camioneta que estaba aparcada en su puerta, en la que nos subíamos varios chicos y mientras uno vigilaba los demás nos llenábamos los bolsillos de todas las aceitunas que podíamos, aun chorreando agua, que luego repartíamos entre todos a partes iguales.

Cuando pusieron un futbolín en la taberna de Alfaro (que estaba en la esquina de la calle del Ave María con la del Olmo) para poder jugar el hijo del huevero le quitaba el dinero a su padre mientras yo vigilaba, hasta que le descubrió y como castigo le interno en un colegio.

Por aquel entonces las calles se regaban con unas grandes mangueras que se conectaban a unas bocas llamadas "bocas de riego" que había en puntos estratégicos de las aceras, las cuales abríamos (con una llave especial) en verano cuando hacía mucho calor para refrescarnos, aunque estaba prohibido hacerlo, así es que muchas veces lo que hacíamos era que cuando estaban regando le gritábamos al regador desde lejos "la manga riega que aquí no llega" y cuando la apuntaba hacia nosotros salíamos corriendo para que no nos mojara demasiado, aunque algunas veces si llegaba y nos ponía como una sopa.

En una de estas bocas de riego que estaba en mi calle y la habíamos abierto para refrescarnos me detuvo un municipal y cogiéndome de una oreja me llevo a mi casa, poniéndoles a mis padres una multa por valor de veinticinco pesetas, una cantidad importante en aquel tiempo lo que les causo un gran disgusto y no era para menos dada la precaria economía de la familia.

Me castigaron sin salir un mes de casa salvo para ir y volver del colegio y sin entretenerme y por supuesto ese día a la cama sin cenar, todo eso después de los consabidos correazos que me dolieron bastante aunque lo que más me dolió fue el no poder salir a la calle a jugar con los amigos. El relato de mis "travesuras delictivas" durante aquellos años de mi niñez quedaría un poco incompleta si no contara algunas de las situaciones en que me vi inmerso, unas veces voluntaria y otras involuntariamente y que en varias ocasiones pudieron resultar peligrosas, aunque afortunadamente nunca me paso nada y por tanto mis padres no se enteraron.

Viajar subidos en el tope o en el estribo de los tranvías eran prácticas muy habituales de muchas personas unas veces por no pagar y otras por que el tranvía iba muy lleno, y nosotros unos chaveas no íbamos a ser menos por muy peligroso que pudiera ser si nos caíamos al subir o al bajar, pues casi siempre lo hacíamos en marcha, o porque nos descubriera el cobrador y tratara de golpearnos con la caja metálica de los billetes o nos tirara tierra de la que llevaba el tranvía para echarla en los raíles cuando patinaban las ruedas y que como represalia tirábamos de la cuerda del trole y se paraba el tranvía.

Las primeras prácticas que hice para aprender a subirme y bajarme del tope o del estribo del tranvía en marcha las realice en el corto trayecto que va desde Puerta Cerrada a la Plaza Mayor por la calle de Toledo y que por ser cuesta arriba tenía que ir mucho más despacio y además me venía bien porque en verano íbamos varios amigos y yo a la Plaza Mayor a vender agua en botijo, y se quedaba uno al cuidado mientras los demás nos íbamos a hacer prácticas. Aunque estaba prohibido nunca me cogieron pero más de una vez recibí un golpe de la caja de los billetes del cobrador. Aquellas prácticas se terminaron cuando llegaron los tranvías cerrados

Uno de los dos trayectos que utilizábamos cuando íbamos a bañarnos al río Manzanares por el puente de Segovia montados en el tope era el que recorría el tranvía que salía de la Plaza Mayor y bajaba por la calle de Toledo hasta Puerta Cerrada y desde allí por la calle de Segovia hasta el puente homónimo en donde haciendo gala de una gran habilidad nos bajábamos en marcha sin esperar a que llegara a la parada, para evitar a la gente o a los posibles guardias que pudiera haber allí, una vez que nos bañábamos en el río nos volvíamos por el mismo camino y el mismo medio de transporte, aunque muchas veces el camino de ida lo hacíamos andando por ser más cómodo al ser cuesta abajo.

El otro trayecto era cuando íbamos a bañarnos por la parte del puente de Toledo, que bajábamos andando hasta la glorieta de Embajadores y desde allí hasta la Glorieta de las Pirámides, por el paseo de la Acacias (en la época en que florecían las acacias nos comíamos las flores que les llamábamos “pan y quesillo” y que nunca he sabido porque las llamábamos así), .En la orilla del río pegando al puente había una huerta donde le quitábamos al dueño varias lechugas que nos las comíamos antes de bañarnos , luego el regreso casi siempre lo hacíamos en el tope del tranvía. El peligro que suponía el ir a bañarse al río no estaba solamente en viajar en el tope del tranvía, también lo constituía la numerosa pozas y remolinos que había en él, y que fueron la causa de más de un ahogamiento, y que para evitarlo patrullaban los policías municipales a caballo.

En una de las muchas veces que nos estábamos bañando en el río cerca del puente de Segovia una de estas patrullas estuvo a punto de cogernos, lo que hubiera supuesto una sanción mucho más gravosa que la de la boca de riego, menos mal que los vimos a tiempo y medio desnudos, con la ropa bajo el brazo y el miedo subiéndonos por la rabadilla, salimos corriendo paseo de Extremadura arriba hasta que comprobando que no nos habían seguido, nos metimos en un portal a vestirnos y nos quedamos escondidos un buen rato hasta que se nos paso el susto y el miedo que teníamos, luego con mucha precaución y mirando a un lado y a otro iniciamos el camino a casa contentos por el feliz desenlace.

Donde íbamos de vez en cuando era a la Casa de Campo, en donde estaba prohibido entrar, aunque eso no iba con nosotros pues nos colábamos por una parte derruida de la tapia que daba a la carretera de Castilla. Nos gustaba ir porque nos lo pasábamos muy bien, la recorríamos de un extremo al otro, desde el lago hasta el “cerro de los locos” jugando aquí y allá, escondiéndonos en las trincheras y galerías de la guerra, cogiendo todo lo que pillábamos para tirárnoslo sin mirar lo que era, hasta que en una ocasión en vez de una piedra lo que nos tiraron fue una granada de mano afortunadamente sin mucha puntería, lo que fue de agradecer, porque explosiono algo alejada de donde estábamos y aun así hirió a un chico en una mano y en la cara.

Alarmados por el ruido vimos venir a lo lejos dos guardas municipales a caballo y sin pensárnoslo dos veces salimos corriendo para evitar que nos cogieran, dejando allí al herido para que le curaran, ya que de habernos cogido, al estar prohibido entrar nos hubieran multado y no estaban los tiempos para eso. Al día siguiente nos enteramos que las heridas fueron leves y que le habían puesto una multa que por supuesto tuvieron que pagar sus padres.

En una ocasión la travesura pudo tener consecuencias desagradables y fue que en el interior del portal del número catorce de mi calle, al lado de las escaleras de subida a los pisos había una gran puerta de doble hoja que siempre estaba cerrada y nos intrigaba para que era pues nos parecía que podía ser la entrada a un sótano, algo que ni siquiera lo sabía Juan Tomas el hijo de los porteros y amigo nuestro.

Así es que un día aprovechando que no estaban sus padres le convencimos para que cogiera la llave y abriera la puerta, así lo hizo y vimos que había una escalera que bajaba hacia un sótano, ni cortos ni perezosos armados con palos y provistos de teas y de cerillas para alumbrarnos bajamos las escaleras y comprobamos que había una galería muy oscura por la cual nos metimos andando en fila india porque era muy estrecha, hasta que topamos con una pared de ladrillo que nos impedía continuar y menos mal que fue así, porque andando, andando no nos dimos cuenta de que no había una sola galería sino varias que confluían en ese punto ,

Al no saber cuál de las galerías era la correcta y comprobar que se nos estaban acabado las teas nos asustamos ante la idea de quedar encerrados por lo que con el miedo metido en el cuerpo elegimos la galería que creíamos que era la correcta y afortunadamente acertamos, pues después de un trecho que nos pareció larguísimo vislumbramos al fondo una claridad que era la salida, y gracias a que habíamos dejado la puerta de entrada abierta. La “aventura” nos sirvió de escarmiento pues no lo volvimos a intentarlo otra vez ni allí ni en ningún otro sitio parecido.

En una de nuestras frecuentes excursiones o salidas del barrio nuestros pasos nos llevaron al cementerio de San Isidro (al lado de la Sacramental de San Justo y Pastor). Nos pusimos en camino después de comer cuando todos estaban durmiendo la siesta, era verano y hacía un calor que rajaba las piedras, íbamos sin rumbo fijo, como casi siempre, y al llegar a la glorieta de la Puerta de Toledo nos paramos un rato para ver los coches de bomberos que en aquel momento salían de las cocheras del parque a toda velocidad, tocando la campana posiblemente para apagar algún incendio.

Después decidimos bajar por el paseo de Los Pontones para ir a unos campos de fútbol que había al lado del río, (donde posteriormente edificaron el estadio de fútbol del Atlético de Madrid), una vez allí cruzamos por el pontón de San Isidro (por donde ahora está el puente elevado de San Isidro) y por el paseo de La Ermita del Santo subimos hasta la Ermita y después de beber a gollete en la fuente “milagrosa” del Santo nos dimos cuenta de que había un entierro y como nunca habíamos entrado en un cementerio, decidimos colarnos junto con todas las personas que entraban. Una vez dentro, nos apartamos de la gente y nos pusimos a deambular entre los panteones y las tumbas mirando aquí y allá la variedad de imágenes de ángeles, vírgenes y cristos crucificados que había. Tan entretenidos estábamos que no nos dimos cuenta que se hacía tarde y para colmo comenzó a llover con tormenta de relámpagos y truenos por lo que tuvimos que resguardarnos bajo la marquesina de un panteón.

Paso el tiempo y cuando dejó de llover nos encaminamos hacia la salida comprobando que la puerta estaba cerrada y no había nadie para abrirla, llamamos a gritos y tocando una campana que había allí para anunciar el cierre del cementerio, pero nadie acudió, así es que todo el miedo que no habíamos tenido hasta ese momento se acumuló de golpe y nos entro pánico. Nos pusimos a buscar corriendo de un lado para otro, otra posible salida, aunque tuviéramos que saltar la tapia, pero el tiempo pasaba, se hacía de noche y no encontrábamos la forma de salir de allí, y el miedo iba en aumento no solo por estar en un cementerio sino a quedar encerrados y no poder llegar a casa a tiempo, por lo menos en mi caso. Después de mucho buscar, pues el cementerio es muy grande, encontramos un portón medio oculto entre la maleza que estaba entreabierto, que daba al Camino de las Animas, (actualmente Vía Carpetana) salimos por él como alma que lleva el diablo y corriendo como gamos y por el mismo camino que a la ida nos volvimos para casa casi sin dejar de correr, a donde llegue cansado pero afortunadamente a tiempo de la cena y contento de que todo acabara bien.

De todas la “salidas” que hacía del barrio, por supuesto sin permiso de mis padres, la que repetía con más frecuencia era la de ir al parque de El Retiro, por lo bien que lo pasábamos al ir, cuando estábamos allí y al volver. El camino que elegíamos para ir variaba según fuera la puerta elegida para entrar, aunque siempre partíamos desde la plaza de Antón Martín donde quedábamos los amigos. Podíamos bajar por la calle de Moratín, por la de Atocha o por la de Santa Isabel, aunque por esta última bajábamos lo menos posible por si me veía mi padre que estaba trabajando en la peluquería y frustraba mi “aventura” así es que casi siempre bajábamos por la de Moratín.

Antes de entrar en El Retiro nos metíamos en las ruinas de un palacio que había al final de la calle de Huertas esquina al paseo del Prado, o nos parábamos a jugar en donde está la estatua de Goya al lado del Museo de Prado, y luego nos subíamos por la tapia exterior de la iglesia de Los Jerónimos o nos íbamos a ver los cañones antiguos que estaban expuestos fuera del edificio del Museo del Ejercito, incluso cuando se podía entrabamos al Jardín Botánico por la puerta que estaba en la plaza de Murillo.

Siempre que entrabamos en El Retiro por la puerta de Felipe IV era de obligado cumplimiento subirse y saltar de rama en rama en unos árboles chaparros que había al final del Parterre y una vez cumplido el requisito o nos poníamos a leer tebeos que alquilábamos en un quiosco que allí había o nos íbamos hasta el Estanque donde nos entreteníamos cogiendo cabezotas con un pañuelo o nos subíamos en el monumento del Rey Alfonso XII o contemplábamos como evolucionaban las barcas que podían alquilarse en un lado del mismo.

También entrabamos por la puerta de Murillo, siempre que queríamos ir a jugar al futbol en unos campos de tierra que había por aquella parte, y otras veces entrabamos por la que está en la Plaza de La Puerta de Alcalá porque nos gustaba ver las palomas de la plaza de La Cibeles y además beber el agua de una fuente que había en la acera lateral del Palacio de Correos y Comunicaciones que tenía un sabor agrio y que no se si todavía estará allí.

El Retiro era para nosotros como un laberinto, lo recorriamos en todas direcciones y nos conocíamos los lugares más recónditos y apartados, y además a nuestras anchas pues salvo los domingos o días de fiesta siempre estaba muy solitario, íbamos al ruinoso Palacio de Cristal donde había un pequeño lago en donde nos entreteníamos tirando piedras a los patos o nos metíamos en una especie de cuevas poco profundas que había en una de sus orillas, también íbamos a la Casa de Fieras, en donde siempre intentábamos colarnos pero nunca lo conseguimos (aunque mi padre me llevo varias veces).

Cogíamos castañas locas, nos subíamos a los arboles y arrancábamos ramas para hacernos rudimentarias espadas, cogíamos flores para en mi caso llévaselas a mi madre, jugábamos a mojarnos con el agua de las fuentes y traíamos en jaque a más de un guarda de aquellos que tenía El Retiro que iban uniformados de rojo y pana, y cuya misión era velar por la seguridad y las buenas costumbres algunas veces con demasiado celo respecto a que alguna pareja no se quisiera demasiado.

En una ocasión nos dio uno de ellos un buen susto cuando cogió a uno de nosotros, (que era precisamente Manolito uno de las niños que vivía conmigo de realquilado), y lo encerró en una caseta de aquellas que tenían para guardar material y no lo quería soltar por mucho que desde lejos le pedíamos que lo hiciera, por lo que al no querer irnos sin él tuvimos que esperar a que lo soltara, que lo hizo cuando era casi de noche, por lo que cuando llegamos a casa tuvimos que dar muchas excusas de por qué llegábamos tan tarde y como no se las creyeron mis padres castigo al canto.

Fuera cual fuera la puerta de entrada al Retiro la salida siempre la hacíamos por la puerta que daba a la calle de Claudio Moyano en donde nos entreteníamos viendo los libros, cuentos y tebeos que estaban expuestos en unas casetas de madera adosadas a la tapia sur del Jardín Botánico y en donde se celebraba la Feria del Libro, desde allí subíamos por la calle de Atocha a la plaza de Antón Martín y desde allí cada uno a su casa, hasta la próxima.

Otra de nuestras “excursiones” habituales eran cuando íbamos a jugar en el cerro de al lado de la Plaza de España donde estuvo el antiguo Cuartel de La Montaña y donde ahora está el Templo de Deboto, después recorriendo el Parque del Oeste subíamos hasta la Moncloa y bajábamos por la calle de la Princesa hasta la Plaza de España y desde allí siempre callejeando nos volvíamos al barrio.

Muchos domingos, después de la sesión matinal en el cine Encomienda nos íbamos a recorrer El Rastro, iniciábamos nuestro recorrido en la plaza de Cascorro y bajábamos por la Ribera de Curtidores parándonos aquí y allá en todos aquellos puestos y tenderetes que llamaban nuestra atención sobre todo delante de los charlatanes que vendían duros a peseta y lo curioso es que siempre “picaba” alguien creyendo que compraba una ganga y luego cuando se percataba que le habían timado se enfadaba y volvía a reclamar enzarzándose en una acalorada discusión, eso sí encontraba al “vendedor de gangas”.

Estos vendedores y charlatanes tenían una especial habilidad para vender toda clase de artículos de “buena calidad” aparentemente a bajo precio, como carteras de “piel de cocodrilo” plumas estilográficas que casi nunca escribían o no tenían depósito, relojes de “oro” que después no funcionaban, anillos, pulseras, medallas que se oxidaban a la menor, medias de nylon que a los dos días se llenaban de “carreras” y multitud de baratijas que con una verborrea impresionante convencían al “mas pitado” de que eran de calidad, eso sí siempre ayudados unos “ganchos” que mezclados entre la gente eran los que primero “compraban”, elogiando en voz queda lo bueno y lo barato que era lo que habían comprado, transmitiendo confianza para que los demás compraran también.

Llevaban la mercancía en una maleta para facilitar la huida en el caso de que llegaran los guardias, aunque había algunos que debían tener licencia para la venta ambulante porque siempre se ponían en el mismo sitio, como era el caso de uno que se ponía en la Glorieta de Embajadores que voceaba su mercancía apostillando al final diciendo que era “de balde, de Valdivia de Baracaldo y de baragarofi”.

El Rastro era para nosotros el “país de las maravillas”, era el mercadillo ideal en donde si se sabía buscar se encontraba lo nuevo y lo usado, lo actual y lo antiguo, de segunda o tercera mano, lo barato y lo caro, en fin de todo lo que se pudiera vender o comprar y a nosotros nos venía de perilla porque allí íbamos a comprar y cambiar cromos, tebeos, canicas, etc., en unos tenderetes que había en la plaza del Mundillo Nuevo.

En aquellos años de penuria y pocos recursos El Rastro era el lugar ideal para buscar y conseguir a precios asequibles muchos objetos, herramientas y utensilios usados, que te resolvían una determinada necesidad, como en el caso de mi padre que compraba la goma de las cubiertas de las ruedas de los automóviles para utilizarlas como la suela de los zapatos que él mismo me hacía, así como la badana necesaria para hacer cojines y bolsos para la casa.

El Rastro también era un mundo de sensaciones olfativas pues de la multitud abigarrada que deambulaba por sus calles entre tiendas, puestos y tenderetes, así como de sus numerosos bares y tabernas emanaban olores para todos los gustos y se percibían algunos en zonas y sitios muy concretos como el olor a fritura de gallinejas de un puesto que estaba en la acera de la Ribera de Curtidores esquina a la calle del Carnero o el que desprendían las berenjenas de Almagro que se vendían a granel metidas en un barreño, en plena calle Mira el Sol cerca de la plaza del Campillo Nuevo donde también podía olerse las emanaciones de cercano Mercado de Pescado (hoy convertido en biblioteca). Olores a pachuli de los perfumes que vendía un hindú en la Ronda de Valencia, así como a castañas asadas, churros con café con leche, cerveza y todo tipo de tapas, sin olvidar los olores a herrumbre a viejo y a nuevo que salían de las tiendas o almadías de antigüedades, y no digamos de las corralas y portales de las casas antiguas.

Aquel “mundillo” me impactó de tal manera que en los años posteriores siempre que he podido, viviera donde viviera, cuando iba a Madrid me daba una vuelta por él, recorriéndolo despacio buscando algo que pudiera interesarme comprar, libros de segunda mano, herramientas, juguetes, botas de fútbol, cromos y tebeos de las colecciones que hacía para mi hijo, lienzos para mis cuadros, etc. Sin embargo pasado un tiempo pude comprobar que El Rastro ya no era el mismo que yo había vivido, pues se había convertido en un vulgar mercadillo sin aquél ambiente castizo que le daba sus señas de identidad.

Hasta aquí las “aventuras” más o menos peligrosas que solo o en compañía de los amigos realice fuera del barrio y que de seguro que fueron más, pero no las recuerdo, como tampoco me acuerdo de todas las travesuras que hice en el barrio, pero lo que sí puedo afirmar es que no hubo cueva, casa, ruina, alcantarilla, mercado, parque o jardín, tenderetes, tiendas y mercadillos, etc., que no fueran objetivo de nuestras travesuras.

Llamar a los timbres y salir corriendo, subir y bajar en los ascensores de las casas que los tenían .-que no eran muchas.-orinar en el interior de los portales, donde también nos escondíamos cuando jugábamos al escondite, lo que enfadaba mucho a las porteras, molestar a las parejas de novios que se refugiaban en el interior de un portal para acariciarse tirando dentro películas de celuloide quemadas que desprendían un humo muy espeso y maloliente obligándoles a salir precipitadamente y muy enfadados, lo que nos causaba gran regocijo, tirar en los cines y donde hubiera mucha gente bombitas fétidas, atar con cuerda los pomos de dos puertas del mismo descansillo para que no pudieran abrirlas desde dentro y muchas más de las que no me acuerdo.

En aquellos largos inviernos en que anochecía enseguida y prácticamente no salíamos a la calle a jugar, nos reuníamos los niños y también los adultos alrededor de una mesa camilla al calor de un brasero de picón (con el que más de una vez nos atufábamos y corrimos el peligro de intoxicarnos) a jugar con juegos de mesa o a escuchar con mucha atención los cuentos y relatos que comenzando siempre por “era una vez” nos contaba mi madre, la “Mama mía” o su hija Manola y que siempre terminaban con “colorín colorado este cuento se ha acabado” o “y fueron felices y comieron perdices”.

Nos contaban historias casi siempre refiriéndose al “hombre del saco”, al “sacamantecas” o al “coco” personajes imaginarios que en las noches oscuras se llevaban a los niños que se portaban mal y que en nuestra ignorancia creíamos que eran de verdad, quizás porque era costumbre decirle a los niños cuando eran reacios a dormirse “duérmete niño que viene el “coco” y se lleva a los niños que duermen poco “y desde luego no faltaban las amenazas con el Infierno para los rematadamente malos.

También nos contaban sobre todo la “Mama mía”, las historias que según ella relataba un pregonero o “cuenta cuentos” que iba por los pueblos (entonces no había ni radio ni televisión, (bueno en cuanto a radios la de galena), relatando sucesos casi siempre trágicos que habían acontecido en alguna localidad, tomando como base unas viñetas o dibujos impresos en un mural desplegable.

Y por supuesto también nos contaban o leíamos historias y cuentos de aventuras, de príncipes y princesas, y de hermosos ángeles como el Ángel de la Guarda que estaba siempre a nuestro lado alerta de que no nos hiciéramos daño cuando jugábamos o nos caíamos o incluso en mi caso que me gustaba mucho, contaba a los otros niños con cierta meticulosidad y muchos aspavientos las aventuras que leía en los tebeos o veía en las películas cuando iba al cine a cambio de cromos, canicas o cualquier cosa. De todos los personajes de leyenda el que nos resultaba más entrañable a los niños era el Ratoncito Pérez, pues nos hacía mucha ilusión un diente debajo de la almohada y esperar impacientes que nos dejara un regalo.

Allí, en aquella mesa camilla del comedor, alrededor del brasero, bajo la mortecina luz de una bombilla de pocos vatios, para no gastar mucha electricidad o de una vela o candel debido a las frecuentes restricciones, con los pies calientes y la cabeza fría, oyendo aquellas historias de cementerios, fantasmas y secuestros, nos recorría por la espalda tal escalofrío que no nos atrevíamos a movernos, ni siquiera para ir al retrete aunque tuviéramos ganas como no fuera acompañados, por no pasar por aquel largo pasillo que estaba tan oscuro, que unía el comedor con la cocina donde estaba el retrete, y el caso era que me gustaba oírlos y aprendí muchas historias y relatos que luego contaba en la calle o en el colegio a los amigos a cambio de cromos, golosinas o cualquier otra cosa, incluso por bocadillos.

Uno de mis entretenimientos favoritos era ir al cine, siempre que podía y por supuesto siempre que tuviera dinero, aunque algunas veces intentaba colarme, me gustaba tanto que siempre le estaba pidiéndoles a mis padres que me llevaran o me dieran dinero para ir, tanto es así que cuando insistía mucho mi madre me decía que como no me callara al cine que me iba a mandar era al de “las sabanas blancas” o sea a la cama y sin cenar. Mi cine preferido era El Dore que está en la calle Santa Isabel enfrente del final de la calle del Olmo, por ser el que estaba más cerca de mi casa y uno de los más baratos y además me dejaban mis padres que fuera solo. En este cine había palcos donde iban las parejas de novios para “darse el lote” y para fastidiarles les tirábamos bombas fétidas.

Donde también iba mucho era a la sesión matinal para niños del Olimpia, que estaba en la plaza de Lavapiés que proyectaban en cada sesión dos o tres películas cortas de dibujos animados y una película de aventuras, y durante el verano y siempre que lo permitía el tiempo íbamos con mis padres a la sesión de noche del citado cine Olimpia que también era al aire libre, nos llevábamos unos bocadillos y comprábamos allí la bebida, que normalmente era gaseosa (el champán de obrero), después de los “trairles”, de las películas cortas de dibujos animados y del obligatorio NODO había un descanso en el que nos proyectaban anuncios publicitarios y nos comíamos el bocadillo. Íbamos al Monumental en la plaza de Antón Martín, al Progreso en la plaza de Tirso de Molina en cuyos bajos estaba la sala de fiesta Conga por cuyas ventanas o respiraderos que daban a la calle Lavapiés mirábamos para ver a las personas tan elegantes que estaban sentadas en las mesas o bailando al son de una orquesta. Al Ave María que estaba en la calle del mismo nombre, al Embajadores y al Pavón en la calle de Embajadores, éste último cerca de la cabecera del Rastro. Al Lavapiés en la calle Tribúlete, al Encomienda (más adelante le cambiaron el nombre por Odeón) en la calle Encomienda, a este cine le llamábamos “el palacio de las pipas”.

Las películas que mas me gustaban ver eran las de risa del Gordo y el Flaco, en las versiones de (Stan Laurel y Oliver Hardy) y (Bud Abbott y Lou Costello), Charlót, (Chales Chaplin), Cantinflas, (Mario Moreno), Buster-Keaton, Jerry Lewis, así como las de romanos, del Oeste, Tarzán, de piratas y espadachines, las de Fu-Manchú las de un perro llamado Rin-Tin-Tin y en general las de aventuras asi como las de dibujos animados de Tom y Jerry, Pato Donald, Mickey Mouse, Popeye, etc.

Luego estaban las históricas como Alba de América, Jerómin, Juana la loca, A mí La Legión, El santuario no se rinde y similares, los últimos de Filipinas. Hubo cinco películas que eran mis preferidas, La Policía Montada del Canadá, Murieron con las Botas Puestas, Gunga Din, Beau Geste (Bella Gesta), y una protagonizada por un perro que se titulaba "la Cadena Invisible" que siempre que la veía me hacia llorar.

Desde luego cuando iba en compañía de mis amigos nuestro comportamiento no era el más adecuado, armábamos todo el escándalo posible siguiendo los acontecimientos que se desarrollaban en la pantalla, riéndonos a carcajadas en las escenas cómicas del Gordo y el Flaco o de Charlót, temblando de miedo en las de fantasmas, vampiros y personajes terroríficos como Drácula, Franqustein y El Hombre Lobo y jaleando y pataleando durante las escenas de guerra y aventuras y desde luego llorar cuando la película era de pena.

Durante la proyección, en el descanso y después de la terminación de la película el jaleo y el alboroto eran impresionantes, se corría por los pasillos, se saltaba de una fila de butacas a otra, los que estaban en el gallinero tiraban güitos de majuelas con unos canutos, flechitas de papel con tiradores y bombitas fétidas a los del patio de butacas, y desde luego tambien entre ellos, con el consiguiente enfado de los acomodadores que al que pillaban le echaban sin contemplaciones.

El cine fue para mí (y creo que para casi todo el mundo) un espectáculo maravilloso a través del cual pudimos acceder a mundos de fantasía y aventura sin límite y tambien contribuyo a que adquiriéramos conocimientos relativos al honor, la disciplina y el compañerismo.

Era tan amplia la variedad de juegos y entretenimientos que teníamos que no había lugar para el aburrimiento, uno de los juegos que más me entretenía era montar "guerras" con soldaditos de papel que recortaba de unas láminas donde venían impresos, pegándoles en la base un cartoncito para que se sujetaran mejor, me pasaba horas y horas jugando en la mesa del comedor y no había cosa que me sentara tan mal que en plena acción "guerrera" me mandara mi madre a un recado, lo hacía a regañadientes, pidiéndole por favor que cuidara que no me los tocara mi hermana, lo que por supuesto no hacía, así es que no había vez que no los encontrara por los suelos, con el consiguiente enfado por mi parte.

Salvo por este motivo, normalmente no protestaba cuando alguien me mandaba a un recado, eso sí a cambio de algo, el tío Sergio me enviaba a la taberna que estaba enfrente de casa a por un cuartillo de vino que le gustabas bastante, advirtiéndome que no me viera la Mama mía, su mujer, a cambio me daba los tacones de goma viejos y me dejaba que me comiera las sobras del engrudo que hacía con harina para pegar las suelas que ponía nuevas a los zapatos y que luego cosía mediante una lezna o punzón con el que previamente hacia un orificio por donde pasaba la aguja enhebrada con hilo de cáñamo impregnado de cerote.

Cuántas veces me quedaba viéndole trabajar, que lo hacía con tal habilidad que dejaba los zapatos como nuevos, mi padre aprendió mucho con él, hasta tal punto que le hacía los zapatos a mi madre copiando el modelo de los escaparates, y a mí también me los hacía aunque eran más de batalla. Recuerdo que me hizo unos zapatos “para vestir” como se decía entonces, y el mismo domingo que me los puse, jugando al fútbol intente dar una patada a la pelota y fallé, dando al suelo con tal fuerza que se despegó toda la suela del zapato, cuando me presente en casa y lo vio mi padre se enfado mucho y después de unos buenos correazos en el trasero, me castigo sin salir varios días y a la cama sin cenar.

También le hacía recados a la Mama mía a cambio de alguna que otra perrilla, para enfado de mi madre que no quería que me dieran dinero y a la tía Manola que me dejaba escuchar la radio de galena con la que cogía Radio Madrid y cuando nació su hija me daba a beber en un vaso la leche que le sobraba después de darla de mamar, y por supuesto a Paco el vecino de debajo como ya he dicho, que le dejaba recado a mi madre a través del patio para que le fuera a cambiar los tebeos y me dejaba que los leyera.

De todos los “mandaos” de mi madre el que más me gustaba hacer era cuando me enviaba a comprar recortes de jamón, que por una peseta me llenaban un cucurucho de papel de estraza hasta el colmo. Estaba la charcutería en la calle de Santa Isabel cerca de la plaza de Antón Martín y para ir que lo hacía despacio haciendo casi siempre el mismo recorrido, entreteniéndome a molestar a un loro que estaba en un balcón encerrado en un jaula y repetía todo lo que le dijeras, incluidas las palabrotas que las aprendía enseguida para disgusto de su dueña y regocijo de la chiquillería del barrio, que por ciento éramos bastante mal hablados, y menos mal que afortunadamente no se me quedo esa costumbre.

Otro sitio donde me paraba era para ver matar aves de corral, en un local que había en la calle Torrecilla del Leal, me quedaba mirando como aquel hombre cogía indistintamente un pollo o una gallina y con mucha rapidez y habilidad les retorció el pescuezo, después los desangraba en un recipiente y a continuación los desplumaba totalmente. También me paraba si subía por la calle de la Rosa en una casa en ruinas para buscar balas, sin embargo una vez comprados los recortes me volvía para casa sin pararme en ningún sitio, pero sin prisas y comiéndome los mejores trocitos de jamón, hasta un límite para que mi madre no se diera cuenta, pero una vez en la que trocito va trocito viene me pase de la raya y se entero, castigándome sin salir a la calle y además me sentó mal.

En otra ocasión que me mando con la cartilla de racionamiento a comprar el pan, al volver y con el propósito de quedarme en la calle jugando con los amigos, le entregue a mi hermana el capacho donde estaba el pan y la cartilla para que se la subiera a mi madre, cuando llego la niña a casa comprobó mi madre que no estaba la cartilla, le pregunto a mi hermana por ella con el susto metido en el cuerpo y por el relato que le hizo comprendió enseguida que se la habían robado, pues según le dijo la niña, que un hombre la paro en la escalera y metiendo un paquete en el capacho le dijo que se lo diera a mi madre, luego lo volvió a sacar diciendo que ya se lo daría él y con el paquete saco también la cartilla.

El quedarse sin la cartilla de racionamiento le causo a mis padres, a parte de un gran disgusto un enorme quebranto económico pues era el documento imprescindible para adquirir muchos de los alimentos básicos como legumbres (algunas con bichos y piedras como las lentejas y el arroz que antes de cocinarlos había que limpiarlos), aceite, azúcar, pan, tocino, bacalao, harina, etc., a un precio razonable y que sin ella no había manera de conseguirlos si no era comprándolos de estraperlo y más caros.

Casi un año estuvimos sin suministro hasta que le dieron otra y gracias a la solidaridad de algunos tenderos del barrio como el panadero Sr. Romualdo que le vendía a mi madre al mismo precio de cartilla el pan que casi siempre le sobraba y al Sr. Pedro dueño de una tienda de ultramarinos, que estaba en la calle Ave María esquina a la calle del Olmo, que le vendía bajo cuerda también a precio de cartilla todo lo necesario que estuviera racionado.

De todas formas aun teniendo la cartilla también tenían que comprar mis padres muchos otros alimentos pues era muy escasa la cantidad o no los suministraban, como leche, huevos, carne, pescado, fruta, el café o mejor dicho sus sucedáneos como la achicoria y la malta, con lo que eso suponía para su exigua economía, por eso mi madre cuando iba a servir en alguna casa que le daban de comer nos traía el segundo plato y el postre.

Aquel año comimos más que nunca el famoso puré de San Antonio y las gachas, que se hacían con harina de almortas y también las migas con torreznos o sardina asadas y en el verano el gazpacho extremeño que se refrescaba con trocitos de hielo, y de postre cuando era la temporada, melón y sandía que tanto le gustaban a mi padre, las pipas del melón las poníamos en un papel de periódico a secar en el balcón y nos las comíamos.

No recuerdo que me castigaran por el robo de la cartilla quizás debido a que pudieron pensar que alguna culpa tendría mi madre por enviarme a comprar con la cartilla de racionamiento siendo yo un niño más preocupado por jugar que por otra cosa. Como es de suponer este suceso me afectó muy poco al no entender lo que supuso para mis padres.

Mi vida se desarrollaba en dos escenarios muy diferentes, en casa con mis padres, mi hermana, la familia y el colegio y en la calle con los amigos, mientras que en el primero me comportaba como un niño obediente y estudioso, cumpliendo bien con las normas de educación que nos impartía D^a Antonia la maestra y por supuesto mis padres, en el segundo era un pillastre de tomo y lomo, con unos enormes deseos de estar siempre jugando o haciendo alguna travesura, pero siempre con las ideas muy claras de no mezclar ambos comportamientos al menos voluntariamente, pues en las escasas ocasiones en que mi padre se enteró de alguna travesura me castigó tan severamente que ya procuraba yo de que no volviera a enterarse.

Por supuesto que no estaba todo el tiempo comportándome de esa manera, pues normalmente las travesuras las hacíamos principalmente en verano durante las vacaciones del colegio que duraban tres meses y por tanto estaba casi todo el día en la calle, salvo a la hora de comer y de cenar que tenía que estar en casa antes de que llegara mi padre del trabajo, pues le gustaba que comiéramos todos juntos, aunque a veces la que no comía con nosotros era mi madre porque lo hacía en la casa de los Srs. de Diego y nos traía parte del segundo plato y el postre.

A pesar de que los ingresos no eran lo suficiente como para “tener de todo”, lo que nunca faltó fue la comida, aunque no era muy abundante, por un lado debido al racionamiento y por otro a la falta de dinero para comprarla, comíamos, arroz, judías, garbanzos, lentejas y patatas muchas patatas, verdura, ensaladas, tortilla española, y de pescado sardinas, boquerones, chicharros, palometa y pescadilla de enroscar y de carne poca, si acaso picada o para guiso, carrilladas y productos de casquería.

Desde luego nada de filetes, chuletas, merluza, marisco o aves de corral) y mucho pan para mojar en la salsa, migarlo en el café con leche (bueno Malta o achicoria con leche) y si estaba duro se tostaba y se impregnaba con aceite de oliva, pimentón y ajo y para los niños con aceite y azúcar que sabía a gloria bendita y de postre la fruta del tiempo, sobre todo melón o sandía y cuando había alguna celebración importante, que eran pocas se hacía algún extraordinario.

Sin embargo no debía ser suficiente para mí porque recuerdo que siempre tenía hambre y así sucedía que cuando habiendo terminado nosotros de comer, lo hacían la “Mama mía” y su familia me ponía al borde de la mesa de pie, en espera de que me dieran algo para comer, lo que enfadaba mucho a mi madre que me regañaba severamente.

Me comía todo lo que me daban y más si hubiera, lo que me causó más de un empacho, (y la consiguiente purga con aceite de ricino o si era estreñimiento con una lavativa) hasta tal punto llegaba mi apetito que cuando en mis correrías con los amigos pasábamos cerca de una cafetería que tenía las mesas en la calle revisábamos las sobras por si habían dejado algo comestible, llegando incluso a rebañar los envoltorios de papel encerado de los bizcochos y las magdalenas, desde luego con razón me decía mi tío Félix que era un “zampabollos”.

En cuanto a la ropa y el calzado eso era “harina de otro costal”, carecíamos de un vestuario variado, sobre todo en mi caso, pues casi todo lo que me ponía eran arreglos que hacía mi madre de lo que le daban, y no digo que no me compraran ropa pero era en contadas ocasiones y además me la guardaban para ponérmela los domingos y días de fiesta.

Cuando fui mayor me compraron algo más de ropa, pero me ponía también la de mi padre convenientemente arreglada y en cuanto al calzado, el de todo trote, como ya he dicho, me lo hacía mi padre poniendo como suela la goma de las cubiertas de las ruedas usadas de los coches aunque tenía un par nuevos reservados para los domingos los cuales siempre los llevaba como la patena de limpios, pues ya se encargaba mi padre de que así fuera, porque en eso de la limpieza como en tantas otras cosas mis padres eran muy estrictos.

Otra de las cosas que mis padres no podían permitirse era el comprarnos juguetes aunque tampoco mis amigos los tenían, conformándonos con los que nos construíamos nosotros mismos y solamente dos entre todos los tenían, Bibi, que era sobrino de Paco el que me mandaba a cambiar los tebeos y Rafael cuyo padre tenía una tienda de venta de máquinas de coser, aunque ambos y por distintos motivos (a Bibi no le dejaban y Rafael estaba enfermo) no bajaban casi nunca a la calle a jugar con nosotros, aunque yo subía a su casa a jugar con ellos.

En una ocasión de las muchas que iba a casa de Bibi, en donde jugábamos en una habitación que tenía llena de juguetes de todas clases, entre ellos una colección de cochecitos, creyendo que no se iba a dar cuenta, me lleve uno, pero la que si se dio cuenta fue mi madre, que al verme jugar con él quiso saber de dónde y cómo lo había conseguido, después de mucho insistir pues yo no se lo decía, le confesé que me lo había dado Bibi, pero no se lo creyó y queriendo saber si era verdad me llevo a su casa para averiguarlo, como la verdad era que lo había sustraído, “robado” decía mi madre, me obligo a devolverlo y pedir perdón por la falta cometida, incluso no acepto que me quedara con él cuando Carmen la madre de Bibi, una vez aceptada la disculpa me lo quiso regalar.

Sobre el tema de los juguetes recuerdo que solamente me regalaban algunos por Reyes, pero eso si con mucho misterio y la velada amenaza de que como a veces no me había portado bien, posiblemente en vez de juguetes lo que me traerían sería carbón, diciéndome que escribiera una carta a los Reyes en la que me disculpara y manifestara mi deseo de que me iba a portar bien en lo sucesivo y a lo mejor me perdonaban y cambiaban el carbón por los juguetes que les pedía. Esta situación de incertidumbre causaba un efecto inmediato en mi comportamiento pues si hasta ese momento pudiera haber sido un poco desobediente o travieso o chinchaba a mi hermana, a partir de entonces me convertía en un “ángel”, no protestaba por nada obedeciendo sin rechistar a mi madre, no metiéndome con mi hermana ni peleándome con los otros niños del piso.

Luego llegaba el día de Reyes y mi padre nos llevaba a ver la cabalgata , y yo me fijaba mucho cuando pasaba el rey Baltasar que era mi preferido y a quien le había escrito la carta, y volvíamos a casa deseando que llegara pronto la hora de acostarnos que esa noche después de dejar los zapatos en el balcón lo hacíamos sin protestar, tras una noche en duermevela el amanecer era apoteósico, pues más despiertos que nunca mirábamos en la mesa del comedor y allí estaban los juguetes que creíamos que nos habían traído los Reyes Magos y que casi nunca coincidían con los que habíamos pedido, pero que no importaba pues al fin y al cabo no era carbón.

En una ocasión como regalo de Reyes mi padre me compro con el dinero de las propinas un triciclo de madera muy bonito, menuda alegría que me dio al levantarme y ver lo que me habían traído los Reyes. En cuanto me dejaron salí a la calle, me monte en el triciclo y a toda velocidad me lance por la acera cuesta abajo hacia el final de la calle.

Por entonces la aceras de mi calle constaban de grandes baldosas de diferentes tamaños colocadas muy irregularmente no constituyendo un piso liso, pues había baldosas que estaban hundidas y otras levantadas haciendo que el triciclo fuera dando botes y tumbos hasta que en una hendidura que había entre dos baldosas se introdujo la rueda delantera tan bruscamente que se patio el triciclo por la mitad cayéndome al suelo todo lo largo que era. El susto fue de aúpa y el disgusto mucho mayor, pues aparte de las rozaduras que me hice no tuve consuelo cuando con las dos partes del triciclo me presente delante de mis padres magullado dolorido y lloroso por tan “tremenda perdida” precisamente el mismo día de Reyes, menos mal que mis padres al verme tan disgustado no me regañaron y trataron de consolarme y aunque mi padre me arreglo el triciclo ya no quedo igual.

De todos los escasos juguetes que tuve, recuerdo con especial cariño un camión de madera que me hizo mi padre en los ratos libre en la peluquería, era muy mañoso le hacia los zapatos a mi madre, a mi hermana y a mi utilizando como suela trozos de la cubierta de las ruedas de los automóviles que los compraba en el Rastro, hacia toda clase de cojines, bolsos ,carteras, taburetes y forraba los asientos de las sillas, fue una lástima que aquella habilidad que tenia no la pudo aprovechar para poner un pequeño taller por falta de dinero, como él decía.

Hasta aquí el relato de mis vivencias relativas a mis travesuras y convivencia con mi familia durante aquellos años de mi niñez, en aquel entorno del barrio de Lavapiés y por extensión del Madrid de los años cuarenta y principios de los cincuenta pero este relato quedaría incompleto si no recordara a todas las personas (vecinos, tenderos y vendedores ambulantes) que con su actividad cotidiana dieron vida al barrio y le confirieron una dinámica y peculiaridad propia que me dejo tan honda huella.

En primer lugar a todos los que han ido apareciendo en el relato, aquellos con los que compartí juegos y aventuras como es el caso de los niños, Agustín Sosa , Bibi, Rafael (que murió a la edad de diez años), Juan Tomas, Amadeo Ochoa los hermanos Gómez Borreguero los hijos de La Pola etc., y a los adultos que en muchos casos tuvieron que sufrirlas y soportarlas, a mi *maestro* D. José y a su esposa D^a Antonia que junto con mis padres tanto se esmeraron en mi formación.

Y mi especial recuerdo y agradecimiento al Sr. Romualdo el *panadero* que nos atendía muy bien cuando íbamos a comprarle caramelos y chucherías. Al Sr. Pedro el *tendero* de ultramarinos que fue tan solidario con mis padres cuando nos robaron la cartilla de racionamiento Al *carbonero* y al *aceitunero* a los que en cuanto se descuidaban les hurtábamos las teas y las aceitunas respectivamente y también al *lechero* y al *tabernero* donde me mandaba mi madre a por la leche y mi tío Sergio a por un cuartillo de vino procurando que no se enterara la mama mía.

Y también conviene recordar a todos aquellos vendedores ambulantes que voceando su mercancía ofrecían a pie de calle la venta o el canje de un producto y la reparación o restauración de cualquier mueble o utensilio. Había muchos, pues las circunstancias y la necesidad eran propicias a su aparición, pero los nuevos tiempos de abundancia y modernidad han hecho que desaparecieran la mayoría, pero a mí se me quedaron en la memoria algunos que quiero dejar constancia de ellos.

Los más solicitados eran los que tenían una especialidad como restauradores o reparadores, entre los que destacaba el *Paragüero-Lañador* al que observábamos con mucha atención como arreglaba los paraguas y nos daba las varillas sueltas con las que nos hacíamos los arcos y las flechas, así como ponía una laña en los recipientes de barro o tapaba una grieta o un agujero en las cacerolas con estaño calentado con aquellos enormes soldadores que se ponían al rojo en un brasero de carbón que ellos mismos transportaban.

Habia un chiste que hacía mención a estos reparadores y se refería a que estando realizando un remiendo en una cacerola paso por encima un avión que llamo su atención y parando en su tarea levantando la cabeza comento en voz alta “hay que ver lo que hacemos los ingenieros” y siguió con su trabajo.

También periódicamente aparecía el *Afilador* transportando la piedra de afilar (que la hacían girar con un pedal) en un carrito con una sola rueda parándose de tramo en tramo y poniéndose la mano en la boca a modo de bocina gritaba “el afilador, se afilan navajas, cuchillos y tijeras” y que más de una vez me mandaba mi madre a que le afilara sus tijeras de modista y algún que orto cuchillo de cocina.

Como tenía que esperar a que terminara me quedaba a su lado viendo como lo hacía y como saltaba un chorro de chispas de la piedra, poniendo mi mano para ver si quemaban, por lo tenía que tenía que decirme el afilador que me apartara pues aunque las chispas prácticamente casi no quemaban se corría el peligro de que al saltar se metieran en los ojos Con el tiempo estos profesionales se modernizaron y transportaban la piedra esmeril primero en una bicicleta y hoy en día en una motocicleta o en un automóvil.

Entonces los colchones estaban rellenos de lana o de borra (los de los más pobres) que con el uso se formaban unas bolas o nudos que resultaban muy incómodos, por lo que de vez en cuando había que varearlos para deshacer los nudos y hacerlos más mullidos, este trabajo se le encargaba al *Cardador* o *Vareador* (también se le llamaba el *Colchonero*) que le llamaban cuando aparecía por la calle voceando sus servicios.

Para realizar su trabajo tenía que bajar el colchón a la calle, extraerle la lana o la borra y extenderlas en una manta y con la ayuda de una vara que estaba curvada en un extremo golpeaba con cierta técnica hasta que se deshacían los nudos dejándolos esponjosos, luego volvía a llenar el colchón y ya estaba listo para ser usado con más comodidad.

También los había que ofrecían todo tipo de mercancías, como el *Mielero* que vendía queso, miel y arrope voceando “miel de La Alcarria”; El *Botijero* que transportaba en unos serones a lomo de un borriquito y protegidos por paja, todo tipo de cacharros de barro entre los que se encontraba el famoso botijo.- en el que tanto trabajo me costó aprender a beber agua.- y los anunciaba diciendo que eran de la Tierra de Barros. El *Heladero* que fabricaba los helados en el mismo momento de la venta, introduciendo virutas de hielo alrededor de un palito en una pequeña prensa para hacerlo compacto, rociándolo a continuación con un jarabe que podía ser de fresa, de limón, de menta o mezclados según fuera el gusto del comprador; El vendedor de Pirulís de la Habana y de manzanas recubiertas de caramelo de color rojo.

El *Barquillero* que iba cargado con la barquilla que era de color rojo y una cesta donde llevaba los barquillos y que podían verse en parques y jardines y durante las verbenas. Dicha barquilla llevaba en la parte superior una ruleta en la que por unas perrillas se realizaban varias tiradas que cada una de ellas tenía como premio un barquillo, pero si se caía en una marca determinada se perdían todos los barquillos conseguidos, aunque a veces a los chavales nos daba un barquillo de consolación.

De todos los vendedores ambulantes el que más le gustaba a mi madre y creo que a todas las amas de casa del barrio era el *Cacharrero*, porque además de vender cacharros y utensilios de cocina también los cambiaba por ropa vieja, por lo que era una buena ocasión para poder renovar las cacerolas y vasijas algunas con varias lañas, por otras nuevas y que tuvo mucho auge cuando aparecieron los primeros cacharros de aluminio y de plástico. Estos cacharreros casi siempre eran gitanos y era todo un espectáculo el verlos regatear con las mujeres y lamentarse continuamente de que “le apretaban mucho” en el cambio o trueque.

Otra actividad de los gitanos de las muchas que tenían era de *titiriteros*, llegaban al barrio con su espectáculo de circo ambulante, se situaban en plena calle y al ritmo acompasado de una trompeta y un tambor, lo mismo hacía bailar a un oso que conseguían que una cabra se subiera con las cuatro pezuñas muy juntas a un taburete muy pequeño en un alarde de equilibrio o que una bailarina se contorsionara y bailara imitando a las bailarinas moras. Para la chiquillería y supongo que también para los mayores era todo un acontecimiento al ser la única manera de poder ver algo parecido a un circo, sobre todo en mi caso pues no estaba la economía de mis padres para que me pudieran llevar a ver un circo de verdad como era por aquel entonces el Circo de Price.

Y para espectáculo el que daba un hombre que iba “pidiendo por Dios” montado en un carro tirado por un borriquito y que estaba contorsionado de tal forma que la pierna derecha la tenía pasada por encima del cuello y la izquierda violentamente doblada hacia atrás diciendo con voz lamentosa que lo que le pasaba había sido debido a un bomba durante la guerra y lo curioso es que no solo nos lo creíamos los niños sino que también se lo debían de creer los mayores porque le daban dinero. Pasado un tiempo nos enteramos que no le pasaba nada pues era un contorsionista y esa era la manera de “ganarse la vida”.

Por último mencionare a los vendedores que según la temporada ponían su puesto de venta en la calle, como la famosa *Castañera* que cuando llegaba el otoño se ponía al lado de la taberna de Alfaro en la calle de Ave María y por unas perrillas te vendía unas pocas castañas asadas o un boniato que te quitaban el frío de las manos y el hambre del estómago; la *Pipera* que cada vez nos daba menos pipas por el mismo dinero, porque ponía papeles de periódico en el fondo del cubilete con el que media las pipas, (de girasol y de calabaza), las chufas o los garbanzos torraos.

Al que iba mi padre con mucha frecuencia cuando aparecía era El *Melonero* que ponía el puesto en la calle Ave María -y que voceaba diciendo “melones más dulces que el arropé, a cata y a prueba” y cuando se había elegido uno hacía una cata y si no estaba bueno lo cambiaba por otro; la *Cigarrera* que se ponía principalmente en la bocas del metro y vendía cigarrillos sueltos, piedras de mechero, cerillas, tabaco picado, etc., que solía llevar en una cestita o en una caja de madera que se colgaba del cuello.

Y en fin tantos y tantos que ya no me acuerdo de todos aunque he querido dejar para el último a uno muy entrañable y conocido por todos como era el famoso “*Don Nicanor tocando el tambor*” y que tanta gracia nos hacía. También estábamos atentos cuando pasaba por nuestra calle el *repartidor de toneles* de cerveza del “Laurel de Baco” para descargarlos en la taberna de Alfaro y que corríamos para ver como lo hacía y contemplar los caballos percherones que tiraban del enorme carro que los transportaban y que a veces se escurrían en los adoquines haciendo que saltaran chispas de las herraduras.

Y por último recordar al *repartidor de hielo* a domicilio que lo hacía transportando en una camioneta alargados bloques de hielo y los repartía enteros o por partes apoyados en su hombro sujetándolos con las manos y que estábamos atentos porque algunas veces se le escurría alguno y se rompía en múltiples pedazos permitiéndonos que cogiéramos los más pequeños para refrescarnos o llevárnoslos corriendo a casa para ponerlos en la nevera.

No quiero dejarme en el tintero a los servidores públicos como el *Cartero* que después de tocar el silbato entregaba las cartas boceando desde el portal el nombre del destinatario para que bajara a recogerlas, pues entonces no había buzones en los portales; el *Sereno* que se recorría todas las noches el barrio revisando si algún portal o negocio no estaba bien cerrado y que a la llamada de algún vecino trasnochador acudía para abrirle el portal dando golpes en el suelo con el chuzo, y que algunas veces había que llamarle dando palmas y voceando fuertemente porque estaba lejos o quitándose el frío en alguna tasca o taberna. El *Farolero* que puntualmente todas las tardes al caer el sol pasaba encendiendo los faroles accionando el interruptor del gas o de la electricidad con un palo largo.

También estaban los empleados de la limpieza como el *Barrendero* que casi siempre iban dos, uno barriendo y otro empujando un carro de dos ruedas donde echaban los residuos y que eran asiduos visitantes de los bares del barrio sobre todo en invierno; los *Regadores*, que tanta lata les dábamos en verano para que intentaran mojarnos; el *Basurero* que recorría el barrio en un carro tirado por una mula o un burro recogiendo la basura y los desperdicios de las casas y los comercios, y tantos otros de los que no me acuerdo.

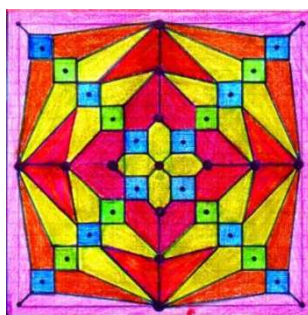
Todos estos empleados públicos cuando llegaban las Fiestas de Navidad y Año Nuevo iban casa por casa y comercio por comercio felicitando Las Pascuas dando una tarjeta y esperando una propina, dándose el caso que a muchos de ellos era la única ocasión que teníamos para conocerlos pues no volvíamos a verlos hasta el año siguiente.

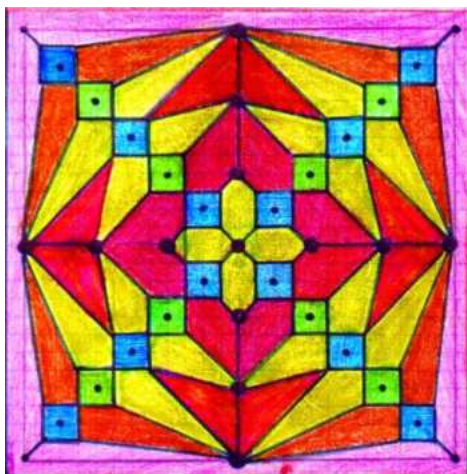


De los años comprendido entre 1952 a 1954 en que nos cambiamos a vivir a Carabanchel pocos recuerdos me quedaron que no sean referidos a mi ingreso y estudios en La Paloma y uno de ellos fue cuando mi hermana hizo su Primera Comuni3n el 9 de junio de 1953 en la iglesia de San Lorenzo y desde luego lo que si me quedo como un recuerdo imperecedero fue el de mi calle del Olmo y mi barrio de Lavapi3s, as3 como de las personas que fueron el verdadero esp3ritu del barrio y que al ir desapareciendo con el paso del tiempo, se llevaron con ellos todo lo que tenia de popular, dicharachero y castizo.



PRIMERA COMUNI3N DE MI HERMANA





SEGUNDA ETAPA (1953-1957)

En los años que mediaron desde que hice la Primera Comuni3n hasta mi ingreso en "La Paloma"(1950-1952) y el posterior cambio a vivir en Carabanchel en 1954 se produjeron importantes cambios en mi car3cter y en mi comportamiento, paulatinamente fui dejando de hacer travesuras, un poco porque adquirí m3s conciencia de lo que estaba bien y lo que estaba mal y tambi3n porque me gustaba m3s estudiar que jugar en la calle, lo que se reflejaba en una mayor eficacia en el resultado, hasta conseguir durante el 3ltimo a3o de mi estancia en el Colegio Nacional ser el primero de la clase para alegrí de mis padres y de mí maestro.

Quiz3s esa pudo ser la raz3n por la que mis padres decidieron que debí seguir estudiando y posiblemente pensaron que lo mejor para mí era que aprendiera un oficio, ya que una carrera universitaria era impensable dado los medios econ3micos de que disponían por lo que mi padre junto con mi maestro del colegio de primaria Don Jos3 Ideope decidieron que debí prepararme para realizar el examen de ingreso en "La Paloma", como llam3bamos coloquialmente a la Instituci3n Sindical de Formaci3n Profesional "Virgen de La Paloma", de Madrid, por lo que pr3cticamente desde el mes de enero del a3o 1952, tanto mi maestro como mi padre se preocuparon en impartirme las ense3anzas necesarias para que pudiera superar el examen de ingreso, posiblemente sabedores del nivel de exigencia del mismo y de la importancia que suponía para mi porvenir el que lograra ingresar.

Durante todo aquel tiempo fue mi madre la que realiz3 todos los trámites necesarios, llevándome a inscribirme, cuando fui a examinarme y cuando fuimos a ver el resultado, que estaba expuesto en un panel de anuncios situado en un muro lateral, al lado de la puerta de entrada y salida de coches. Recuerdo que entre padres y aspirantes habí gran cantidad de personas que dificultaban el poder acercarse para ver las listas de aprobados, por lo que con cierta dificultad pude abrirme paso y comprobar que estaba aprobado con el n3mero 103, lo que nos caus3 mucha alegrí tanto a mi madre como a mí, y no digamos a mi padre y a mi maestro cuando se lo dijimos.



Las clases del primer curso, el de Preparatorio, comenzaron el día 8 de septiembre de 1952, tenía yo doce años. En aquella Institución permanecí cinco años, desde septiembre de 1952 hasta junio de 1957, y debido a que se consideraba la estancia como una beca, había que aprobar año a año ya que de no conseguirlo no se podía repetir curso y por lo tanto no se podía continuar. De los casi trescientos cincuenta alumnos que ingresamos solo conseguimos terminar unos ciento setenta. Para mí siempre estuvo muy claro que tenía que esforzarme al máximo para aprobar todos los cursos pues de ello dependía mi porvenir y además tenía que corresponder al sacrificio que hacían mis padres de no ponerme a trabajar y privarse de unos ingresos económicos que tanta falta les hacía en aquellos años de penuria.

“La Paloma” era considerada por aquel entonces el mejor colegio de formación profesional que había en España, por lo que había alumnos de todas las provincias y tal era su fama que ser considerado “palomo” era un orgullo y sinónimo de calidad moral y profesional. Pertenecía a la Organización Sindical y estaba regido por frailes salesianos que se encargaban de la disciplina y de la enseñanza de algunas de las asignaturas como religión, historia y geografía. El resto de las asignaturas y talleres las impartían seglares.

Estaba situada (y lo sigue estando), al final de la calle Francos Rodríguez en la zona de la Dehesa de la Villa al norte de Madrid y por aquel entonces, salvo un cuartel de la policía armada y un colegio-residencia para huérfanos de ferroviarios, no había ninguna edificación a su alrededor y como el tráfico era escaso, salvo el tranvía que hacía el recorrido desde Estrecho hasta allí y viceversa, disfrutábamos de un aire limpio y un entorno silencioso.



VISTA GENERAL DE LA INSTITUCION EN 1952-57 PUERTA DE ENTRADA PRINCIPAL

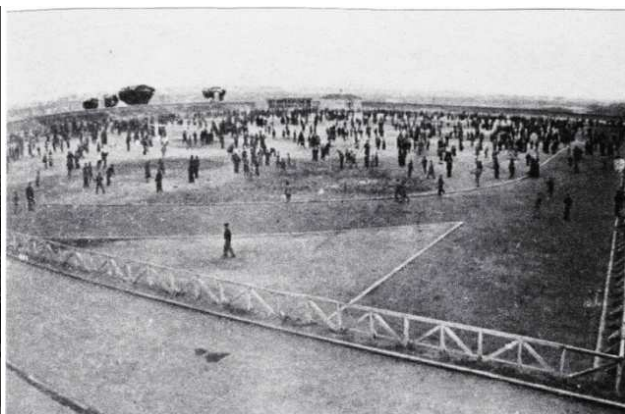
Para poder ir a La Paloma, como vivíamos en la calle del Olmo, en pleno barrio de Lavapiés, cogía el metro en la plaza de Tirso de Molina y después de un recorrido de diez estaciones me bajaba en la de Estrecho y por la calle de Francos Rodríguez, unas veces en el tranvía que hacía el recorrido desde Estrecho hasta cerca del colegio, y que debido a que tenía las plataformas anterior y posterior abiertas, siempre estaba atestados de gente que me obligaba muchas veces a tener que ir andando hasta la Institución (también la llamábamos así coloquialmente), aunque otras veces me iba andando para poder ahorrarme el dinero del billete.

La entrada a las clases (incluso los sábados) era a las nueve, por lo que para llegar a la hora de formación tenía que levantarme a las siete; dos años después cuando nos cambiamos a vivir en Carabanchel, al estar más lejos y peor comunicado me levantaba a las seis e iba andando más de un kilómetro hasta Mataderos en la calle General Ricardos, donde cogía un tranvía que me llevaba a la estación de metro de Embajadores y de allí a la estación de Sol donde hacía transbordo a la línea que me llevaba a la estación de Estrecho.

Durante el Curso de Preparatorio, podíamos ir vestidos con ropa de calle pero a partir del curso de Orientación era obligatorio ir con un mono o peto azules, supongo que se debía a la condición de ser una institución de formación profesional e incluso a que al ir vestidos así éramos fácilmente identificados como alumnos de “la Paloma”, lo que nos obligaba a comportarnos correctamente fuera de la Institución, por temor a un castigo o lo peor, que te expulsaran.

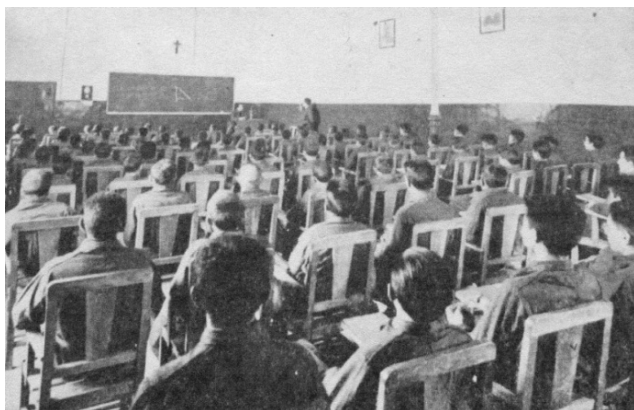


PATIO DE ENTRADA



PATIO DE RECREO

Dentro del colegio la disciplina era muy estricta, al llegar por la mañana formábamos por aulas y por talleres en el amplio patio de entrada, una vez se hacía el silencio (al toque de campanilla) se izaban las banderas, que eran tres, la española, la de falange y la de los sindicatos y creo, aunque de esto no me acuerdo bien, que cantábamos el “Cara al sol” con el brazo derecho extendido (como el saludo romano). Una vez terminado el acto, en formación y riguroso silencio nos dirigíamos a las correspondientes aulas, según los cursos, vigilados por los responsables de la disciplina que eran los salesianos.



AULA

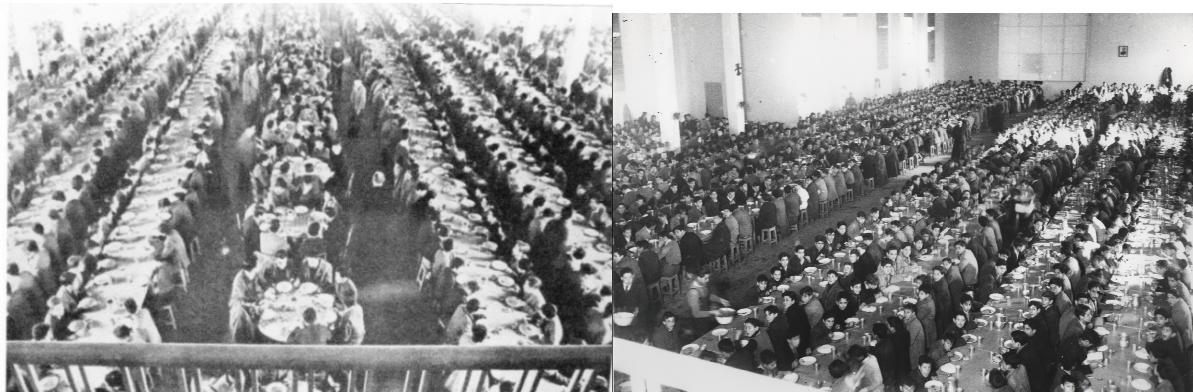


BIBLIOTECA

La atención en clase había que hacerla en riguroso silencio solo interrumpido cuando se tenía que contestar a alguna pregunta individual o colectiva que hacía el profesor, aunque a veces no podían evitarse murmullos y risas contenidas que eran rápidamente reprendidas por el profesor, siendo en cualquier caso más tolerantes los seculares que los salesianos.

A media mañana nos daban media hora de descanso, pero sin salir del aula, para charlar moderadamente, leer o comerse el bocadillo que cada uno hubiera llevado de casa y a las doce se terminaban las clases y salíamos al patio, siempre en silencio y formados, a toque de campanilla rompíamos filas y nos dispersábamos por el patio que tenía el colegio en la parte de atrás de los edificios donde estaban las aulas y los talleres y en donde también estaban la capilla y los comedores.

Una característica muy importante de “La Paloma” era que al ser la estancia medio pensionista nos daban de comer, lo que en mi caso ayudaba bastante a la economía familiar tan precaria en aquellos tiempos. La comida en mi opinión era, sin ser excepcional, buena y suficiente aunque poco variada, opinión que no compartían otros compañeros que siempre estaban protestando por la calidad, por lo escasa o por lo poco variada, el caso era protestar.



Debido al número de alumnos había tres turnos para entrar al comedor y a mí me tocaba el segundo, lo que me permitía jugar o pasear antes de entrar y después de salir del comedor. Cuando era tu turno, había que formar previamente al toque de campanilla y en fila de uno o de dos, según los casos, y en silencio pasar por la puerta que te correspondía de las tres que tenía el comedor para entrar (para salir había que hacerlo por una única puerta de mayor tamaño que las otras tres, con el fin de que el desalojo se hiciera más rápidamente).

En la puerta nos daban una barra de pan y el postre y a veces una porción de pan de higo y un huevo duro y nos íbamos a nuestro sitio que era siempre el mismo y nos quedábamos de pie y en silencio. Cuando todos habían entrado se cerraban las puertas y el que no hubiera entrado tenía que esperar al otro turno, menos el del tercero que se quedaba sin comer. Cuando en el mes de septiembre de 1953, España firmó con los Estados Unidos el Tratado de Cooperación y Ayuda Mutua, comenzaron a llegar todo tipo de ayudas entre las que se encontraban la leche en polvo y el queso americano (así se decía). A partir de entonces nos comenzaron a dar en las comidas una porción de queso y un vaso de leche, como suplemento alimenticio.

Una vez todos en su sitio se procedían a rezar y al finalizar el rezo, otro toque de campanilla nos indicaba que podíamos sentarnos y comenzar a comer y a hablar sin alborotar, terminado el tiempo que teníamos para comer un nuevo toque de campanilla nos anunciaba que nos pusiéramos de pie para ir saliendo por filas y en orden y podíamos hablar en voz baja. En el patio teníamos que esperar a otro toque de campanilla para formar por aulas y talleres para pasar lista, que lo hacía un alumno, y a continuación nos dirigíamos en silencio a las clases o a nuestros puestos de trabajo.

Al terminar la jornada a la seis de la tarde, salíamos en orden y formábamos en el patio delantero para arriar las banderas, que, como por la mañana, hacían tres alumnos a toque de corneta, y a continuación rompíamos filas dispersándonos por el interior del colegio o saliendo a la calle para irnos, supongo que cada uno a su casa, o los huérfanos de ferroviarios a la residencia que tenían cerca de la Institución. En mi caso el camino de vuelta no era el de por la mañana, por lo menos no siempre, pues con mucha frecuencia bajaba acompañado por dos amigos y compañeros de aula y taller, Ángel González García y Luis Da Costa Matesanz, por los atajos, sendas y vericuetos de la Dehesa de la Villa, en donde nos entreteníamos explorando aquellos parajes, hasta la plaza de Cuatro Caminos, (cerca de la cual vivía Luis Da Costa), en donde cogía el metro para ir a casa; como es de suponer no éramos los únicos que hacíamos ese recorrido.

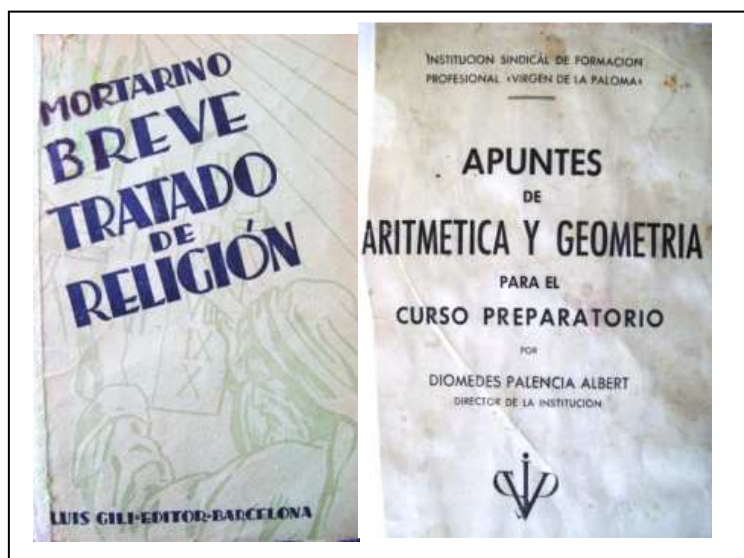
He repetido muchas veces lo del toque de la campanilla con la intención de constatar que era la manera habitual que tenían los salesianos para recabar nuestra atención y también porque he querido que se vea en ello que era muy estricta la disciplina, pues no se permitía nada que pudiera alterar el orden y la normas establecidas, castigándose con cierta severidad a quienes las incumplía, bien golpeando con el mango de madera de la campanilla en la cabeza, tirando fuertemente del pelo de las patillas y de la nuca, dando bofetadas o palmetazos en las yemas de los dedos con la regla, eso cuando eran faltas leves, como hablar en formación, distraerse en clase, etc.

Cuando la falta era repetitiva o grave podía suponer hasta la expulsión, situación ésta que podía darse cuando se faltaba al respeto gravemente a educadores, profesores y maestros, por no asistir al colegio sin causa justificada por los padres, por robar, blasfemar y ser indisciplinado y cuando se suspendía el curso. La verdad es que no eran muy frecuentes estos castigos porque se observaba por parte de los alumnos una buena conducta, e incluso no todos los salesianos disciplinaban con castigos físicos y los profesores seculares eran más permisivos y tolerantes.

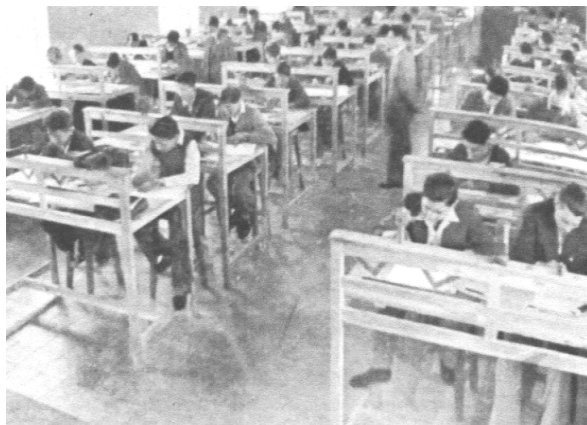
Sin embargo la intransigencia religiosa obligando a asistir a misa y a todas las celebraciones de la Iglesia Católica y las particulares de los salesianos, y el hecho de que la disciplina se impusiera a campanillazos y pescozones, nos alejaba más que nos acercaba a los salesianos, aunque hice mucha amistad con dos de ellos, Don Nicanor, que impartía las asignaturas de Geografía e Historia, y Don Juan, que daba la asignatura de Religión, y que debido a las largas conversaciones que mantuve con ellos en el último curso y su ejemplar comportamiento, casi me convencieron de ingresar en la orden salesiana.

Siempre he recordado con alegría aquellos años de "La Paloma" aunque como ya he dicho, la disciplina era muy estricta y la enseñanza de una exigencia alta, lo que nos obligaba a estudiar y trabajar mucho si se quería aprobar.

En el primer curso, el de Preparatorio (1952-1953), nos impartieron unas enseñanzas de carácter general, Matemáticas, Castellano, Religión, Frente de Juventudes y Trabajos Manuales, calificándonos con nota numérica todos los meses. En este curso si mal no recuerdo solo tuvimos dos libros, un Tratado de Religión y otro de Apuntes de Aritmética, las demás las teníamos que escribir al dictado.



Tanto en este curso como en los siguientes, todas las calificaciones se anotaban por asignatura y mensualmente en un documento denominado Hoja Escolar que se le entregaba al alumno para que fueran revisadas y firmadas por el familiar responsable el cual también debía justificar mediante el documento correspondiente debidamente firmado todas las ausencias y retrasos del alumno. Al final de cada curso se le entregaba al alumno un certificado de haber sido declarado APTO en el examen final del curso correspondiente que le facultaba para matricularse en el curso siguiente antes del 30 de agosto. Así como los diplomas que hubiera conseguido.



TRABAJOS MANUALES EN PREPARATORIO AULA DE DIBUJO

Grupo 2º PREPARATORIO *Grupo 2º* 103

MESES	Asistencia	Exámenes	Clases	Religión	Trabajo manual	Faltas de asistencia	FALTAS	Exámenes	FIRMAS
Septiembre	6	6	8	8	4	10	3	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Octubre	5	4	8	9	6	8	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Noviembre	6	6	9	6	6	6	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Diciembre	5	6	7	6	5	9	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Enero	5	5	7	9	5	7	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Febrero	5	5	7	9	5	7	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Marzo	5	5	7	9	5	7	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Abril	6	5	5	6	6	9	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Mayo	6	7	6	7	6	7	1	13	<i>Juan Sánchez Morcillo</i>
Junio									

Madrid de SEP. 1952 de 19

El Secretario, *Juan Sánchez Morcillo*

CURSO DE 1953 A 1954

PREPARATORIO

Hoja escolar

del aprendiz Juan Sánchez Morcillo

N.º de Expediente

N.º de Clase 103

Puntuaciones

0 Puntos Muy mal

1 y 2 " Mal

3 y 4 " Regular

5 " Bien (aprobado)

6 y 7 " Bien

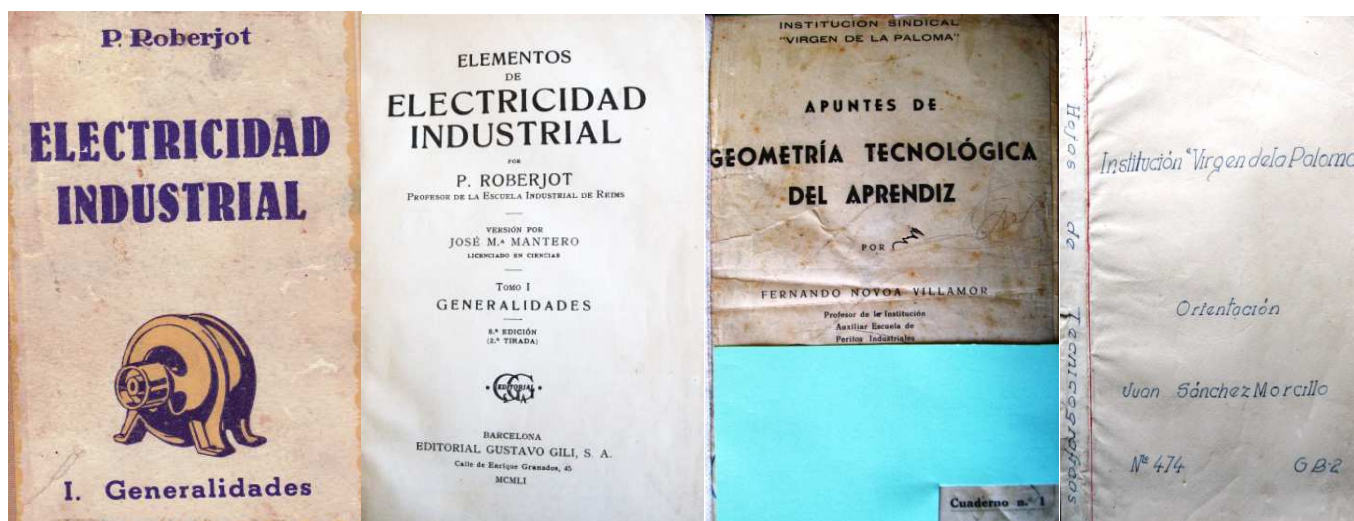
8 y 9 " Muy bien

10 " Muy bien (sobresaliente)

Firma del padre o persona que lo representa: *Juan Sánchez Morcillo*

HOJA ESCOLAR DE CALIFICACIONES CURSO PREPARATORIO

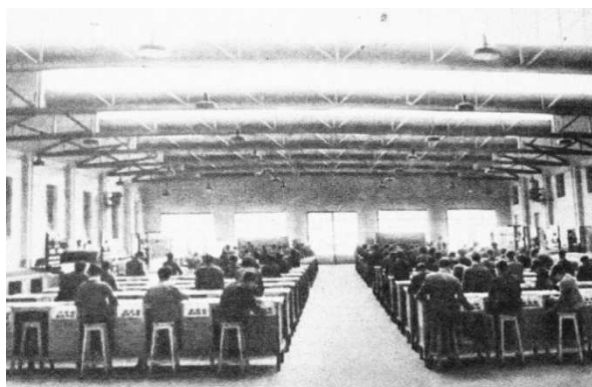
El Curso de Orientación (1953-1954), también considerado como el primero de Formación Profesional, se caracterizó porque además de las asignaturas teóricas de Tecnología, Religión, Geografía, Historia, Gramática, Frente de Juventudes e Higiene, cuyos apuntes y problemas había que escribirlos a mano (excepto los libros denominados Electricidad Industrial, Apuntes de Geometría Tecnológica del Aprendiz.



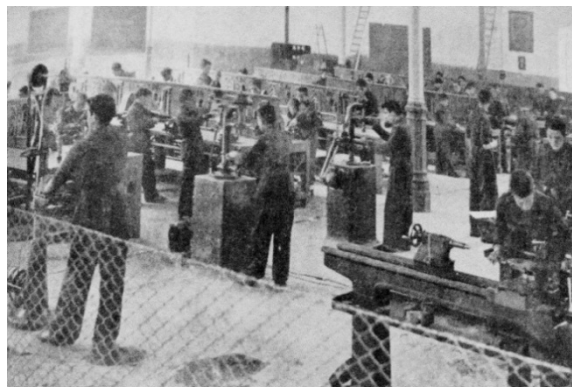
LIBROS DE ORIENTACION HOJAS DE TECNICOGRÁFICAS

También se realizaban ejercicios prácticos de Electricidad, Mecánica, Carpintería, Metalurgia, Cajista y Encuadernación, encaminados a orientarnos (de ahí el nombre del curso), y así poder ver en cuál de ellos se conseguía las mejores cualidades para continuar en los cursos sucesivos en la profesión más adecuada

Las prácticas consistían en realizar, siguiendo las enseñanzas del profesor, los dibujos, esquemas y descripción de una determinada pieza metálica, de madera o circuito eléctrico, reflejándolo en una Hoja de Taller a partir de la cual se construía el trabajo práctico propiamente dicho, utilizando las herramientas adecuadas y los materiales correspondientes, para acabar con una redacción que indicaba como se había realizado dicho trabajo.

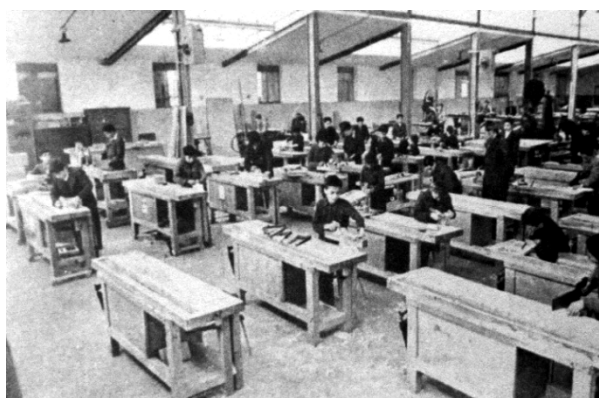


ELECTRICIDAD

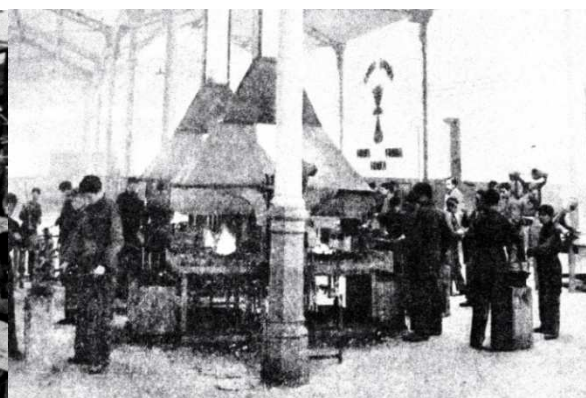


TALLERES

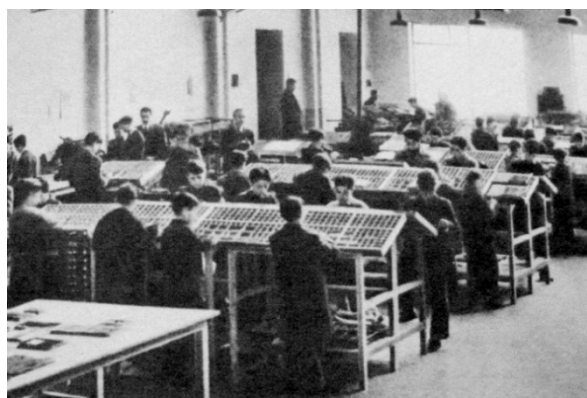
MECÁNICA



CARPINTERIA



METALURGIA-FORJA



CAJISTA



ARTES GRÁFICAS

ENCUADERNACIÓN

OBRAS SINDICAL "FORMACION PROFESIONAL"

CUADERNO DE TALLER

N.^o 474

Escuela Instituto Superior de la Habana

Localidad Tamayo Rodríguez s/n

Provincia Venezuela

Aprendiz Juan Jacobo Alvarado en 6^a

Domicilio Calle 101 y Calle 102 s/n

Manti en El Encargado el día 18 de febrero de 1964

Obras Trabajo Técnico Tipo en 6^a

Comenzó el aprendizaje el 8-9-62 y terminó el 26-6-64

5

(Continúa en el Cuaderno N.º 475)

CONCIPIO Y FINES DEL CUADRO DE SALLER

El **Concilio de Toledo** se reunió en el año 529, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

En el **Concilio de Toledo** se reunió en el año 529, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

El **Concilio de Toledo** reunió a los obispos de la Iglesia, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

Después de **Concilio de Toledo** se reunió en el año 529, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

El **Concilio de Toledo** reunió a los obispos de la Iglesia, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

EL APRENDIZ Y EL CUADRO DE SALLER

El **Concilio de Toledo** se reunió en el año 529, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

En el **Concilio de Toledo** se reunió en el año 529, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

El **Concilio de Toledo** reunió a los obispos de la Iglesia, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

Después de **Concilio de Toledo** se reunió en el año 529, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

El **Concilio de Toledo** reunió a los obispos de la Iglesia, con el fin de confirmar la fe babilónica, de la que se había desviado el pueblo de Toledo, de la doctrina romana de la unidad y plenitud de la fe, y de la fe de los otros santos de la Iglesia.

[illegible]

CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION	
Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma	
Tema: <u>Electricidad</u>		Tema: <u>Electricidad</u>		Tema: <u>Electricidad</u>		Tema: <u>Electricidad</u>	
Examen N.º 1. Dedicación: <u>Electricidad</u>		Examen N.º 2. Dedicación: <u>Electricidad</u>		Examen N.º 3. Dedicación: <u>Electricidad</u>		Examen N.º 4. Dedicación: <u>Electricidad</u>	
Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.	
CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA	
<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>	

ELECTRICIDAD

CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION	
Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma	
Tema: <u>Electricidad</u>		Tema: <u>Electricidad</u>		Tema: <u>Electricidad</u>		Tema: <u>Electricidad</u>	
Examen N.º 1. Dedicación: <u>Electricidad</u>		Examen N.º 2. Dedicación: <u>Electricidad</u>		Examen N.º 3. Dedicación: <u>Electricidad</u>		Examen N.º 4. Dedicación: <u>Electricidad</u>	
Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.	
CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA	
<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>	

CAPINTERIA

MECANICA

CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION		CURSO DE ORIENTACION	
Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma		Instituto Sindical Virgen de la Paloma	
Tema: <u>Capinteria</u>		Tema: <u>Capinteria</u>		Tema: <u>Capinteria</u>		Tema: <u>Capinteria</u>	
Examen N.º 1. Dedicación: <u>Capinteria</u>		Examen N.º 2. Dedicación: <u>Capinteria</u>		Examen N.º 3. Dedicación: <u>Capinteria</u>		Examen N.º 4. Dedicación: <u>Capinteria</u>	
Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.		Temas a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z.	
CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA		CROQUIS DE LA PIEZA	
<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>		<p>El aparato tiene el trabajo...</p> <p>Observaciones:</p>	

METALURGIA-FORJA

CAJISTA

[illegible]

ENCUADERNACIÓN

Todo el ejercicio era calificado por el profesor teniendo en cuenta diferentes aspectos del mismo, resumiéndolo todo en una calificación total.

CURSO DE 1953 A 1954

ORIENTACION

Hoja escolar

del aprendiz **Juan Sánchez Morcillo.**

N.º de Expediente **6225**

N.º de Clase **474**

Firma del padre o persona que lo represente

Lamirgo Sanchez

ORIENTACION GRUPO B-2 N.º 474

MESES	ENSEÑANZAS										FALTAS	FIRMAS
	DISCIPLINAS					TALLERES						
	Temas	Reglas	Deportes e higiene	Exercicios	Pract. de inventiva	Reglas	Electronica	Maquina	Experiencia	Maquina		
Septiembre												
Octubre	57	73	63	7	53					53		(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Noviembre	47	73	63	5	-							(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Diciembre	58	8	7	5	-			3				(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Enero	5	8	6	7	4			5				(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Febrero	68	84	5	57	65			49				(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Marzo	63	10	78	6	67			8				(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Abril	41	9	8	6	65						56 56	(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Mayo	67	77	8	10	6			57				(3) <i>Lamirgo Sanchez</i>
Junio												

Fecha de Emisión

1953

1954

de

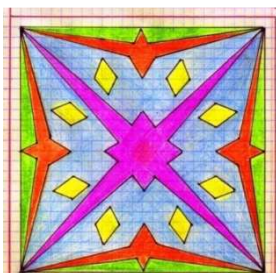
OCT. 1953

de

1954

HOJA ESCOLAR DE CALIFICACIONES CURSO 1º (ORIENTACIÓN)

INSTITUCION SINDICAL DE FORMACION PROFESIONAL «VIRGEN DE LA PALOMA»		INSTITUCION SINDICAL «VIRGEN DE LA PALOMA» Justificación de faltas de asistencia	
APRENDIZ	<i>Juan Sánchez</i>	GRUPO	<i>444</i>
CURSO		ESPECIALIDAD	<i>Electricidad</i>
MOTIVO DE LA FALTA		<i>por haber asistido a clase</i>	
AUTORIZACION DE ENTRADA		Madrid, <i>15</i> de <i>Mayo</i> de 195 <i>7</i>	
para el día		El Padre o Tutor, <i>Juan Sánchez</i>	
		Domicilio <i>Calle Nicolás IV 14</i>	

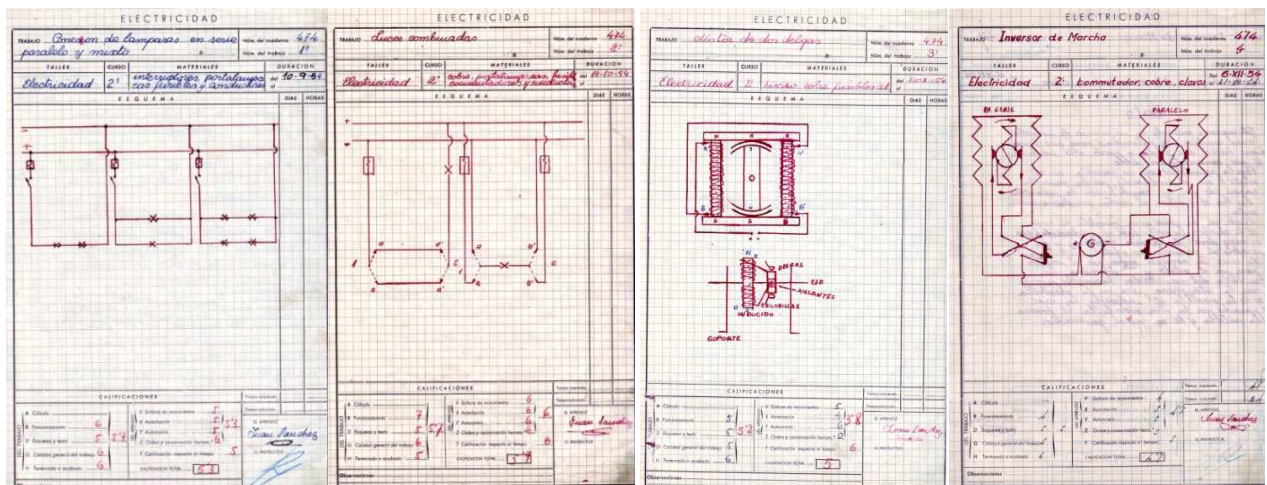




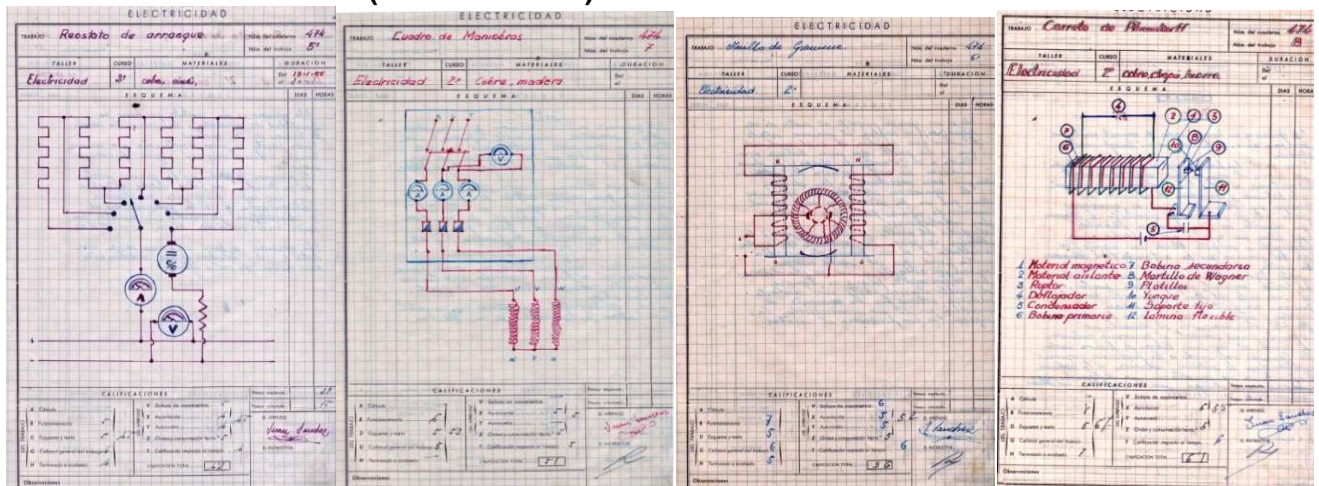
CERTIFICADO APTO DE 1º LIBROS DE 1º (ORIENTACION) HOJAS DE TECNICO GRAFICAS

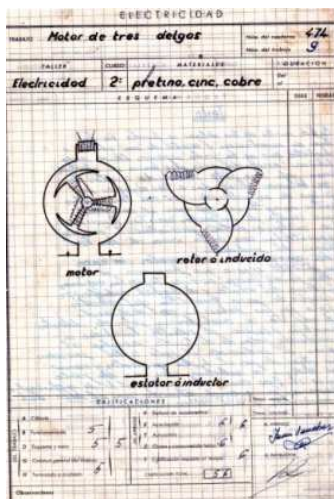
En el siguiente curso, el de Aprendizaje (1954-1955). (2º de Formación Profesional) además de la asignaturas de Dibujo, Aritmética y Álgebra, Geometría, Física y Mecánica, Tecnología y Taller consideradas como Fundamentales estaban las Complementarias de Geografía e Historia, Gramática, Religión y Frente de Juventudes.

Con la asignatura de Taller comenzaba el aprendizaje de la profesión que habías tenido mejor nota de todas las que se habían practicado en Orientación, que en mi caso fue Electricidad siguiendo las enseñanzas teóricas con la misma tónica de escribir a mano el contenido de las asignaturas así como la realización de 9 ejercicios prácticos de taller con sus correspondientes hojas explicativas y de 19 dibujos lineales de piezas mecánicas



HOJAS DE TALLER DE 2º (APRENDIZAJE)





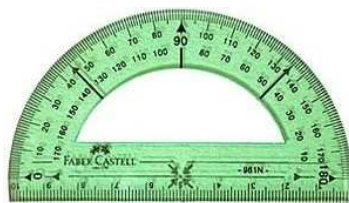
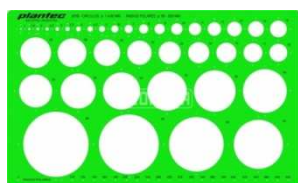
ELECTRICIDAD DE 2º



TALLER DE ELECTRICIDAD DE 2º

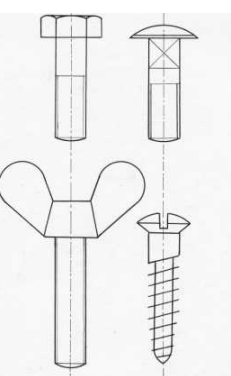
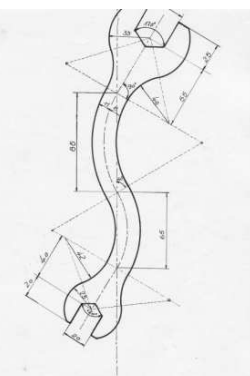
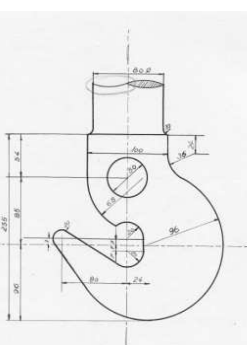
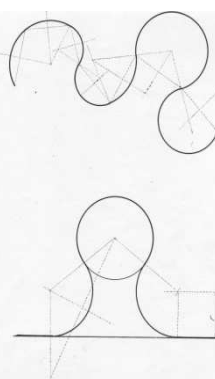
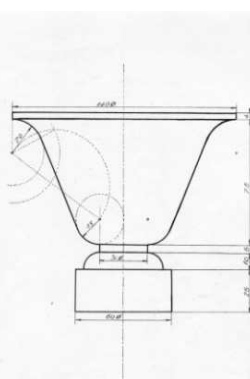
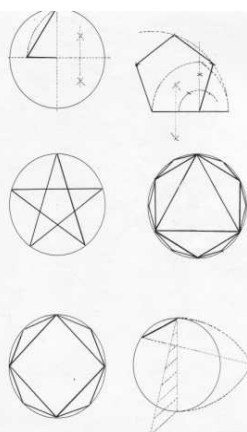
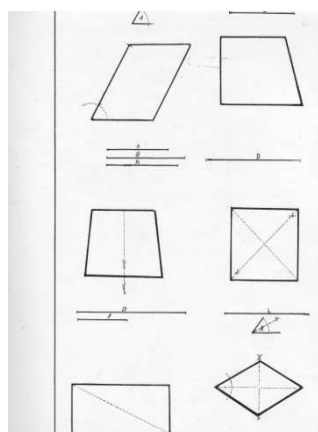
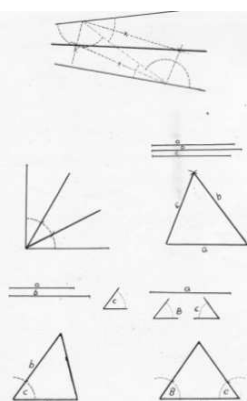
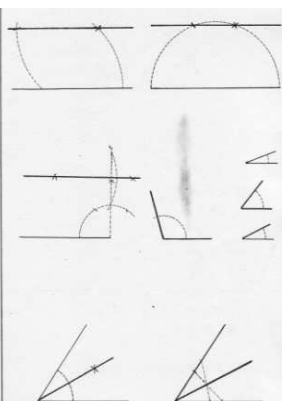
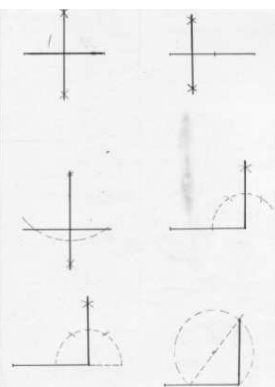
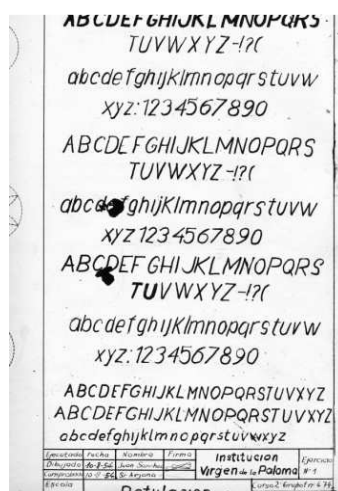


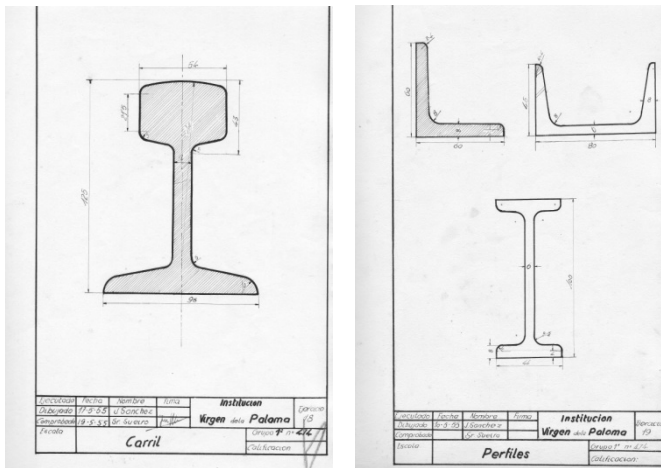
AULA DE DELINEACIÓN DE 2º



MATERIAL DE DIBUJO







DIBUJO LINEAL DE 2º (APRENDIZAJE)



CERTIFICADO DE APTO DE 2º



1.º Curso		ORIENTACION		GRUPO B-2		N.º 474					
MESES	ENSEÑANZAS								FALTAS	FIRMAS	
	DISCIPLINAS				TALLERES						
	Religión	Ciencias Exactas	Ciencias Naturales	Formación Cívica	Historia	Geografía	Arte	Deportes			
Septiembre	67 75 65 7 53	-									
Octubre	47 73 63 3 -										
Noviembre	58 8 7 5 -										
Diciembre	5 8 6 7 4 -	5									
Enero	5 8 6 7 4 -	5									
Febrero	62 14 5 57 65										
Marzo	63 10 7 6 67 8										
Abril	41 9 3 6 65										
Mayo	67 11 3 10 6										
Junio											

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN PROFESIONAL

de OCT. 1953

En las Escuelas,

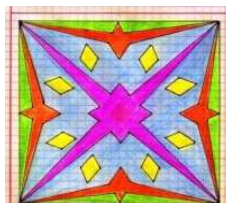
[Signature]

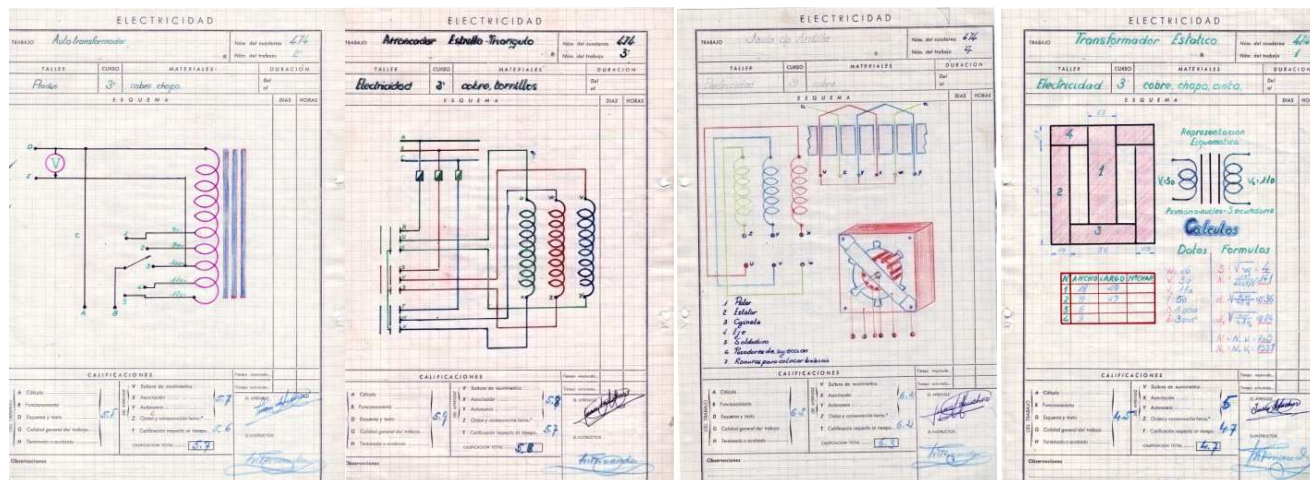
HOJA ESCOLAR DE CALIFICACIONES DE 2º (APRENDIZAJE)



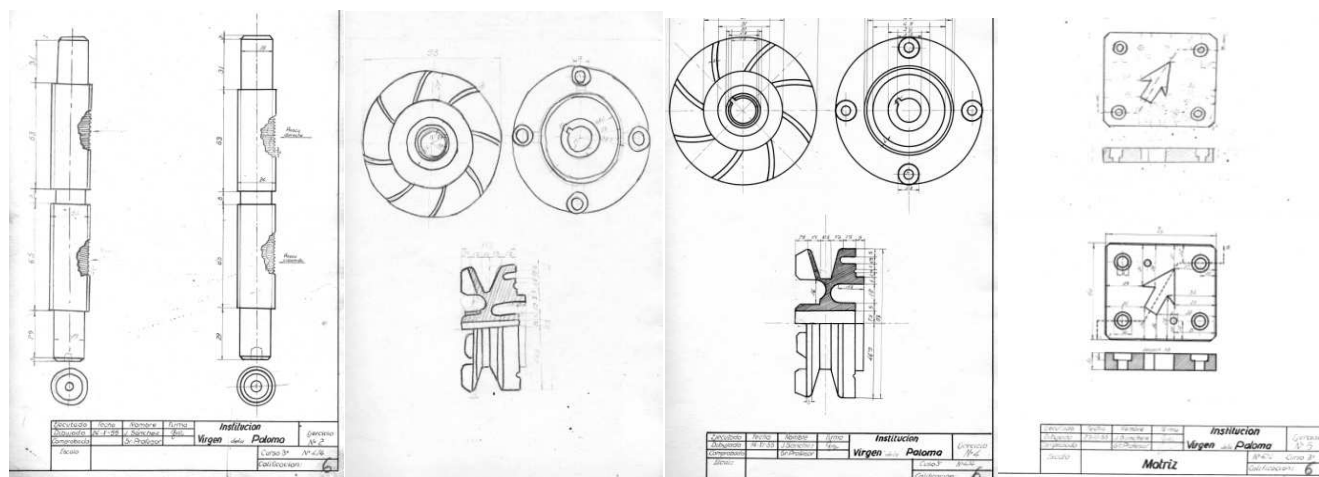
DIPLOMA DE RELIGION

El Curso 3º (Especialización) (1955-1956) comprendía las asignaturas teóricas de Dibujo, Aritmética y Álgebra, Geometría y Trigonometría, Física y Mecánica, Tecnología y Taller consideradas como fundamentales así como las complementarias de Religión, Formación Sindical y Frente de Juventudes, comenzándose en el taller las prácticas con circuitos más complicados de electricidad y radio.

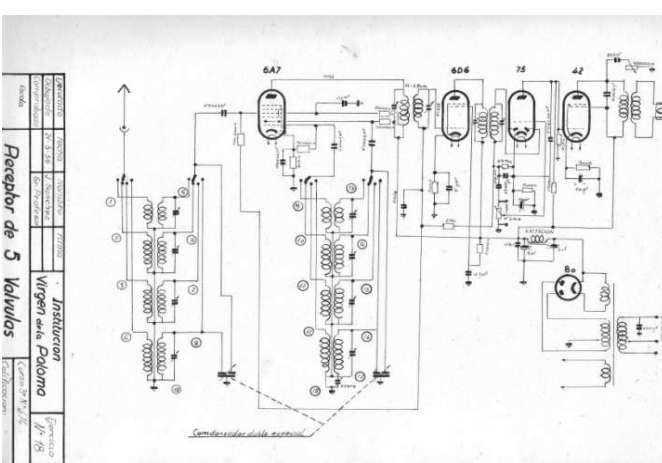
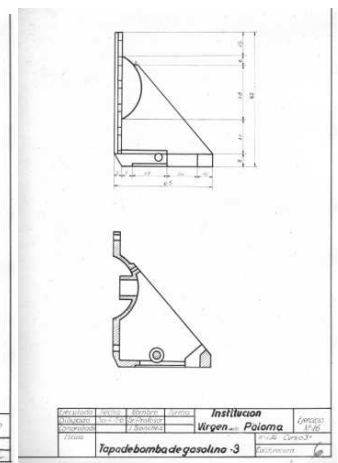
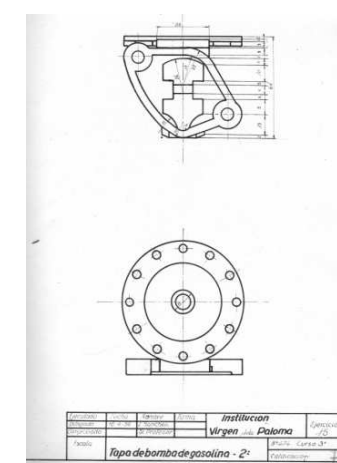
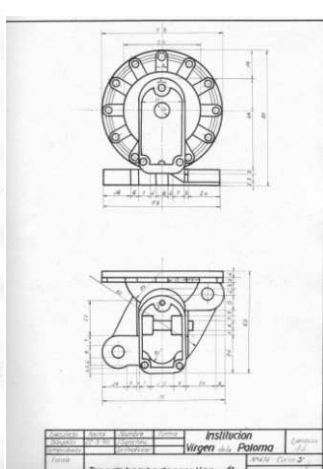
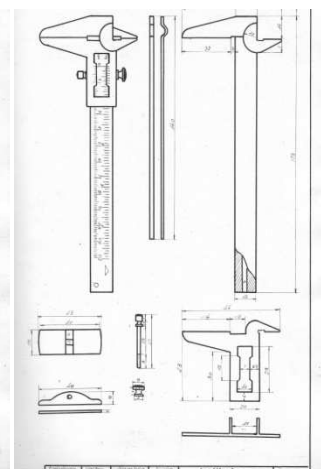
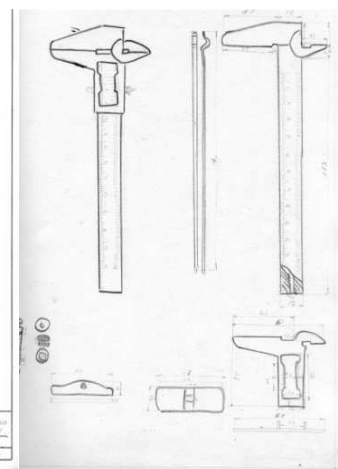
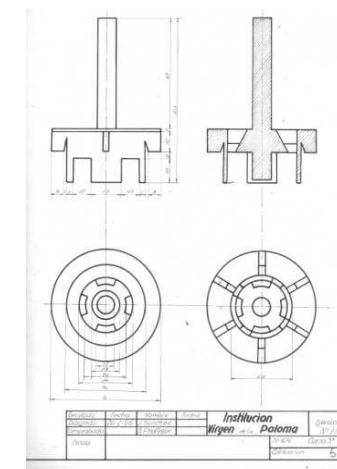
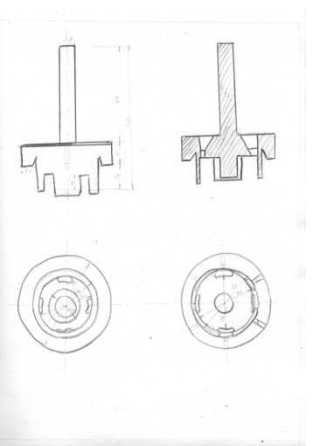
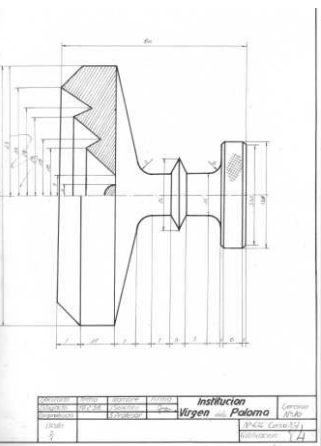
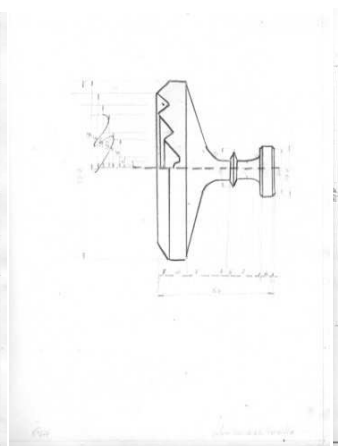
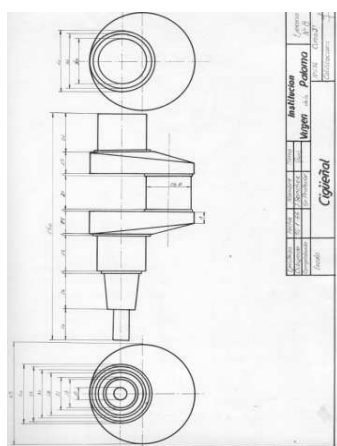
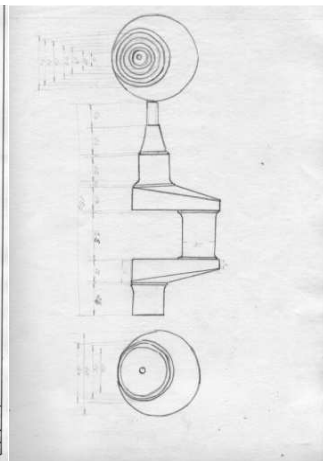
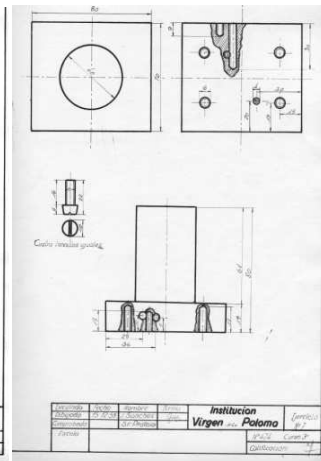
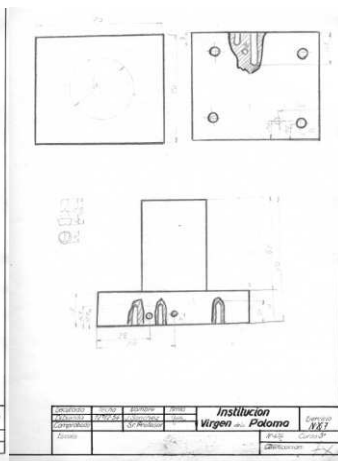
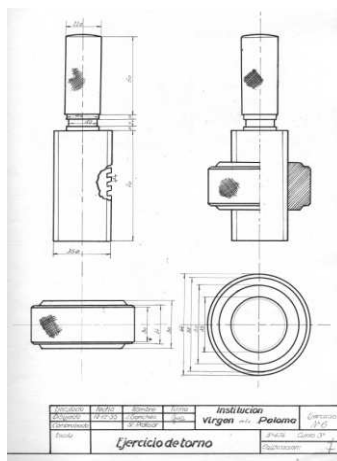




HOJAS DE TALLER DE 3º (ESPECIALIZACIÓN)



DIBUJO LINEAL DE 3º (ESPECIALIZACIÓN)



DIBUJO LINEAL DE 3º (ESPECIALIZACIÓN)

ESCOLAR DE CALIFICACIONES DE 3º (ESPECIALIZACION)

CEDRIFICADO DE DE APTO DE 3º (ESPECIALIZACION)

El Curso 4º (Perfeccionamiento) (1956-1957) era el último de Formación Profesional siendo las asignaturas Fundamentales que se impartieron las de Dibujo, Matemáticas, Análisis y Taller, orientadas principalmente a perfeccionar las enseñanzas adquiridas en los cursos anteriores de la profesión elegida, que en mi caso fue la de Electricidad-Radio en donde siguiendo las clases teóricas y prácticas aprendí a comprender el funcionamiento y a montar un receptor de radio superheterodino de cinco válvulas. Las asignaturas Complementarias fueron las de Legislación, Religión y Frente de Juventudes

[illegible]

ELECTRICIDAD			Nombre del estudiante	476
Tema: Amplificación a resistencia			Fecha del trabajo	13
TRABAJA	CONTROL	Y	REVISADO	
FECHA			GRUPO	
			NOTA	
<p>1. Calcular</p> <p>2. Realizar el montaje</p> <p>3. Realizar la medición</p> <p>4. Comparar los resultados con los valores teóricos</p> <p>5. Realizar el informe</p> <p>6. Realizar el informe</p> <p>7. Realizar el informe</p> <p>8. Realizar el informe</p> <p>9. Realizar el informe</p> <p>10. Realizar el informe</p>				
<p>Observaciones:</p>				

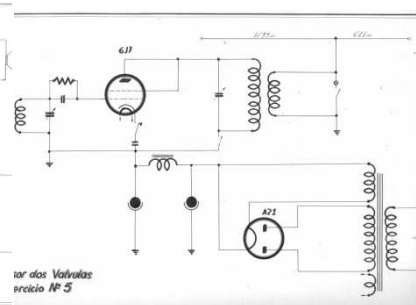
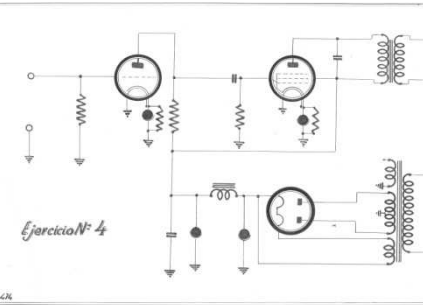
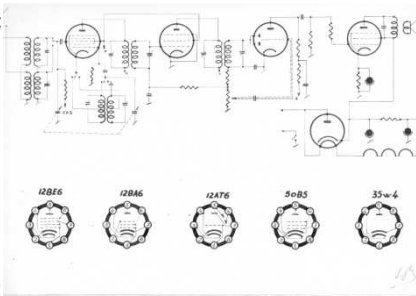
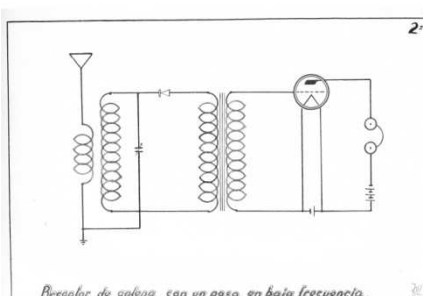
[illegible][illegible]

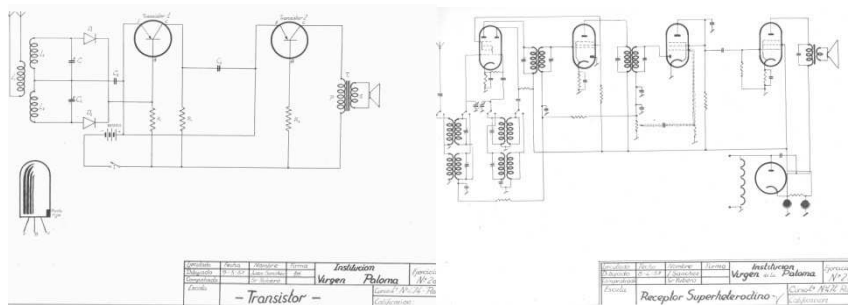
ELECTRICIDAD			
TALLER		FECHA DE ENTREGA: <u>18/6</u>	
AUTOR: <u>Alfonso</u>		PUESTO DEL TALLER: <u>18/6</u>	
TÍTULO: <u>Diagrama de un sistema de energía eléctrica</u>		OBJETIVO:	
CONTENIDO			

[illegible]

TEMA 10		ELÉCTRICIDAD		Fecha de entrega: 4/10 Fecha del trabajo: 11	
TÍTULO	Módulo de Tecnología			CURSO	
	MATERIALES			GRUPO	
<u>Entidad</u>	nº			del	
PROYECTO				TÍTULO	
ANILIZADOR de <i>Tensión</i> y <i>corriente</i>					
CLASIFICACIONES				Fecha entrega: Valoración: B. ANILIZADOR: C. INSTRUMENTOS:	
a) Cálculo b) Esquematización c) Construcción y montaje d) Calibración general del sistema e) Puntuación y resultado	1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.				1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.
	1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.				1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.
	1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.				1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.
	1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.				1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.
	1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.				1. Definición de la necesidad. 2. Puntuación. 3. Definición y construcción de la estructura. 4. Construcción y montaje de la estructura. 5. Construcción y montaje de la estructura.
OBSERVACIONES:				OBSERVACIONES:	

HOJAS DE TALLER DE 4º (PERFECCIONAMIENTO)





DIBUJO LINEAL DE 4º (PERFECCIONAMIENTO)

Todo este trabajo no nos dejaba tiempo para otra cosa que no fuera estudiar si se quería aprobar, consiguiéndose con ello que el nivel de preparación fuera elevado, por lo que a finales del curso de Especialización varios alumnos de la Especialidad de Radio asistimos a un cursillo de prácticas en una empresa de electrónica llamada Marconi Española, la que nos contrató a casi todos los que conseguimos terminar los estudios, ingresando en la misma el 6 de julio de 1957.

PUNTUACIONES

0 Puntos	Muy mal
1 y 2	Mal
3 y 4	Regular
5	Bien (aprobado)
6 y 7	Bien
8 y 9	Muy bien
10	Muy bien (sobresaliente)

PERFECCIONAMIENTO

Hoja escolar

del aprendiz **Juan Sánchez Morcillo**

N.º de Expediente 6225

N.º de Clase 474

Taller

Especialidad **Radio**

Firma del padre o persona que lo representa:

Domingo Sánchez

ELECTRICIDAD N.º 474

4.º Curso PERFECCIONAMIENTO

MESES	ENSEÑANZAS										FALTAS	CONDUCTO	FIRMAS
	Base	Matemáticas	Tecnología	Algebra	Geometría	Trigonometría	Física	Química	Legislación	Historia			
Septiembre	6	4	4	4	4	4	4	4	4	4	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Octubre	5.5	5.5	4	6	5	4	6	5	4	1	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Noviembre	6.5	7	6.1	6	7	6	6	8	6	1	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Diciembre	6.7	7	6.6	6	6	8	6	8	6	1	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Enero	5.7	8.5	6.3	6.5	10	7	5	3	1	0	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Febrero	7	7.6	9.5	7.2	9	8	6.5	1	0	0	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Marzo	9	8.5	10	7.5	6	5	8	1	0	0	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Abril	10	9.7	8	7.5	9	7	7	1	0	0	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Mayo	10	10	7	6.7	6.7	6.5	1	0	0	0	0	0	<i>Domingo Sánchez</i>
Junio													

Madrid, de **SEP. 1957** de

Secretaría Administrativa,

HOJA ESCOLAR DE CALIFICACIONES DE 4º (PERFECCIONAMIENTO)

OSERA SINDICAL DE FORMACION PROFESIONAL

INSTITUCION SINDICAL "VIRGEN DE LA PALOMA"

CERTIFICADO DE ESTUDIOS

Don JOSE ANTONIO VIDA NAGRA, Secretario Administrativo de esta Institución, CERTIFICA: Que el aprendiz **Juan Sánchez Morcillo** de la promoción 1556-57, ha cursado en esta Institución las enseñanzas y prácticas de taller correspondientes a los cursos y especialidad que a continuación se expresan, habiendo obtenido en los mismos las puntuaciones siguientes: Especialidad **Radio** Formación **Radio**

ASIGNATURAS	Puntuación	ASIGNATURAS	Puntuación
PREPARATORIO	5,2	Física y Mecánica	6,0
TALLERES	5,2	Tecnología Especial	6,0
Técnico-Gráficas	5,0	Matemáticas	5,0
Higiene	7,0	Geometría Descriptiva	5,0
Religión	0,6	Geometría Industrial	5,0
Geografía e Historia	7,1	Religión	5,0
Gramática	6,1	Formación Sindical	6,0
Formación del espíritu Nacional	6,2	Formación del espíritu Nacional	9,0
Conducta	3,0	Gramática	5,0
TALLER Electricidad	5,2	Conducta	3,0
Aritmética y Algebra	6,0	TALLER Radio	6,7
Geometría	6,5	Matemáticas	10,0
Dibujo	6,0	Dibujo	10,0
Física y Mecánica	5,0	Tecnología Especial	7,0
Técnico-Gráficas	5,0	Física y Mecánica	7,0
Tecnología General	7,0	Religión	6,7
Tecnología Especial	6,5	Formación del espíritu Nacional	6,5
Formación del espíritu Nacional	9,0	Gramática	5,0
Gramática	10,0	Conducta	3,0
Religión	5,5	TALLER Radio	5,1
Geografía e Historia	5,5	Aritmética y Algebra	6,0
Conducta	3,0	Geometría y Trigonometría	5,0
TALLER Radio	5,1	Matemáticas	5,0
Aritmética y Algebra	6,0	Geometría y Trigonometría	5,0
Geometría y Trigonometría	5,0	Dibujo	5,0
Dibujo	5,0	Conducta	3,0

Calificación de 0 a 10

Y para que conste y a petición del interesado, expido el presente en Madrid, a treinta de junio de mil novecientos cincuenta y siete.

V.º E.º

EL DIRECTOR,

CERTIFICADO DE ESTUDIOS

L JEFE DE LA INSTITUCION SINDICAL DE FORMACION PROFESIONAL, "VIRGEN DE LA PALOMA"

CERTIFICA: Que del expediente escolar y de las pruebas de revalida celebradas ante el Tribunal Calificador, se desprende que al alumno de esta Institución Sindical **Juan Sánchez Morcillo** se le considera apto en la especialidad de **Radio** clasificándose a efectos laborales en la categoría de **Oficial 3.º**

Y para que conste, expido el presente en Madrid, a 30 de **Junio** de 1957

EL JEFE DE LA INSTITUCION SINDICAL DE FORMACION PROFESIONAL,

EL JEFE DE LAS PRUEBAS,

CERTIFICADO DE OFICIAL DE 3º DE RADIO

Una de las mayores alegrías que les di a mis padres, aparte del estudio, y más que por la cuantía por lo que significaba, fue cuando les entregué a finales del primer cuatrimestre del curso de Perfeccionamiento, (1956-1957), un sobre con 228 pesetas, que me dieron en "La Paloma" como gratificación, así como otro sobre con 212 pesetas que me dieron a finales del segundo cuatrimestre.

La vida estudiantil en “la Paloma”, al margen del estudio propiamente dicho, era bastante tranquila, siempre y cuando cumplieras con las normas establecidas. Había actividades deportivas, culturales y religiosas, siendo estas últimas de obligada participación, aunque no se mostraban los salesianos muy estrictos, salvo con la obligatoriedad de asistir a misa todos los domingos y fiestas de guardar, que controlaban a la entrada de la capilla de la Institución o en las de los otros colegios que tenían los salesianos en Estrecho y la Ronda de Valencia cerca de la Glorieta de Atocha, (actualmente Plaza del Emperador Carlos V), poniendo un sello en una cartilla que todos teníamos dispuesta al efecto, la cual revisaban periódicamente.

En las actividades deportivas, además de los juegos que he citado antes, hacíamos carreras de fondo y mucha gimnasia, pero lo que más practicábamos era el fútbol, incluso había un equipo oficial de la Institución, pero nunca me interesé por ello. En una única ocasión (en el año 1957), nos llevaron a toda la clase, a visitar el pueblo de Sacedón y los pantanos de Entrepeñas y Buendía que se estaban construyendo cerca, en donde nos hicimos varias fotos.



FOTOGRAFIAS DE LA EXCURSION A SACEDON

En lo cultural, me subscribí a una revista de publicación mensual llamada “Jóvenes”, cuyo contenido convenientemente censurado informaba de lo que acontecía en el mundo, también compraba unos libritos de bolsillo de temática variada de la colección “Ardilla” y adquiría un periódico que editaban todos los meses los alumnos de Artes Grafica

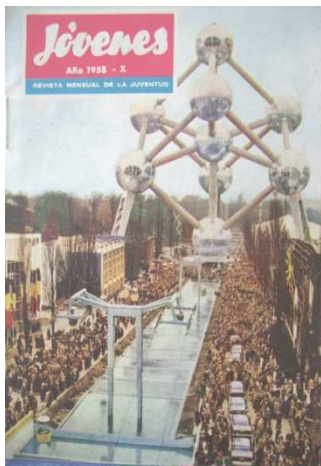


1954

1955

1956

1957

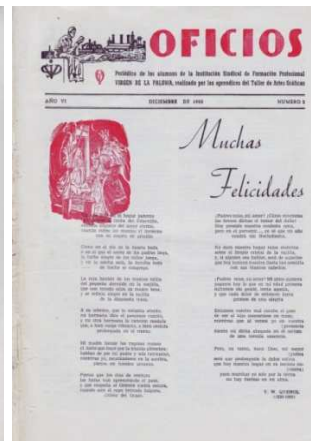
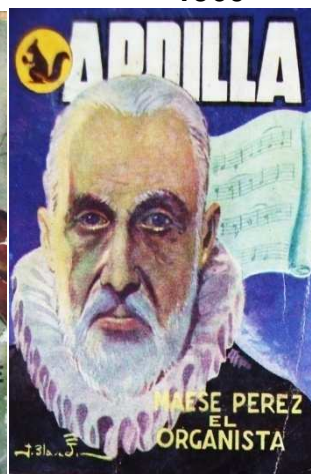
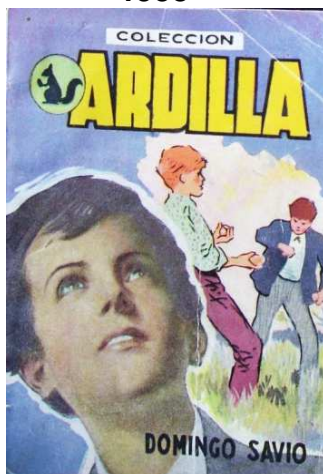


1958

1959

1960

1961





En lo religioso se celebraban, además de las fiestas oficiales de la Iglesia Católica, las particulares de los salesianos como Ejercicios Espirituales y las Festividades de María Auxiliadora, San Juan Bosco y Domingo Savio. Después de los actos religiosos nos daban un desayuno especial o una comida extra.



AULA DE RELIGIÓN

SAN JUAN BOSCO

EJERCICIOS ESPIRITUALES

Como es de suponer y a pesar de lo estricto de la disciplina que imponían los salesianos a veces con excesivo celo, se daban con cierta frecuencia bromas, travesuras y pequeños delitos, entre los estudiantes e incluso con ciertos profesores que eran más permisivos pero nunca con los salesianos, evitando en lo posible que estos se enteraran.

>Hacer novillos y falsificar la firma de los padres para justificar la falta.

>Fumar a escondidas, siendo los sitios preferidos los retretes y un frontón situado en la esquina derecha de la tapia norte, que estaba abandonado y muy sucio.

>Escaparse durante el recreo por la parte derruida o inacabada de la tapia norte.

>Escribir frases soeces y a veces graciosas en las puertas de los retretes por dentro.

>Viajar en el tranvía subidos en el tope para no pagar

>No asistir a los actos religiosos, sobre todo a oír misa que era obligatorio, encargando a un compañero que le sellaran tu cartilla.

>Copiar en los exámenes con el riesgo de expulsión si te cogían.

>Hablar en formación o hacer comentarios jocosos.

>Realizar pequeños hurtos de material, jugar a las cartas, decir palabrotas, etc.

Respecto a las bromas que pudieran afectar a los profesores debieron ser muy escasas pues evitábamos en lo posible meternos con ellos y no faltarnos al respeto, por lo que solamente me acuerdo de una que le hacíamos al profesor de dibujo el Sr. Yubero y consistía en que como era calvo algunos le cantaban el estribillo “no te cortes la melena ah, ah, ah”, lo cual como es lógico le enfadaba y amenazaba con castigarnos pero entonces con gesto compungido y en voz queda le cantábamos todos a coro “Perdona a tu pueblo Señor, perdónanos Señor, no estés eternamente enojado, perdónanos Señor “e insistíamos hasta que se le pasaba el enfado y se reía.

Con los que no nos atrevíamos ni a respirar era con un profesor de matemáticas que tuvimos en , el Sr. Matamoros y con D. Jesús, el salesiano responsable de la disciplina, pues ambos eran muy severos y castigaban con mucha frecuencia y no seré yo el que diga que no lo hacían con razón, pero se pasaban aplicando los castigos físicos que antes he descrito. Y para benevolente y bonachón el profesor de Artes Gráficas Sr. Calleja, era coadjutor y no recuerdo yo persona con más paciencia en enseñarnos cuando en Orientación asistimos al periodo de aprendizaje de cajista y encuadernación.

Recuerdo una circunstancia que fue muy significativa en cuanto a la calidad de la enseñanza en la Institución, pues sucedió que a comienzos del curso tercero (de Especialización) nos anunciaron que no tendríamos profesor de matemáticas, por lo que en tanto buscaban un sustituto se encargaría de la clase el profesor de dibujo Sr. Yubero. En esta situación pasamos más de tres meses, preocupados de que de seguir así las cosas no aprobaríamos la asignatura y por tanto el curso, con lo que eso suponía.

Creo que fue pasado Reyes cuando un buen día (nunca mejor dicho) sin anuncio previo y de forma sorpresiva se presentó en la clase la persona que iba a ser nuestro profesor de matemáticas. Lo hizo tan deprisa y en silencio que en el barullo de la clase no nos dimos cuenta de su llegada hasta que estuvo subido en la tarima, esperó pacientemente a que se hiciera el silencio y casi sin presentarse con voz clara y autoritaria y sin gritar nos dijo más o menos lo siguiente: “Soy vuestro profesor de matemáticas y queda muy poco tiempo para que aprendáis lo suficiente para aprobar la asignatura a menos que trabajéis duro y aprovechéis al máximo lo que os voy a enseñar, así es que poner mucha atención y estudiar a tope, por mi parte no va a quedar”.

Y así fue, puso tanto celo y trabajo en enseñarnos la asignatura y resultaron tan provechosas sus explicaciones que en poco más de dos meses ya estábamos al día, y actuando así todo el resto del curso consiguió que aprobásemos todos. Siguió siendo también nuestro profesor durante el cuarto curso (de Especialización). Fue para nosotros una bendición y de no haber sido por él quizás no hubiéramos aprobado; creo sinceramente que se mereció que le considerásemos uno de los mejores profesores que tuvimos y se quedó por mucho tiempo su imagen grabada en mi memoria.

No era alto pero de complexión fuerte y muy activo, cuando explicaba en la pizarra un problema o una ecuación no paraba de moverse e iba de un lado al otro de la tarima hablado sin parar, como todos los problemas había que escribirlos teníamos que ser nosotros tan rápidos como él si queríamos seguirle y fue una buena táctica porque de esa manera asimilamos todo lo que nos enseñó. No me acuerdo de su nombre pero debido a que siempre iba vestido con una chaqueta de pana y pantalón oscuro le pusimos el apodo de “El Maqui”.

En el mes de junio de 1957 en una fiesta de fin de curso me entregaron el documento acreditativo del título de Especialista en Radio con la categoría profesional de Oficial de 3ª, con efecto del 30 de junio de 1957, así como un certificado de estudios en el que se indicaba la nota media por asignatura conseguida en los cuatro años que duraron los estudios de Electricidad y Radio

En los años sucesivos, ya como antiguo alumno seguí yendo a “La Paloma” los domingos y fiestas conmemorativas, lo que me daba la ocasión de seguir en contacto con mis antiguos compañeros y amigos y nos contábamos cómo nos iba en el trabajo y qué perspectivas teníamos para el futuro. Así continué hasta el año 1962 en que me incorporé al servicio militar y posteriormente mis obligaciones profesionales me llevaron lejos de Madrid y perdí todo contacto con “La Paloma”.

Sin embargo nunca he olvidado aquellos años de estudio y siempre he considerado que tuve mucha suerte de haber sido alumno de “La Paloma”, Institución de la que siempre he elogiado su magnífico sistema de enseñanza, tanto en el campo moral como profesional, modélico para aquellos tiempos, y aunque algunas asignaturas deformaban la realidad histórica y religiosa de nuestro país propiciado por el régimen dictatorial, con el tiempo la realidad se impuso y los vientos del cambio se llevaron la paja y nos dejaron el grano de unas enseñanzas bien arraigadas que unidas a unas enormes ganas de seguir trabajando, hicieron posible afrontar un futuro que estaba convencido que iba a ser prometedor.



CURSO 1952-1953



CURSO 1953-1954



CURSO 1954-1955



CURSO 1956-57



24-5-59

ANTIGUOS ALUMNOS 1959



ANTIGUOS ALUMNOS 1960



ORLA DE PROFESORES Y ALUMNOS DEL CURSO 4º DE ELECTRICIDAD-RADIO

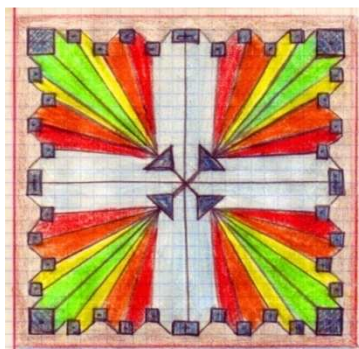


INSIGNIA AA.AA



RECIBOS DE AA.AA

DIBUJOS REALIZADOS DESDE 1952 A 1957



DIBUJOS I (1952)



DIBUJOS II (1953-1954)



CENICIENTA



BLANCANIEVES



GUERRERO DEL ANTIFAZ



GUERRERO CRUZAO



GUERRA SUBMARINA



DIGO VALOR COMBATE AEREO

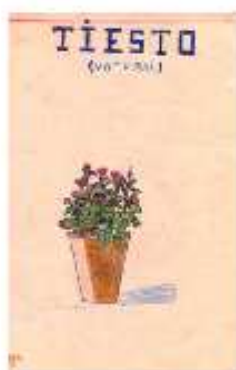


DIEGO VALOR



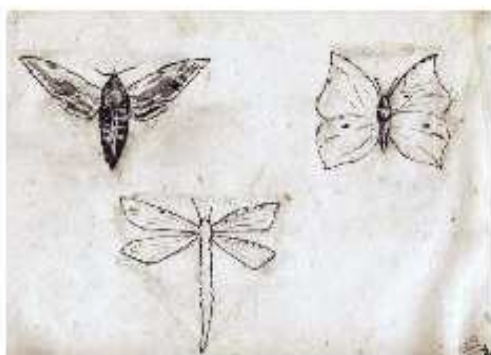
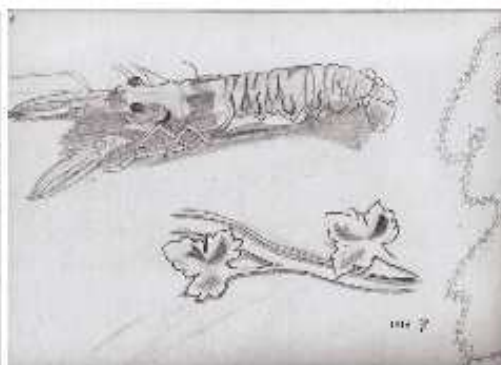
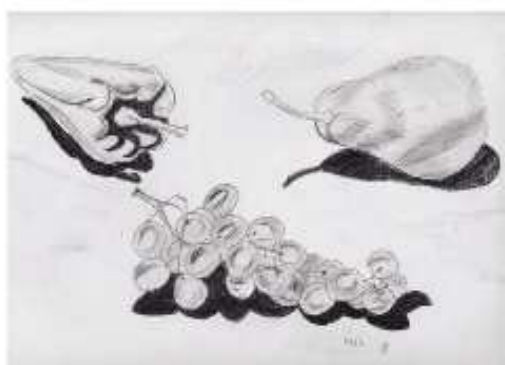
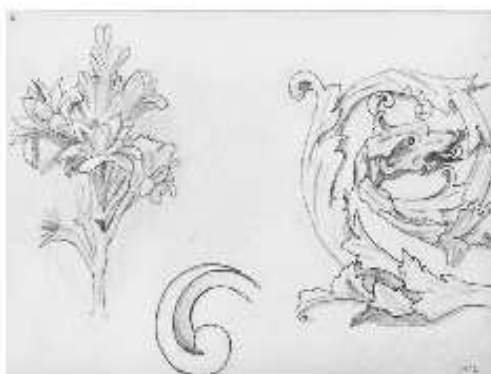
VIRGEN DEL PILAR

DIBUJOS III (1954-1956)



DIBUJOS IV (1955-1956)



DIBUJOS V (1956-1957)

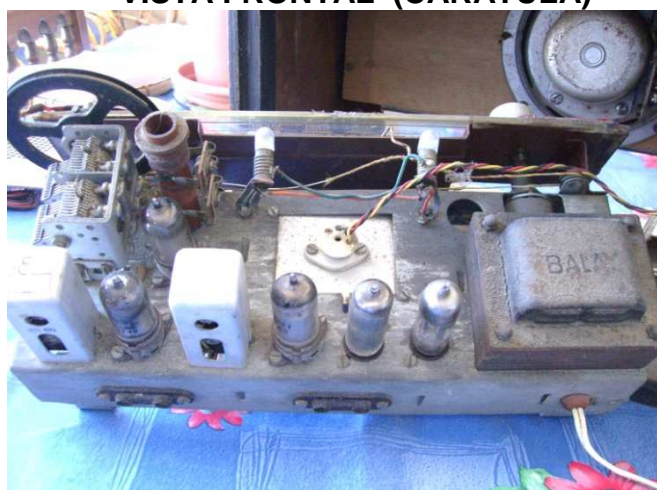
En el año 1958 aplicando las enseñanzas construí un receptor de radio de cinco válvulas.



VISTA FRONTAL (CARATULA)



VISTA POSTERIOR



CHASIS Y ELEMENTOS



VISTA INFERIOR-(CABLEADO)



VISTA AEREA DE LA PALOMA – 2010

Durante aquellos cinco años de estudiante en “La Paloma” (nombre con el que coloquialmente denominábamos a la Institución) que tanto supusieron para mi formación moral y profesional también se modificó sensiblemente mi carácter pues de ser un niño extrovertido, alegre y bastante travieso, me convertí en un joven demasiado serio, introvertido y con tendencia a enfadarme por todo lo que yo creía que no estaba bien, aunque seguía siendo participativo con un alto sentido de la responsabilidad, muy amigo de mis amigos, pero reacio a una amistad de circunstancias, respetuoso con todo el mundo y desde luego muy cariñoso con mis padres y con mi hermana, aunque en este caso mi deseo de que no le pasara nada hacía que me extralimitara en vigilarla para ver con quien iba y a que muchachos conocía, lo que fue en algunos casos motivo para que se disgustara y me tuviera manía.

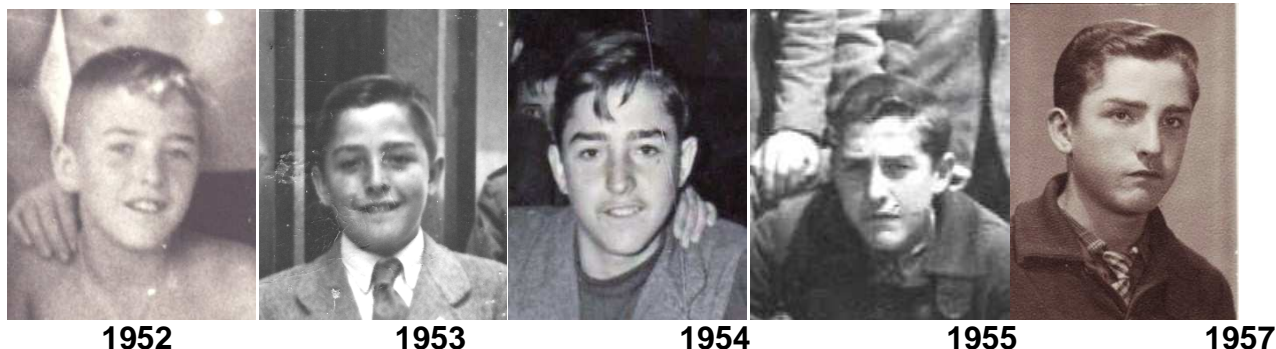
Las razones para tan drástico cambio, en mi opinión fueron dos muy importantes: Una pudo ser que en el año 1954 dos años después de mi ingreso en “La Paloma” nos cambiamos a vivir al barrio de Carabanchel, lo que dio lugar a que cambiara drásticamente toda la forma de vida que hasta ese momento había llevado, modificándose por tanto las costumbres, los amigos y el entorno, pues de vivir en un barrio céntrico, nos habíamos cambiado a un barrio periférico que parecía un pueblo.

Sin embargo y pese a todo lo expuesto el habernos cambiado a vivir a otro barrio resulto de una inmensa alegría para mis padres pues las condiciones en las que habían vivido como realquilados en aquel piso de la calle del Olmo, siempre discutiendo, con estrecheces, teniendo que dormir mi hermana y yo juntos en una cama turca en el comedor, llevaron al convencimiento a mis padres de que había de encontrar como fuera una casa o un piso donde pudiéramos vivir solos. Después de mucho buscar pues la vivienda estaba muy escasa consiguieron que un amigo de mi padre, Juan Aparicio al que le llamaba el rapsoda, por lo bien que recitaba los poemas de Chamizo y Gabriel y Galán referentes a Extremadura, le proporcionara en alquiler un casita baja que era de su propiedad, en el nº 35 de la calle Cabo Nicolás Mur en Carabanchel Bajo.

No era una vivienda espaciosa, tenía una entradita donde dormía yo en una cama plegable, y desde esta entradita se daba acceso por dos puertas diferentes, la de la derecha a una pequeña habitación donde solo cabían una cama de matrimonio en la que dormían mis padres y un armario ropero de un cuerpo, y por la otra puerta se accedía a un pequeño comedor donde además de la consabida mesa y varias sillas dormía mi hermana en otra cama plegable, desde aquí se pasaba a la cocinita, y a un pequeñísimo patio donde mi padre había instalado una rudimentaria ducha (que solo usábamos en verano). El retrete que era lo justo de grande estaba externo al lado de la puerta de entrada que daba al patio de la finca y para lavarnos y aseoarnos usábamos un barreño en la cocina durante el invierno y la rudimentaria ducha en el verano.

Si bien mis padres como he dicho, estaban muy felices y contentos de poder vivir al fin solos aunque con estrecheces, a mí no me hizo ninguna gracia y me afectó mucho, pues de vivir en mi querido barrio de Lavapiés en pleno centro de la capital a vivir en los arrabales en un barrio con las calles sin asfaltar que cuando llovía el agua corría en torrentes convirtiéndolas en un barrizal. En invierno cuando nevaba era casi peor, porque se tapaban las veredas y los charcos y era muy difícil caminar con facilidad, teniendo que tener especial cuidado de no resbalar en las capas de hielo que se formaban por la noche, casi sin alumbrado, a casi dos kilómetros del medio de locomoción más cercano que era el tranvía que llegaba hasta “Mataderos” en la calle del General Ricardos, alejado de mis amigos de toda la vida, teniéndome que levantar una hora antes para poder llegar a tiempo al colegio, fue toda una faena pero no había más remedio que aguantarse

La otra razón pudo ser la responsabilidad de tener que aprobar todos los años, pues me iba en ello mi porvenir lo que me obligaba a tener que estudiar mucho y salir poco y si además añadimos el cambio de aspecto, pues aunque a primera vista era un muchacho corriente el hecho de tener granos por toda la cara, con el colmillo derecho sobresaliendo fuera de su sitio afeándome la sonrisa, por lo que procuraba reírme lo menos posible, y para colmo mi padre me cortaba el pelo a "tazón" no contribuyo mucho a relacionarme con otros muchachos en mi nuevo barrio.



Y si en el aspecto físico puede decirse que era del montón, en el vestir no era lo que se dice un "Dandi", pues mi vestuario de "paisano" para los domingos y días de fiesta (los demás días iba al colegio con el mono o con el peto) era casi siempre la ropa que me arreglaba mi madre de mi padre y no digo que no me compraran de vez en cuando ropa nueva, pero era más al gusto de mi madre que al mío por lo que mi aspecto contrastaba bastante con el de mis amigos y para colmo no me salían las palabras y me ponía enseguida colorado, así que no es de extrañar que mi éxito con las chicas fuera nulo, hasta el punto de que ni siquiera las amigas de mi hermana eran amigas mías.

Todo esto dio lugar a que me volviera muy vergonzoso con un acusado complejo de inferioridad hasta el punto de que me ponía colorado como la grana si alguien me preguntaba o quería entablar una conversación conmigo y por tanto no me atrevía a dirigirme a nadie, manteniéndome siempre en cualquier reunión muy serio y muy callado hasta el punto de parecer antipático y no digamos con las chicas, no me atrevía ni a miraras y si alguna vez iba al baile o guateque con los amigos y superando mi timidez preguntaba a alguna si quería bailar, su mirada de soslayo y su manera de decirme que no, me apabullaba hasta el punto de turbarme de tal manera que no me salían las palabras y por tanto tenerme que marchar, por lo que en lo sucesivo tome la decisión de no ir más al baile .

Por otro lado al cambiarnos a vivir a Carabanchel perdí contacto con los amigos de mi antiguo barrio y aunque iba a veces a visitar a mi antiguo maestro Don José, no los veía y como en el nuevo barrio no conocía a nadie pues prácticamente no paraba en él, no hice amistades hasta bastante tiempo después. Así es que solamente tenía varios amigos de colegio entre los que destacaban Ángel González y Luis Da Costa, eso sí inseparables y salvo ir a bailar (porque yo no quería) siempre estábamos juntos, en el aula, en el taller, haciendo deporte los domingos, en las excursiones y hasta nos contrataron a los tres para trabajar en Marconi.

En la temporada 1956-1957 los tres amigos, junto con otros muchachos de la Ribera de Curtidores donde vivía Ángel formamos un equipo de futbol, que le pusimos de nombre "Ribera" y cuyos colores eran azul celeste para la camiseta, blanco para el pantalón y la medias azules con la vuelta blanca, todo lo teníamos que pagar nosotros y aunque no disponíamos de mucho dinero lo hacíamos con ilusión. En la segunda temporada 1957-1958 cambiamos el color del uniforme pero no me acuerdo de cual era.

En los dos años que duro recorrimos todos los campos de futbol de tierra, de los alrededores de Madrid y domingo tras domingo, lloviera o nevara, hiciera frio o calor, allí que íbamos a jugar y no lo hacíamos mal del todo, pero no ganamos ningún campeonato aunque eso no nos importaba pues éramos conscientes de nuestras limitaciones y lo que queríamos era hacer deporte aunque en honor a la verdad también nos hubiera gustado haber sido los primeros alguna vez



1956-

Los campeonatos en los que participábamos era entre barrios, así es que íbamos a los campos de futbol del Pozo del Tío Raimundo, Usera, Carabanchel, Vallecas, los que había cerca del cementerio de San Isidro, en la orilla del rio Manzanares (donde construyeron años después es estadio Vicente Calderón del Atlético de Madrid) y en los terrenos donde posteriormente pusieron el Parque de la Arganzuela, más tarde la M-30 y últimamente los Jardines del Manzanares.

Todos ellos fueron el escenario de nuestras ilusiones futboleras y casi siempre ganásemos o perdiésemos, terminásemos los partidos magullados, sucios o con los codos y rodillas con raspaduras por las caídas, volvíamos al barrio contentos cantando el alirón y con ganas de que llegara el siguiente domingo por la mañana para volver a jugar. Mis recuerdos más entrañables para todos los compañeros con los que compartí aquellas jornadas deportivas; como Fidel, El Bullo, los hermanos Pedro y Pepe y el “Vespa” que le pusieron ese nombre porque cuando corría imitaba a una moto, así como José Quintans, Santamaría y por supuesto Ángel González y Luis Da Costa.

Gracias a aquellos partidos de futbol además de hacer deporte, a mí me sirvieron para sobrellevar la soledad en la que casi todos los domingos estaba, pues por la tarde todos se iban a bailar y como yo no quería ir por el poco éxito que tenía con las chicas me iba al cine.- lo que dio lugar a que me aficionara a ver películas, siendo mis preferidas las de acción y las románticas.- o me quedaba en casa estudiando, dibujando o leyendo lo que a la larga me beneficio bastante pues me ayudo a aprobar los exámenes.

En casa por fin mis padres pudieron librarse del sufrimiento de vivir de realquilados con todo lo que eso suponía de discusiones, estrecheces y carencias pues si bien la nueva vivienda no era nada confortable por lo menos no la teníamos que compartir con nadie, pasábamos calor en verano y frio en invierno y tenía humedades por todas partes y eso que la acababan de construir, hasta tal punto que mi madre tenía que secar con un brasero la sabanas que estaban en las camas, antes de que nos acostásemos.



MIS PADRES (1956)

En el verano de 1956, durante las vacaciones al terminar el cuarto curso de mis estudios en La Paloma, tenía yo 16 años y hacía poco tiempo que había muerto mi tío-abuelo Estanislao. El tío de mi padre del que yo no conocía absolutamente nada pues mis padres nunca me habían hablado de ellos. Había dejado dicho en el testamento que le dieran a mi padre veinticinco mil pesetas, lo que cumplieron sus tías rigurosamente, este gesto debió de modificar la actitud de olvido de mi padre hacia ellas a las que no había visto, así como al resto de su familia desde que abandonaron Don Benito para irse a vivir a Miajadas por lo que decidió que ya que no podía ir él, mandarme a mí.

Aquel dinero les vino a mis padres “como agua llovida del cielo” pues era una cantidad muy importante (como comparación diré que un año después mi sueldo como oficial de 3ª de Radio era de 1250 pts. mensuales), con la que pudieron comprar algunos muebles, equiparnos todos de ropa, pagar los gastos del viaje y aun ahorrar una cantidad para imprevistos.

Aquel viaje era para mí muy importante, por primera vez iba a viajar completamente solo y aunque nervioso y expectante ante la nueva situación, tenía la confianza de mis padres de que me iba a salir todo bien, sin embargo por mi parte no lo tenía tan seguro pues iba a convivir con personas que no conocía y que no sabía cómo era su manera de ser y de comportarse, quizás muy diferente a las que yo estaba acostumbrado.

Mi estancia entre Miajadas y Don Benito fue desde primeros de julio hasta finales de agosto de 1956 y en varias cartas que escribí a mis padres daba testimonio aproximado de cómo me fue aunque no reflejan fielmente algunas experiencias que tuve, unas agradables y otras no tanto.

Miajadas donde yo había nacido en el año 1940, era un municipio español situado al sur de la provincia de Cáceres en el límite de la de Badajoz en el Partido Judicial de Trujillo y prácticamente es el centro geográfico de Extremadura. En el año en que yo nací contaba con una población de 8.474 habitantes y en el año de mi viaje tenía alrededor de 9.200 habitantes. Como patrimonio más importante contaba en aquel entonces con las parroquias católicas de Nuestra Señora de Belén (donde fui bautizado) y de Santiago Apóstol.



1957 CERTIFICADO DE PROFESORA DE CORTE Y CONFECCION

La relación con el resto de la familia durante aquellos años de 1954 a 1957 siguió siendo más o menos igual que antes de cambiarnos aunque con algunas particularidades. Mi padre seguía de peluquero en la misma peluquería, por lo que tenía que levantarse una hora antes para ir a trabajar, por el mediodía no le daba tiempo de volver a comer a casa y por la tarde llegaba una hora más tarde, sin embargo se le veía más contento y ya no se mostraba tan severo con nosotros sobre todo conmigo, tal vez porque yo también había cambiado, aunque eso sí, siguió siendo serio y estricto en lo referente al trabajo y las costumbres.

Mi madre también estaba muy contenta pues la situación le mejoró bastante, dejó de ir a las casas a "servir" y como era modista cosía en casa y cuando en el año 1957 consiguió el título de Profesora de Corte y Confección comenzó a dar clases a varias muchachas de la vecindad consiguiendo mejorar sensiblemente la economía familiar que tanta falta nos hacía, y siempre estaba cantando.

En cuanto a mi hermana, que al cambiarnos a vivir a Carabanchel tenía diez años, pocos recuerdos tengo de ella, pues casi ni nos veíamos, debido a que yo me levantaba muy temprano y me pasaba el día en "La Paloma" o estudiando y los domingos yendo a la obligatoria misa, a jugar al fútbol y con los amigos de la Ribera de Curtidores, y por la noche dormíamos separados en ambas camas plegables ella en el comedor y yo en la salita de entrada.

Seguía estudiando, ingresando el 11 de noviembre de 1954 en el colegio de Enseñanza Primaria Santa Casilda donde permaneció hasta el 3 de octubre de 1955 hasta mis padres la dieron de baja para matricularla en una academia que se llamaba Colegio Academia Nuestra Señora de Montserrat que estaba en la calle Alcaudón nº 20 muy cerca de donde vivíamos. Se adaptó perfectamente a la nueva situación debido a que su carácter era abierto y participativo por lo que hizo enseguida muchas amistades tanto en el colegio como en el barrio.

INSPECCION DE ENSEÑANZA PRIMARIA

Provincia de MADRID

Registrado con el número 832

El Inspector Jefe, J. Lillo Ruiz

DETALLE DE LAS CALIFICACIONES

Suspensos.....	0 a 1
Aprobados.....	2 y 3
Buenos.....	4, 5 y 6
Notables.....	7 y 8
Sobresalientes.....	9 y 10

ESCUELA P. B. Seburhios
g. B. Santa Casilda
Localidad Madrid
Provincia id.

Alumna Dolores Sánchez Morcillo
Nombre Dolores
Fecha de nacimiento 15 marzo 1946
Naturaleza Madrid
Provincia id.
Domicilio Calle Nicolás Mur, nº 14
Nombre del padre o tutor Domingo
Profesión peluquero
Nombre de la madre Rosabel
Fecha de iniciación de la escolaridad
Fecha de término de la escolaridad

Observaciones: La titular de esta cartilla procede de la Escuela Municipal "Moreno Rosales"; ingresó en Sta. Casilda el 11 de octubre de 1954.
Fue baja el 3-10-1955 por sucesión
estar recogida de 12 a 3 de la tarde

Colegio Academia de Nuestra Señora de Montserrat
ALCAUDON, 20 - MADRID

Nº 0541

SECCION NIÑAS

Recibido de la Alumna M.ª Dolores Sánchez
la cantidad de 62 ptas.
cts. por los conceptos expresados al respaldo y correspondiente al mes de la fecha.

Madrid, 4 de Noviembre de 1954

El Profesor, José María Collado

COLEGIO PUBLICO SANTA CASILDA

COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE MONSERRAT



1954-1955



1956



1954

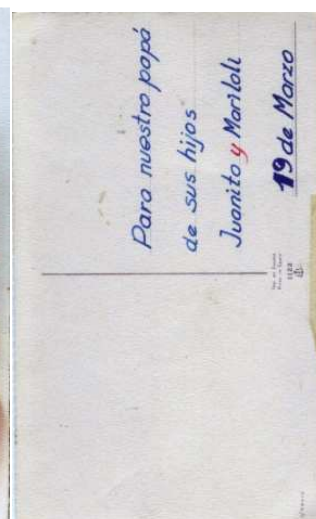
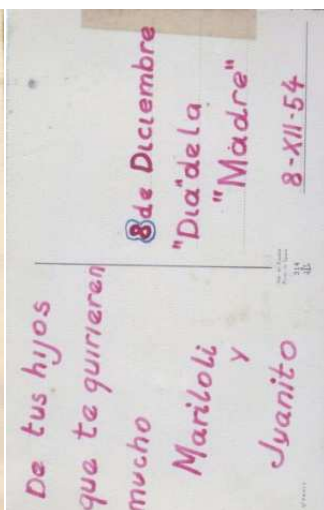


1956



1957

Durante aquellos años seguimos celebrando tanto los cumpleaños como las fiestas de Navidad y Fin de Año y los regalos de Día de Reyes, debido a que mis padres mejoraron económicamente, fueron mejores y desde luego lo que no faltaron fueron las felicitaciones del Día de la Madre y el Padre.





TARJETAS DE FELICITACIÓN DE DIA DE LA MADRE Y DEL PADRE



Yo seguí jugando al fútbol y saliendo los domingos con los amigos de la Ribera, (menos cuando iban a bailar), y durante la semana estudiando todo lo que podía en el colegio y en casa, pues tenía que aprobar costara lo que costara, y fruto de ese esfuerzo fue que conseguí aprobar y el 30 de julio de 1957 me entregaron el diploma acreditativo de Especialista en Radio con la categoría profesional de Oficial de 3º y lo más importante fue que me habían contratado, como a los demás compañeros de mi promoción de radio, en una empresa de Telecomunicaciones llamada Marconi Española S.A.

Tanto el haber conseguido terminar satisfactoriamente los estudios, como el entrar a trabajar en Marconi fueron para mis padres un doble motivo de alegría por un lado se cumplía su deseo tantas veces manifestado de “que tuviera un oficio con el que ganarme la vida” y por el otro, el que yo pudiera aportar a la economía familiar.

Si bien cuando salí de “La Paloma” tenía una visión muy deformada de la realidad histórica, política y religiosa de España, los cambios que posteriormente acontecieron la modificaron totalmente, sin embargo como ya he dicho anteriormente, también salí con una buena preparación técnica, que me facilitó el seguir preparándome para conseguir situarme profesionalmente en un mundo laboral que estaba siendo muy cambiante, muy exigente y muy competitivo, debido al despegue industrial y técnico que se estaba produciendo en aquella España todavía bajo el régimen dictatorial franquista.

Con mi incorporación a Marconi Española en el mes de junio de 1957 acababa una etapa y comenzaba otra, muchas cosas dejaba atrás, vivencias, amigos y lugares que en muchos casos no volvería a ver, mi infancia y adolescencia habían transcurrido pletóricas de acontecimientos que si bien carecían de importancia para los demás para mí al ser la pequeña historia de mi vida si eran importantes y aunque entonces no me apercibía de ello se quedaron grabadas en mi memoria con tal fuerza que siempre las he recordado con cariño, pero con las ideas muy claras de que los vientos del cambio trajeron nuevas y diferentes formas de vivir, de pensar y de comportarse que transformaron totalmente para bien o para mal el país, la sociedad y a mí mismo.

Juan Sánchez Morcillo

2019

